

Bajo un Cielo Infinito

El cielo en tu mirada



L. Costa

Bajo un
Cielo Infinito
El cielo en tu mirada

L. Costa

A todos con un corazón herido

“Sus ojos en el cielo alumbrarían tanto los caminos del aire que hasta los pájaros cantarían ignorando la noche.”

Romeo y Julieta,
WILLIAM SHAKESPEARE

Playlist

1. Taylor Swift - *Delicate*
2. Charlie Puth (feat. Selena Gomez) - *We Don't Talk Anymore*
3. Natalie Imbruglia - *Beauty on the Fire*
4. Greenday – *21 Guns*
5. Norah Jones – *Don't know why*
6. Fleetwood Mac - *Gypsy*
7. The Goo Goo Dolls - *Iris*
8. Tom Odell - *Heal*
9. Halsey - *Without me*
10. Mazzy Star - *Fade into you*
11. Bryan Adams - *Heaven*
12. One Direction - *You & I*
13. Alex Ubago - *Estar contigo*
14. Natalia Lafourcade (feat. Los Macorinos)- *Tú Sí Sabes Quererme*
15. Rupert Pope - *Ghost of Me*
16. Incubus – *Love Hurts*
17. Lord Huron – *The Night we met*
18. Sara Bareilles – *Breathe Again*
19. Taylor Swift – *Cardigan*
20. Fleetwood Mac – *Dreams*
21. Andrew Belle – *Sky's still blue*
22. Halsey – *Finally // Beautiful Stranger*
23. Taylor Swift - *Willow*
24. Fleetwood Mac – *Seven Wonders*
25. Lady Gaga – *Heal Me*
26. Coldplay – *Fix you*

Capítulo 1

Rosaline

¡Una explosión!

En cuanto salgo del cuarto de frío, oigo un grito que parece venir de la calle. Imagino la escena como una película de acción, con gente corriendo, hidrantes explotando y alarmas sonando, pero en realidad no es así.

Tenemos una cafetera que produce un sonido parecido al de un motor averiado si se llena de agua por encima de un determinado nivel. La chica nueva, que hoy es su primer día como mesera del restaurante, se asustó tanto por el ruido del trasto que parecía que había pasado una catástrofe.

He dicho a Omer, propietario y chef principal del restaurante donde trabajo, lo de desecharla, pero adora el viejo artefacto como cachorro a una manta. Su argumento es que es una reliquia de la familia, de las que ya no hacen porque ahora todo es desechable y que hay que darle su debido respeto.

Sonríó en mi interior al imaginar el artefacto en una vitrina y a Omer dando una biografía detallada, desde su creación hasta la actualidad.

—Deberías cambiarla —reitero por enésima vez, mientras paso la bandeja de embutidos al refrigerador.

—¿A la nueva? —cuestiona con una media sonrisa.

Mi lado compasivo observa a la chica que intenta usar la cafetera mientras Sienna, otra de las meseras y mi mejor amiga, le enseña a usarla sin morir en el intento. He sufrido en carne propia la presión y la ansiedad del primer día, así como el humor mordaz de mi jefe, pero desde entonces soy insensible a ello. Soporté ese día y los siguientes hasta convertirme, junto con Sienna, en una de las más antiguas del restaurante; veteranas de turnos extenuantes, clientes insatisfechos y quemaduras con platos calientes.

Compruebo el reloj de la cocina y me percató de que no tengo el tiempo suficiente para darle a la nueva alguna recomendación de cómo sobrellevar esta semana de locos, aunque me lo haya pedido cuando estábamos en el vestidor. Prefiero dar consejos, algo en lo que quizás no soy tan hábil, que a ir a un lugar que debo visitar. He pospuesto esta cita sin ninguna justificación y me está causando problemas no cumplirla.

Deshago el pequeño moño que mantiene mi cabello corto alejado de los platos, y me pongo un gorrito que combina con la chaqueta de un marrón desgastado.

Antes utilizaba el transporte público; para mí era toda una hazaña compartir sitio con otras personas en los reducidos espacios que se hacen en las horas pico, sin embargo,

desde que conseguí mi bicicleta, una Capri Berlín, me liberé de la opresión y disfruto el desplazarme en ella por la ciudad. Es práctica, funcional y no ocupa espacio dentro del apartamento. Mamá expone que no es segura, que puede darme un calambre y terminar tirada en el suelo, y otra lista más de contras para defender su alegato, pero no vive aquí, así que está fuera de discusión si me conviene usarla o no.

Disminuyo la intensidad con la que mis piernas impulsan los pedales a medida que me aproximo a mi destino, un inmueble de cinco pisos en la siguiente calle y que es donde se encuentra la consulta del hurgador de mentes; así llamo a mi terapeuta.

Después del segundo, decidí no ir a otros más, pero mi madre insistió en que era importante para mí hacerlo. El hombre tenía un rostro inexpresivo, pero aparentaba tener menos edad de la que tenía. La pared de su consulta estaba llena de sus logros académicos, así como fotografías de una familia perfecta, como las que se ven en las revistas de sociedad.

Mi madre y Carl Freeman se conocieron cuando ella estudiaba enfermería y él era residente en el hospital donde enviaban a los alumnos de su facultad a hacer prácticas. Un amigo se lo recomendó como terapeuta; me llevó con la esperanza de curarme, pero ni siquiera él ha conseguido erradicar el horror que habita en mi mente.

Recuerdo mi primera cita, desde la ventana del consultorio podía ver cómo las hojas ocres caían de los árboles y eran arrastradas por el viento. También se veían a dos hombres sentados en un banco, uno abría una botella de refresco, mientras el otro desenvolvía lo que parecía ser un emparedado.

Apreté las manos deseando cerrar yo misma la cortina para que los hombres no se percataran de que los observaba.

—Cinco meses, Ros —comenta Freeman.

El hombre de gafas de montura delgada, cuyo cristal parece que se sostiene en el aire, levanta la mirada hacia mí y sonrío.

—Mucho trabajo —respondo con más tranquilidad de lo que en realidad me siento. A estas alturas soy experta en fingir.

Dos años después de aquel primer encuentro, las cosas han cambiado: las persianas están cerradas y estar sola con el doctor no me produce ansiedad ni escozor en el cuerpo.

En mi expediente, un tocho que detalla con gran precisión lo que sucedió la noche del incidente y lo que viví los meses antes del cuento de terror que me rehúso a sacar de la cripta donde yace sepultado. Tener acceso es más difícil que entrar en una bóveda de un banco, está en el lugar más oscuro de mi mente, custodiado por cosas que no quiero nombrar.

—Tu madre me contactó, le dije que puedes venir en el momento que desees.

—Daisy Arnell es tenaz —señalo como una broma.

—Es posible, pero te quiere mucho.

Esta es su forma de aliviar mi dolor, pero lo que sostuvo esa carga tan pesada, ya no volverá a tener la misma forma. Aunque mi madre desea que regrese a casa, es

imposible para mí volver a la ciudad donde comenzó mi recorrido a través del largo túnel.

Las profundas y desiguales cicatrices en mi piel son una prueba de lo que fui, la oscuridad que guarda el cementerio de mis recuerdos y que no puede ser borrada de mi mente.

«Landon Cobb.» Pienso en ese nombre con un profundo resentimiento.

Todo lo que representa en mi vida es humillaciones y mucho dolor. Si no fuera por la persona que me llevó en brazos al hospital, maltrecha y rota a raíz de los golpes que me propinó mi novio, me habría convertido en una más de las estadísticas de muertos por violencia doméstica.

—Mi ángel misterioso —sentí la necesidad de pronunciar el nombre con que apodé al desconocido.

—Has hablado de esta persona muy pocas veces —me recuerda Freeman.

—Lo otro siempre sobresale —manifiesto—. Ya sabe, quiere todo el protagonismo.

Es posible que sí, pero el aroma de la lluvia y la tranquilidad que ese hombre me dejó en mi recuerdo siguen latentes, aunque la posibilidad de verlo es efímera.

Capítulo 2

Mikhail

Siempre que regreso después de meses de ausencia es lo mismo, tengo que llevar a cabo un reordenamiento de mi vida, como hacer la compra de los víveres que voy a necesitar el tiempo que permanezca en la ciudad, llevar la camioneta a mantenimiento, pagar cuentas, etc.

Mi cronograma se ejecuta de acuerdo con que no surja algún trabajo o encargo nuevo, como que Beatrice de la agencia de viajes con la que suelo colaborar, no se le ocurra otro paquete exótico y me arrastre a hacer las fotos de la aventura.

Soy más de ir por mí mismo y captar las imágenes que me apetece, luego venderlas al mejor postor y sobre eso, corro con suerte.

—¿Consumió su café?

Levanto la mirada del correo electrónico que debo revisar en cuanto termine de verificar el otro en el portátil. Quien me habla es Ester, la mujer que viene una vez por semana a poner todo en orden en mi ausencia. Cuando estoy me prepara café porque sabe que sin él me es imposible trabajar, algo que hago a menudo de noche y casi hasta las tres de la mañana.

—¿Serías tan amable de prepararlo?

—Lo hice ya —muestra la prueba de ello sobre el mostrador—. Procure comer algo antes de salir, lo veo muy delgado.

Señala aquello, aunque mantengo el peso de cuando me fui. Dado el ritmo ajetreado que llevo, no puedo ingerir comida chatarra ni llenarme de alimentos que no contengan la ingesta calórica necesaria para mantener un nivel de energía adecuado. Puede ser difícil seguir ese régimen cuando puedo salir a trabajar a Singapur y tres días después irme a Alaska.

Eso es lo que sucede si eres fotógrafo de viajes y, en mi caso, me tomo muy en serio mi trabajo.

—Debe dejarme una lista de lo que necesita, así no tendrá que tomar un día de su valioso tiempo en ir al supermercado.

—Compro para un par de días, no detengo el pie mucho aquí.

—Quizás sería mejor que lo hiciera por usted para así evitar estos contratiempos.

—Ya veremos.

Esta es mi última palabra al respecto.

Ester tiene cuatro hijos, uno de ellos tiene mi edad y el menor es un adolescente. Creo que, porque vivo solo y soy un poco nómada, siente la necesidad de cuidar de mí

como si fuese un crío.

¿Por qué la mantengo trabajando conmigo si no me agrada que gestionen mi vida? Porque es amiga de mi abuela, Leanne Durall, la única mujer que puede decir o hacer en mis cosas sin yo protestar.

Suspiro al pensar en ir a su casa a buscar a Athena, y sin duda tendrá para mí un cesto con verduras del huerto. Con Ester y ella no necesito de nadie más con quien argumentar sobre la lista de la compra.

—Antes de que lo olvide —señala—, la señorita Marren llamó ayer.

—Recuerde que no estoy para nadie en particular, ella incluida.

Alza las cejas mientras se cuelga el enorme bolso del hombro. Fue la misma Kelly Marren quien le contó de nuestras reuniones íntimas en su apartamento, lo que me llevo a mantenerla a la raya.

Mi espacio es mi santuario y ni de coña voy a darle acceso al lugar donde vivo. Ella vino una vez, alegando que necesitaba algo para Benson, mi agente. La despaché de inmediato y pedí al conserje que no permitiera el paso a ninguna persona sin mi previa autorización.

No quiero más encuentros sexuales con ella, como el que me pidió hace unas semanas cuando yo aún estaba de viaje.

De: Kelly M.

Para: Mikail Durall <Kail@gmail.com>

Asunto: Negocios

¡Hola, guapo!

Como no has contestado a mis mensajes, me veo en la necesidad de escribirte a tu correo de trabajo. Tengo en la agenda de Benson que tu vuelo llega el martes por la mañana, espero verte ese mismo día a las 10 en nuestro lugar de siempre.

Besos.

No aguanto que nadie me controle, que haya hecho esto es la gota que colmó el vaso.

Hasta eso debo agradecer a Ester, el también guardar de que nadie que yo no quiera entre aquí como San Pedro por su casa.

Reviso los pendientes del día, debo pasar por una tienda de víveres antes de ir donde los abuelos, luego al veterinario a recoger sus medicamentos y regresar. Ojalá pueda dividirme en dos para cubrir varias cosas a la vez.

Buena razón tenía Ester en que me bebiera su dichoso café, al menos estoy más despierto que hace unos minutos que cabeceaba leyendo el pergamino de Beatrice con detalles de su nuevo destino turístico.

En cuestión de minutos estoy en mi camioneta tomando la avenida este para salir a la

calle que me llevará directo a la autopista. Mis abuelos tienen un hotel en la ladera de una montaña cuyo poblado queda a veinte minutos, ahí me crié y pasé la mayor parte de mi vida. Vivir en la ciudad es algo que hago solo por trabajo, porque los medios y las agencias con los que colaboro me quedan cerca, pero si tuviese la oportunidad o quizás cuando me retire quiero asentarme ahí.

¿Hijos?

¿Esposa?

De eso nada, al menos que un yo del futuro viaje en el tiempo a mi pasado y desaparezca todos los aspectos tristes de mi vida: del año en que murió mi padre, mi madre se largó, olvidándose que tenía un hijo. Cómo me metí en líos en el colegio y mi novia me dejó cuando me mandaron a la academia militar.

«Basta», me digo a mí mismo, hoy no estoy interesado en esos recuerdos.

Bajo las ventanas de la camioneta tan pronto entro al pintoresco poblado, en sus calles estrechas se ven los puestos de flores y verduras. Recuerdo que hoy es día del mercado de los granjeros que tienen sus fincas en la zona y se ubican en la plaza y en aéreas aledañas a vender sus productos. Mis abuelos suelen venir y hacer la compra de lo que se usa en la cocina del hotel. Deben de haberlo hecho ya, y sin duda trajeron a Athena.

—¡Mikail! —oigo que alguien me llama y reduzco la velocidad.

Bernard Davenport, amigo de mi abuelo, lleva su clásico sombrero café y las botas de cabalgar. Lo conozco desde niño, diría que antes de venirme a vivir aquí del todo. Gracias a él aprendí a montar a caballo, lo considero como un tío abuelo y siempre reserva uno de sus mejores ejemplares para que lo utilice cuando quiero.

—¡Muchacho!

Tan pronto salgo del vehículo, él me abraza. Me palmea la espalda con tanta efusividad que siento que retrocedo en el tiempo hasta el momento en que lo conocí. Un sentimiento de nostalgia me invade cuando recuerdo que mi padre estaba conmigo, sonriendo feliz de que conociera el lugar donde creció y vivió sus mejores años.

—Parece que has crecido un poco.

—No tanto como usted, señor.

—Qué va, ya me estoy encogiendo —expone explayando los labios en una sonrisa alegre—. ¿Dispones de tiempo?

—Voy con los abuelos por Athena, estoy corto de tiempo.

—Es una pena, me hubiera encantado que conocieras a mi bisnieto.

—Su nieta ya dio a luz.

—Hace un par de meses.

Lilia Davenport fue la primera mujer de la que me enamoré. La más bonita de la región, y como nietos de dos familias amigas, estábamos en la onda de tal vez una vida juntos, pero al yo meterme en líos y luego irme a la academia militar a expurgar mis culpas y dolores, se olvidó de mí y enamoró de quien es ahora su esposo. La verdad es que Adam me cae bien, fuimos a la misma secundaria y jugamos en el mismo equipo,

era el más indicado para convertirse en el compañero de Lili de los Valles, como yo la llamaba porque su cabello rubio dorado, como las espigas de trigo en un campo abierto, se ondulaban al azote del viento cuando íbamos a cabalgar.

—En otra oportunidad que tenga tal vez podamos hacer algo para reunirnos todos — sugiero.

—Dile a tu abuelo que me avise.

Reanudo mi camino, de paso compro lo que necesito y no me detengo hasta llegar al hotel. Voy a tener que apurarme para recoger a Athena, ir al veterinario y volver a casa.

Nada más bajarme de la camioneta, inhalo el inconfundible olor a tierra, bosque y humedad; la sensación térmica es agradable.

Doy unos cuantos pasos al escuchar la respiración agitada y el correr impulsivo de mi perra.

—¡Athena!

Se me echa encima y me derriba. La mitad de su cuerpo está en mis piernas y la otra en mi pecho.

—¿Qué te dieron de comer? —jadeo tratando de incorporarme, pero no puedo—. Pesas mucho.

—Hace seis meses que no te vemos, hijo.

Así me llama Leanne Durall, y si soy su hijo. Es la mujer más encantadora y dulce, aunque tiene su carácter.

Soy lo que soy gracias a ella e Ihsan Durall.

—Hola, abuela... ¿Cómo estás?

Cuando por fin me libero de Athena, rodeo a mi abuela y la abrazo por largos segundos. Echo de menos el calor del hogar que siempre me proporcionan.

—¿Y el abuelo? ¿Dónde está?

—En la parte de atrás.

Toma mi brazo para conducirme hacia donde, si no me equivoco, está el invernadero. No estoy seguro de si aún está allí o lo renovaron, tal y como era su plan, la última vez que los visité.

Ihsan Durall es un hombre de porte elegante y recio, propio de quienes tienen genes como el suyo. Yo los heredé, según Ester, que muchas veces me dice que, si su hija no estuviera de segundo parto con el ácido de su yerno, la hubiese empatado conmigo para tener nietos altos y guapos. De lo que me salve, esta mujer y mi abuela son de cuidado.

—¡Ihsan!

Mi abuelo me sonríe mientras me acoge con los brazos abiertos. No sé cómo puede haber dos personas con un carácter tan encantador y dulce, además estar casados por más de sesenta años y amarse igual que el primer día.

—Ahora sí vas a empezar a parecerte a tu bisabuelo.

—¿Lo señalas por la barba?

—Eso, y la estatura —añade mi abuelo.

—Te da un aire distinguido —dice la abuela acariciando mi barbilla con sus dedos

suaves—. Más maduro.

Entramos a la casa, Athena me sigue muy de cerca pensando que tal vez la deje de nuevo, algo que puede que pase pronto, pero por ahora quiero disfrutar de ver el lugar más querido de mis recuerdos.

El abuelo pregunta que tal me ha ido en mi último viaje, le respondo que más agitado que los anteriores. La abuela pone cara de preocupación, le hago saber que no ha sido nada peligroso, solo tuve problema con el clima que no me ayudó a hacer las fotos en el tiempo que quería.

—Ni la luz, ni el paisaje estaban de postal —les explico—, pero conseguí hacer varias fotos para el proyecto personal que espero algún día vea la luz.

—¡Quiero verlo pronto! —dice la abuela.

El salón ha cambiado de aspecto, luce más amplio y con un nuevo revestimiento de madera. La chimenea es el lugar de reunión y descanso de los huéspedes del hotel; los nuevos sofás le confieren un aspecto acogedor. Recuerdo las Navidades porque siempre adornábamos este espacio con un enorme árbol cercano a la ventana que mostraba la hilera de árboles y las montañas.

Observo que a un lado crearon una pared con fotografías de ambos y de miembros de la familia, pasado y presente juntos. En una está mi tío con un sombrero de chef que le queda pequeño para su gran cabeza y el pelo rizado. Hay otra fotografía de mi primo con una sartén en la mano, tomada antes de dejarse crecer el cabello hasta los hombros, usar barba desalineada y hacerse los tatuajes. No es conveniente que los abuelos sepan de la apuesta que le hizo hacerse uno el pecho. Y como fui testigo de lo sucedido, empeoraría las cosas.

Ahora me fijo en las fotografías en sepia.

—Estaban en el ático —señala mi abuela.

—Papá me enseñó algunas —comento.

Reconozco la mirada profunda y los pómulos alzados de las personas en ellas, antepasados de la familia Durall y que emigraron en busca de un futuro mejor.

Crecí con nada de la tierra de donde ellos vinieron, eran las ovejas negras de familias con una tradición cruda y filosa, algo que ninguno de nosotros preservo. Eso fue obra de un hombre que empujó a su hermano y a un primo a venirse aquí con sus esposas e hijos. Uno con pensamientos y deseos diferentes de los patriarcas que dejó atrás.

—Te pareces mucho a él, ya te lo dijo tu abuelo.

—Varias veces —me aclaro la garganta—. Miral Durall, emigró y fundó las raíces que nos ayudaron a crecer a su alrededor como troncos fuertes que se protegen los unos a los otros.

Antes ni por asomo podían decir que me parecía a él, yo tenía el cabello más claro y a nivel de los hombros, además no llevaba barba y mi forma de vestir era desenfadada.

Nunca pretendí lucir con más edad de la que tengo, treinta y dos años, pero en una noche mi forma de ver ciertos aspectos de mi vida cambió. Dejo una estela de recuerdos brumosos por la lluvia, y de un susurro débil y doloroso que me dejó ansioso esa noche.

Capítulo 3

Rosaline

Era la clase de estudiante de la que sus profesores y amigos le auguraban un futuro brillante por dedicada, y en cierta forma popular. Obtuve un lugar en el consejo estudiantil sin esfuerzo alguno. Tenía por delante de mí, la posibilidad de ingresar a alguna universidad de la liga Ivy, de hecho, antes de la decisión más estúpida que tomé en mi vida, llegaron a casa cartas de tres de esas, pero las rechacé.

Todo por haber amado a un monstruo.

En este momento, no me arrepiento de haberme mudado aquí y crear una nueva vida en la que nadie supiera lo que pasó, aunque mi madre insista en que mantenga mis visitas con el terapeuta.

Fue hasta la tercera sesión con el doctor Freeman que hablé de Landon Cobb, el chico de ojos claros que me observaba desde el otro lado de la cafetería del colegio. Lo conocía solo de vista, aunque coincidíamos en el consejo, era de los clasificados por tener dinero, ser popular y pertenecer al grupo que tuvo la oportunidad de ir a la capital del país y sentarse a cenar con el presidente. El chico perfecto.

Describir mi personalidad en aquel entonces es una tarea compleja. Podría afirmar que era similar a la protagonista de una película de *John Hughes*, con la diferencia de que tengo el cabello negro y soy menos pálida, además de que mis ojos son azules.

No quiero repetir lo que dije aquella vez, con las manos apretadas y la sensación de pesadez que se alojó en mi cuerpo. Landon me ofreció su emparedado de salami cuando me vio contrariada porque no había el mío en la cafetería del colegio. Como resultado, en la actualidad no puedo soportar ver ese pan sin nada apetitoso, porque fue el motivo por el que él habló conmigo; por el que me acompañó a mi clase y luego en la salida se ofreció a acompañarme.

Nunca supe si ese era su patrón para conquistar y que yo fuese otra más. Conmigo se tomó su tiempo.

Ya había besado a algún chico, pero en plan inocente, y salidas en grupo donde hacían el clásico juego de la botella. Landon no conectaba en eso, era parco con las reuniones de ese estilo, en nuestra primera cita se bajó del auto para abrir mi puerta y se presentó así mismo con mamá.

Fue tan raro y a la vez nuevo, salir con alguien que disfrutaba de comer en familia, llevarme sin protestar a buscar un libro en la librería y esperarme en mis salidas al centro comercial.

Landon era gestos y regalos, caricias dulces y palabras amables. Investigó con mis

amigas y mi mamá todo lo que me hacía feliz.

Hasta el perder la virginidad fue una historia como de cuento de hadas, con salida a caminar por la playa para luego ir al cuarto que alquiló en nuestro primer fin de semana solos y que coincidía con graduarme del colegio. Cada poro de mi cuerpo transpiraba lo apasionada que estaba por él, y esa noche me entregue porque mi amor desenfrenado lo permitió.

Me encontré en sus manos, ya no había marcha atrás en lo que iba a suceder.

A finales del verano, antes de tornar a mi tercer año de la universidad, llegó con una propuesta.

—Vivamos juntos —me propuso.

Mamá no estaba de acuerdo con este cambio y más si interfería en mi educación universitaria. Landon le aseguró que no tendría que preocuparse, que me ayudaría; en fin, fue el estudiante con mejor nota de su promoción. Planificó el futuro de los dos.

La abuela y mamá me despidieron sin saber que de ahí solo una vez volvería a casa antes de regresar hecha un despojo. Landon se llevó a su hija, la cortó en pedazos y devolvió las sobras, de lo que devoró el tiempo que estuvimos juntos.

Conseguí terminar el tercer año de mi carrera en diseño, a duras penas porque tuve que conseguir un trabajo para solventar los gastos de nuestro departamento.

¿Qué pasó con el chico ejemplar, familia acomodada y que se vislumbraba con un futuro brillante?

Se quedó sin trabajo y consiguió otro en el que no estaba a gusto. Su padre lo hizo para castigarlo por mancillar el nombre de su familia en un asunto de tráfico en el club de uno de los amigos con los que se juntaba a beber y drogarse, y le llenaban la cabeza de ideas estúpidas. Es posible que ellos lo influyeran, pero mi novio mostraba signos de ser un controlador narcisista.

Dejé los estudios porque no podía compaginarlos con el trabajo. Empecé a marchitarme cuando renuncié a mis sueños por seguir atada a alguien que me manipulaba y culpaba constantemente de que él no pudiera lograr sus metas.

Ya no pude ver a mis amigos y de mi mamá ni hablar, ni siquiera podía ir con ella, por vergüenza y porque Landon no me dejaba hacerlo.

La primera vez que me agredió fue cuando iba a casa de Felicity Connelly, mi mejor amiga. Landon me impidió el paso y luego me empujó, haciéndome caer al suelo. Cerró con llave y me amenazó con hacer un escándalo en mi trabajo para también restringirme de ganar mi dinero.

Fueron meses de insultos, malos tratos y humillaciones hasta que, en una ocasión, me golpeó.

Le entregué todo lo que era, en cambio, él marcó mi cuerpo y sepultó mi alma.

—Rosaline —dice el doctor Freeman—, lo que sientas en este momento, dilo.

—Es lo mismo de la última vez —paso dos dedos por mi ojo izquierdo, para mí no son más que objetos sin forma.

La casi pérdida de la vista en ese ojo también se debe al puño de Landon. Me requiere

el uso de lentes para leer o distinguir lo que veo en la calle; es engorroso cuando hace frío porque se empañan, pero sin ellos estaría casi ciega.

—¿Ya te has sometido a la evaluación para la cirugía?

—No.

Pensar en operarme ahora y sin seguridad de que todo salga bien, me retiene de hacerlo. No quiero otra ilusión rota como la de la segunda cirugía.

¿Era pedir mucho el que ya no insistan en el tema y me dejen vivir tranquila?

—Siempre hablamos de cómo te sientes con eso, de cómo has tenido que adaptarte a tu nueva vida y las secuelas de lo que pasó.

—¿Quiere engordar más mi expediente?

Sonríe. Ya se acostumbró a mi mordacidad.

—Cuanto más compartas con otras personas lo que viviste con él, mejor te irá en el proceso de curación.

—En eso me ayuda mi gato —digo mientras meto los brazos por las agarraderas de mi mochila—. Tengo que ir a recogerlo.

Ansiaba ir por él, es el único ser vivo capaz de sacar mi parte blanda y cursi.

—Romeo.

—Lo recuerda —me hace gracia que lo mencione.

He metido historias sobre él en nuestras conversaciones para aligerar la carga de lo que llevo dentro.

—Solo espero que no demores otros cinco meses en venir, sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Con eso termina otra sesión con el hurgador de mentes, aunque este me cae mejor que el anterior que se les daba de erudito en pleno y maravilloso conocimiento de la psique humana.

Ajusto mi gorro de lana y me pongo el casco por encima. No es que me agrade usarlo porque me aplasta el pelo, sin embargo, más vale que lo haga si no me confiscaran la bicicleta si faltó a la ley.

Soy de emplear la vía de ciclista por ser más segura, no obstante, estoy en la hora pico y la distancia de la consulta a la veterinaria es larga. Recorto por otra calle que no tiene vía, pero que no me daría apuro de llegar a tiempo.

Los lentes se empañan, solo consigo ver sin problema de mi ojo derecho, mi izquierdo bailaba una danza diferente y eso me tiene desorientada, aun así, sé que voy bien. Al cruzar me pitan y veo una camioneta gris oscuro frenando de golpe, pero ni tiempo tengo de detenerme.

Estoy segura de no haber saltado ninguna señalización. Es lo que me molesta, toparme a estas horas con camionetas de ese estilo que no respetan las reglas y hubiese sido yo la más perjudicada.

—Buenas tardes —digo con apuro, entrando a la clínica veterinaria. Solo hay una persona esperando, las otras entran segundos después de mí.

—El doctor se encuentra con un paciente, ya le digo para que me autorice a traer a tu

gato.

—Gracias, Clarisa.

—Puedes tomar asiento, Ros.

—No tengo mucho tiempo.

—¿No te duelen las piernas de ir de un lado a otro en bicicleta?

—En absoluto —respondo—. Ya me acostumbré, además es más económico y práctico.

Me quedo cerca del mostrador, no me quite el casco porque quiero salir tan pronto tenga a mi gato conmigo.

Cuando alguien más entra, permanezco en mi lugar; aquí atienden por orden de llegada y quien sea tendrá que esperar igual que el resto. Me he encontrado con gente maleducada que se pone delante sin importarles los que estamos primero.

—Sabes Ros —dice Clarisa—, creo que...

—Buenas tardes—saluda un hombre parándose junto a mí—, vengo por...

—Disculpe —expreso con firmeza—, me estaban hablando a mí, ¿podría esperar un momento?

Como ya no tengo los lentes empañados, distingo que es un hombre alto, más que todos los que estamos aquí. Presumo que es joven, aunque parece mayor debido a la barba con los lados delgados bien recortados.

—No dispongo de tiempo para esperar —se queja mientras mira su reloj.

También yo estoy apresurada, tengo que ir a la papelería antes de que cierre.

—Debe hacerlo como todos los demás —reitero.

Me molesta la forma en que me mira, como si fuese una cría a la que regaña.

—Mira, chico...

—¡Que! —Exclamo fastidiada que suponga que lo soy—. Me has llamado “chico”.

—Si —acepta el petulante—, ¿acaso sé tu nombre?

—Ni te interesa saberlo, pero para tu información...

Mi paciencia se agotó, y siempre me queda poca cuando salgo de la consulta con el terapeuta. Me quito el casco, también el gorro y lo enfrento sacudiendo mi pelo.

De verdad, ¿supuso que soy un chico? Soy delgada, sin embargo, llevo un vaquero ajustado que no oculta nada de mis curvas. Además, nunca me han confundido con un muchacho.

La distancia es corta y entre el silencio que se hace, le veo los ojos, algo rasgados, por cierto. Tiene una mirada tan profunda que me obliga a apartar la mía.

—Y ahora, ¿me llamará? —lo sondeo mirando algún punto detrás de él.

—Pues como no me dirás tu nombre, chica —responde.

Soplo las mejillas, no me hace ninguna gracia la forma en que se dirige a mí.

—Aquí está... ¡Ah! Hola —saluda el veterinario al tipo y yo caigo embobada mirando a mi gato.

—¡Romeo! —digo tomándolo en mis brazos para consentirlo.

Cuatro días sin él fueron demasiados, pero era necesario para que se recuperara de la

conjuntivitis felina que sufrió.

—Ya regreso —dice el doctor.

—Necesito los medicamentos... —me deja con la palabra en la boca.

—Ya sabes cómo es —explica su asistente.

Miro al hombre con frustración porque si el médico se fue es para buscarle algo y a mí me dejo en visto.

—Mi tiempo no es tuyo —digo plantándome delante de él.

—Tampoco el mío.

—Disculpe, ¿quién entró sin esperar su turno?

—Si hubiera podido hablar con la asistente y obtener las vitaminas para mi perra, me habría marchado ya.

—Yo estaba aquí antes que tú y después...

Suena un teléfono que saca de su cazadora. Romeo hace ruiditos, debe tener hambre y a mí me urge salir de aquí.

—Tu mascota tiene complejo de guardián —dice el tipo volviendo a hablarme.

—No le caen bien los presuntuosos.

Avanza y siento que todo en mí se pone en estado de defensa. Es posible que el hombre no tenga la intención de causarme daño, pero no puedo controlar esa reacción automática de mi cuerpo. Se trata de un síntoma de estrés postraumático, consecuencia de lo que ocurrió hace cuatro años.

El veterinario sale a tiempo con unos frascos que de seguro son del tipo, a mí me entrega la fórmula para Romeo y dos botes pequeños.

—Procura que tome la leche, hará bien a sus defensas —me dice.

—Gracias, doctor.

Voy a la puerta, pero antes de salir, miro al presuntuoso. En mis proyectos de arte, siempre elegía dibujar a gente que veía en la calle, y debo decir que nunca me topé con uno como el que veo ahora. Tiene una presencia y aire distintos, incluso sus ojos también, y me hubiese gustado plasmarlos en detalle, sin embargo, ni de broma quiero cruzarme de nuevo con él.

Capítulo 4

Mikhail

Son las once treinta, debo estar ya de camino a la autopista con Athena, pero la abuela me obligó a quedarme hasta la hora de la comida. Repito, es la única mujer que hace algo en contra de mi voluntad y yo no ejerzo mi derecho a réplica.

Creo que siempre que como en su casa subo unas cuantas libras, no me molesta el sobre peso, pero tengo que mantener el régimen de alimentación sino seré un desastre en los lugares a donde voy.

La abuela Leanne me prepara tres recipientes con comida para congelar y así no pase problema.

—El chico ya está grande —dice mi abuelo desde el pórtico donde entretiene a Athena—. Sabes que se alimenta bien.

—Algo más de carbohidrato y proteína no le hará mal.

—Ya los ingiero, abuela.

Con ella es siempre lo mismo, aunque no importa, la complazco solo para verla sonreír, algo que no vi recién me mudé con ellos.

Cuando me asomaba a su cuarto, la veía acostada de lado mirando hacia la ventana; perder un hijo sin poder despedirte es lo más horrible que una madre pueda experimentar. La regla dice que deben ser los hijos quienes despidan a sus padres, es lo que yo hice, aunque antes de tiempo, y así se rompió con mi abuela que acababa de despedir al menor de sus dos hijos, mi padre.

Me hizo jurar que no ingresaría en la milicia, que nada de uniformes ni entrenamientos. Se lo prometí, pero cuando me metí en líos el abuelo optó en que fuera a una escuela militar para crearme disciplina. La abuela Leanne puso el grito al cielo y se parapetó en la puerta con la intención de no dejarme salir. Se enojó con él, no le habló por días, y ni que decir con mi tío, tampoco le dirigió la palabra y menos le dio de la comida que tanto le gusta.

—Mikhail es muy pequeño.

Ese fue el argumento que utilizó para impedir que mi abuelo me dejara ir con los oficiales.

—No lo era cuando se metió en esos líos.

—Fue mal aconsejado —replico ella—. Sus notas bajaron por eso, pero mejorará.

—No hay excusa, y menos cuando le encontraron el cigarro de marihuana. —Dijo enfáticamente—. Mi nieto asistirá a la escuela militar, y no hay más que hablar al respecto.

—Ihsan, olvida que soy tu esposa, esta misma tarde voy a...

—¡Basta!

Mi abuela me miraba con ojos encendidos cuando les grité. Se quedó sin habla cuando me vio con el uniforme y la mochila en la espalda.

—Te lo prometo, volveré —le dije en voz baja al rodearla con mis brazos.

Temía perderme como sucedió con papá, pero también el abuelo; el roble de los Durall no es de mostrar sus sentimientos muy a menudo, cuando lo hace me parte el alma.

Meto todo en la camioneta, incluyendo a Athena y por fin me pongo en marcha prometiéndoles volver, al menos de que surja otro trabajo.

Se supone que debo estar en la veterinaria antes de las cuatro de la tarde, hora en que cierran la atención al público. Tengo pendiente sus vitaminas, a su edad necesita de esos complementos para sus músculos y huesos.

—Espero que no haya demasiada gente, vamos con el tiempo justo —le digo a ella echada en la parte trasera.

He pensado en dejarla con mis abuelos de forma definitiva, pero cuando estoy en la ciudad, necesito su compañía y ella también me echa de menos. Quizás lo reflexione mejor la próxima vez que me vaya de viaje.

Por fin salgo hacia la avenida Birmingham, en dos calles estaré en la dichosa clínica. Pongo la direccional y tengo que pegar un frenazo por culpa de un ciclista imprudente que se cruza en mi camino.

De la que sé salvo, la bicicleta no tiene nada de profesional, el chiquillo tal vez se crea con derecho a pasar como le da la gana.

Estaciono el auto al otro lado de la calle, dejo las ventanillas abiertas porque si bajo con Athena será un problema volver a meterla. Cruzo hasta la otra acera, entorno los ojos al ver una bicicleta similar a la del imprudente de hace un rato, espero que no esté adentro, pero es el primero que veo recostado al mostrador de la asistente.

—Buenas tardes —saludo—, vengo por...

—Disculpe —me interpela el latoso—, me estaban hablando a mí, ¿podría esperar un momento?

—Si —dice una mujer apoyando el comentario.

—No dispongo de tiempo para esperar —afirmo mirando que el reloj da las cuatro, si no me apresuro, no llegaré a recoger la cámara que mandé a mantenimiento.

—Debe hacerlo como todos los demás.

La forma petulante con la que el chico se dirige a mí me enerva, considero a los críos de ahora irrespetuosos, además de mandones y de naturaleza poco agradable.

—Mira, chico...

—¡Que! —exclama como si lo hubiera insultado—. Me has llamado “chico”.

—Si —reafirmo—, ¿acaso sé tu nombre?

—Ni te interesa saberlo, pero para tu información.

Se quita el casco y deja a la vista un gorro tejido que llevaba debajo. Luego pasa los

dedos por el cabello negro corto a nivel del cuello y lo sacude.

¡Una chica!

Mirándola con mayor detenimiento, no sé cómo la confundí con un muchacho cuando sus curvas son evidentes y más donde la espalda pierde su nombre. Si lo sabré bien que de los tantos trabajos que he hecho fue el de fotografiar modelos de catalogo y no es algo que me agradara cuando en pocas ocasiones se me echaban encima; manchas en mi currículum no quería.

—Ahora, ¿me llamará?

—Pues como no me dirás tu nombre, chica.

Infla los mofletes y me hace gracia. Ojalá pudiera verle los ojos, pero las gafas que lleva son tan grandes que luce como la versión femenina de *Harry Potter*.

—Aquí está... ¡Ah! Hola —me saluda el veterinario con un gato en los brazos—. Ya te atiende —me hace una seña con los dedos.

Escucho el murmurar de algunos de los que están esperando, pero no me importa, esto me urge más que nada. Llamé de camino aquí, por lo que supongo que deben tener listas las vitaminas para Athena.

—¡Romeo! —dice la chica quejumbrosa tomando al felino en sus brazos. Es de suponerse que sea la dueña del animal.

De tal palo, tal gato.

—Ya regreso.

—Doctor... necesito los medicamentos.

—Ya sabes cómo es —Le dijo la asistente a la chica que me mira con el entrecejo fruncido.

Detecto deseos de darme un puntapié, pero ni de broma dejaré que descargue su frustración conmigo.

—Mi tiempo no es tuyo —dice encarándome.

—Tampoco el mío.

—Disculpa ¿Quién entro aquí tarde y además pasando por encima de todos nosotros?

—Si hubiera podido hablar con la asistente y obtener las vitaminas para mi perra, me habría marchado ya.

—Yo estaba aquí antes que tú y después...

Antes de que tanto la quejumbrosa, como la señora metiche me digan algo, suena mi teléfono y contesto solo para cerrarles el pico.

Es Kelly y no me agrada responderle, pero digamos que hoy me ha salvado de dos mujeres fastidiosas.

—Benson necesita...

—Dile que se lo enviaré por mensajería a más tardar mañana.

—Sobre...

—Tengo que colgar.

La chica quejumbrosa me observa enfurruñada, su gato mueve las garras como si quisiera arañarme la cara.

—Tu mascota tiene complejo de guardián —digo.

—No le caen bien los presuntuosos.

Que me llame así me pone de malas, me acerco a ella, pero retrocede como si yo fuera a hacerle algo. Me viene a la mente la escuela militar, concretamente, cuando los chicos más grandes se metían con los de menor edad, es decir, conmigo. De aquellos sucesos, me quedó una pequeña cicatriz en la parte superior de la ceja derecha.

El veterinario sale con unos frascos que reconozco son los que vine a recoger. Lo veo darle a la chica una lata de fórmula y dos botes pequeños.

—Procura que tome la leche, le hará bien para sus defensas —le dice.

—Gracias, doctor.

La chica sale no sin antes lanzarme una mirada de incordio que se propagó a varios de los que esperan en la recepción.

—¿Cómo está Athena? —pregunta el doctor.

—Mejor, se pasó una temporada larga con los abuelos.

—Eso le hará bien, procura darle esto dos veces al día.

Salgo rápido de la clínica. La quejumbrosa sigue afuera, acomodando al gato dentro de la canasta de su bicicleta; la escena me resulta divertida.

Al terminar se coloca el casco sobre el gorro, cruzo la calle antes de que me pille mirándola.

Athena saca el hocico y subo a la camioneta. La pobre debe estar desesperada por salir, mejor que no la lleve conmigo porque si no se traga al gato y de paso la chica me hubiera pateado en la espinilla.

He ido hoy de un lado a otro y para rematar el encuentro con una chica y su gato latoso. La observo bajar del bordillo y alejarse por la vía de los ciclistas, si hubiera tenido la cámara en ese momento le habría hecho un par de fotografías del tipo de paisaje urbano. Son de las que más disfruto hacer cuando estoy en la ciudad que captar monumentos o edificios, lo cotidiano, aunque se trate del personaje más quejumbroso que he conocido en mi vida.

Capítulo 5

Rosaline

El problema con mamá es que siempre se las arregla en colarse en mi vida y enviar algo nuevo para el apartamento; esta vez es un juego de sábanas que había sacado del empaque y que son suavécitas.

Entorno los ojos, no quiero pensar en cuanto deben de haber costado. Es parte de sus envíos ocasionales y los trae Martha, su amiga que vive en una ciudad cercana. Entiendo que quiere cuidarme, procurar que tenga lo que necesito, pero para salir adelante después de la mierda que viví debe dejar que sea yo misma.

—¿Se las devolverás? —pregunta Sienna con los dedos pegados a su botella de agua.

Lleva una toalla colgada en el cuello, tiene el rostro sudoroso y la piel rojiza. Es religiosa con su rutina diaria de yoga que realiza siempre a las ocho y termina una hora después.

—No sé —respondo metiendo las sábanas de vuelta a la caja y dejo en una esquina—. ¿Iras con Frank?

Sacude la cabeza y de paso su melena rubia ceniza. Me extraña que no lo haga cuando los martes siempre va con él.

—Está de viaje, regresa hasta el jueves.

Hace poco que su novio cambió de trabajo a uno que lo tendrá visitando varias ciudades lo que resta del año. Eso es lo que tiene a Sienna mal humorada; en el restaurante es toda sonrisa, pero ayer la encontré peleando hasta con un sartén.

—Si quieres —dice—, puedes acompañarme al salón de belleza y después vamos al centro comercial.

—Tengo turno —repongo.

—¿En martes?

—Cambie con Jackson, tiene que estudiar y hoy va con un amigo a eso.

No me gusta hacer turno los martes y menos por la noche, pero al pobre se le salían las lágrimas cuando me lo pidió. Siempre le digo que debió estudiar derecho porque es bueno para alegar, pero escogió administración no por él sino por los Murphy, sus padres, así que no tiene otra opción. Algunas veces se quejan de que su único hijo trabaja en un restaurante como mesero.

Romeo ronronea al verme entrar en mi habitación, acurrucado en su cama acolchada, junto a la mía. Ese ha sido su lugar desde que mi amiga Felicity, prima de Sienna, lo trajo a casa del refugio donde fue a dar después que lo encontraran tirado en una cuneta, hambriento y con frío.

Cuando lo vi fue amor a primera vista y quise quedármelo. Mi diminuta bola de pelo naranja atigrado fue dando de pasitos, explorando tanto como sentía que yo seguía a su lado para protegerlo en caso de que experimentase temor. Sienna y yo mantuvimos todo recogido, y el acceso al balcón se restringió. Tampoco teníamos plantas con las que pudiese atragantarse.

Las primeras horas conmigo solo quería cargarlo en mis brazos, es el único ser vivo al que dejo estar tan cerca de mí. Era una versión pequeña de mí misma con las secuelas del maltrato: frágil y asustadiza. El veterinario fue claro en decir que tal vez era parte de una camada y que sus dueños dieron cuenta de su destino abandonándolo a su suerte. También que debía dejarlo ser y soltarlo para que aprendiera a adaptarse a su nueva vida, que no lo presionara y entrara en confianza.

Ronronea y estira las patas hacia atrás, es quien me despierta dando toques en mi cabeza con su patita. Después regresa a su cama gigante y supercómoda a dormir hasta casi las doce.

—Perezoso —Acarició su barbilla después de que se frotara contra mi pantorrilla—. Hoy regreso a las once, compórtate si llegan visitas.

Él pestañea lentamente, y yo le respondo con el mismo gesto. Amo a este gato.

—Es un sol de verano —dice Sienna agachada en la entrada de mi cuarto con una galleta. Mi compañera de piso le deja pasar todo más después de haber estado enfermo hace unas semanas.

Ella estará en casa y yo me sentiré menos preocupada de dejarlo solo.

Hoy llueve, por lo que necesito utilizar el capote para poder irme en la bicicleta. Además, llevo botas de caucho que me protegen como si trabajara en una unidad de contaminación.

El restaurante queda a diez minutos, así que es poco lo que me toma llegar, me voy directo a los vestidores a ponerme el uniforme. Camisa blanca con las mangas recogidas, corbata y pantalón negro, además del delantal borgoña por encima, y mi moño de siempre, aunque mi cabello esté un poco húmedo.

Halil es quien ocupa la cocina hoy, el hijo de Omer, y su segundo al mando del restaurante. Es tan buen cocinero como su padre que ha dicho no estar listo todavía para dejar el oficio, aunque a veces se queja del cansancio que le produce el manejar dos cosas a la vez.

—Rosaline —dice cuándo entro a la cocina—. ¿No es hoy tu día libre?

—¿Tu padre no te dijo?

—Me llamó para que viniera por él, no tuvimos tiempo de hablar nada más.

Se perdió del panorama como a veces hace cuando el cansancio lo agobia tanto que tira la toalla y se la pasa a su hijo que insiste en dividir la responsabilidad.

—Jackson tiene examen mañana y necesita estudiar con un amigo.

—Bueno —masculla—. Hoy estamos reservados por un cumpleaños, solo unos pocos, lo que no significa que habrá menos trabajo, ya sabes.

No tiene que decirlo, creería que disminuye cuando estamos reservados solo para

quince personas, pero es lo contrario. La gente se pone más pesada, exigiendo cosas fuera de nuestro alcance y lo hacen solo porque pagan por tener el lugar en reserva.

A Omer no le gusta esto de ponernos de exclusivos, limitando el acceso a nuestros clientes asiduos, pero esta es una de las ideas de Halil o debo decir de su novia. Tengo la sospecha de que por eso mi jefe no ha dejado a su hijo encargarse de todo porque sabe que no será él, sino la metida de su cita de turno, la que dispondrá del negocio. Veo mi cheque salir volando y lo que me da ingresos seguros.

La chica es molesta, por suerte no la veo por ningún lado, así que no nos estará jorobando. Sé que tiene celos, no de mí, sino de Sienna, la estrecha amistad entre esos dos es para mí un casi enamoramiento, pero como no soy doña casamentera y mi amiga tiene a su novio decido no meterme en camisa de once varas.

—Son seis mesas —explica Halil—. Te encargas de la principal, confió más en ti y en Sienna que en cualquiera para manejar estas cosas.

—Lástima que hoy no viniera —digo con pulla.

—Sí —suelta un suspiro azotando los vegetales en la sartén.

¿Pero qué culpa tienen los pobres alimentos de que no sea capaz de decirle lo mucho que le gusta?

Voy a la dichosa mesa, compuesta de dos hombres y tres mujeres. Dos parejas de casados, la otra no sé si se paró a saludarlos o quiso estar más cerca del individuo que le gusta. Vemos de cosas aquí, desde parejas que vienen juntos y que después cada uno se va por su lado, hasta cuasi encierros en el baño. He tenido que llamar a la puerta y amenazar con la policía para que salgan de estar liándose en un lugar público; me da igual si pertenecen a algún club de pervertidos o de en cuantos sitios públicos lo hacen, aquí vienen niños y es de mal gusto.

—¿Es usted de esta mesa? —Interrogo a la colada.

—No —responde escaneándome de arriba abajo—. Soy amiga de la cumpleañera.

Señala a la susodicha que se apercolló al marido y hace una mueca. Seguro que la colada se invitó sola y no hubo manera de dejarla fuera de la fiesta.

Lo que hay que aguantar.

En eso suena un tintineo de campanillas y sonido de flauta. Es lo que siempre escucho cuando abren la puerta del restaurante y se supone que la entrada está prohibida al público.

Corro hasta ella, quizás alguno de los nuevos abrió sin saber y eso traerá problemas con Halil. El león mayor no está en la guarida, pero el menor es tan enojón como su padre.

—Disculpé —digo deteniéndome en seco, reconociendo a la persona que entró al restaurante.

El hecho de que llegara casi cuando iban a cerrar la tienda donde compro mis insumos de diseño, fue culpa del tipo que no dejaba de preguntar al veterinario si el alimento que le da a su perro es el indicado. El mismo que tengo frente a mí en este momento.

Hiervo de ganas de cantarle no una, sino varias cosas por tomar de mi valioso tiempo para preguntar algo que ya debía de saber.

—Ese día lo aguanté, hoy no.

—Vaya—dice arrastrando cada vocal, poniéndome más colérica—. No sé quién eres, pero si así tratas a tus clientes tendrás problemas pronto.

—Tú...

—¡Mikail! —exclama Halil saliendo de la cocina.

Que mi segundo jefe haga eso es anormal.

—¡Primo!

¿Primo?

La mujer de la mesa que atiende se levanta para merodear y se le salen los ojos, embobada, mirando al hombre.

Al analizar a mi segundo jefe y a su primo con atención, observo que se parecen en que ambos tienen cejas pobladas, mentón afilado y ojos rasgados, aunque el individuo nefasto de la clínica parece ser más seductor. Me observa con una mirada que produce una extraña sensación de calor en mi cuello, y me alejo de ellos cuanto antes.

Capítulo 6

Rosaline

—Quizás salga hoy tarde de trabajar.

Escucho cómo mi madre jadea del otro lado de la línea y de fondo mi abuela se queja de los jefes explotadores. La próxima que hablemos le diré que ni Omer, ni Halil entran en ese grupo, ambos son tan buenos como el pan sin levadura rociado de miel.

Me asomo al reservado, único lugar no invadido por el grupo del cumpleaños. Mis jefes sonríen mientras el comensal inesperado, o sea el tipo fastidioso de la veterinaria, les habla haciendo gestos con la mano.

—Ros.

Vuelvo a mi escondite donde llevo diez minutos con mi madre al teléfono. Pregunta que me parecieran las sábanas, si son suaves y si no es así, entonces cambiará estas por otras, a lo que respondo que si lo hace no recibiré sus paquetes.

—Por eso es por lo que no quiero que andes en esa bicicleta, no es segura.

—Uso casco y ya soy toda una experta manejándola.

No voy a renunciar a mi Capri Berlín.

Una de las chicas me hace señas hacia la mesa que sirvo, deben de haber terminado el vino que ordenaron para que de nuevo estén preguntando por mí. Eso es lo malo de ser una de las meseras de confianza del restaurante, que te asignen la mesa principal, que es donde por lo general no te sueltan hasta que todos se van.

—Debo irme, te llamo en la semana.

—Sé que no lo harás, así que lo hago yo —expresa severa—. Cuídate, cariño.

—Te quiero, besos a ti y a la abuela.

Guardo el teléfono móvil en mi bolso.

Me acomodo el mini moño que sostiene mi cabello, y aliso la corbata, para mi mala suerte tuve que cambiar el pantalón por la falda que guardo en mi casillero en caso de situaciones inesperadas. Justo hoy uno de los invitados, medio ebrio, derramó tequila en mi pantalón, aunque más creo que lo hizo de adrede por el área en donde cayó el líquido.

—¿En qué puedo ayudarles? —Pregunto a las mujeres que están solas en la mesa junto con la colada que se la pasa haciendo ojitos hacia el reservado. Sé por dónde van sus intenciones y el de las otras que son sus compinches.

—Niña —dice la mujer. Me molesta que, por mi pinta, o sea la de mesera que quiere pasar desapercibida, me ponga nombres que me desagradan.

—Me llamo Ros —señalo mi gafete.

—Se oye mejor “niña”.

Insiste, está lo que quiere es joderme porque la guie de regreso a su mesa para alejarla de la reunión entre mis jefes y su familiar.

—¿Conoces al guapetón que acaba de llegar?

—No —respondo—. ¿Puedo traerles algo más de beber?

Mi intención es desviarla de sea lo que estén pensando sus hormonas, y dos por tirarle pulla de estar en una mesa de cuatro y aumentar mi trabajo en ella.

—Niña —repite la mujer, mi límite de aguante se recarga más.

—Puede llamarme Ros.

—Podrías darle un mensaje a ese hombre.

Sin pudor ni vergüenza me da un papel, quiero rodar los ojos, pero como nos ha dicho Omer, al cliente lo que diga en el momento, eso no significa que hagas lo que quieren, dales por su lado.

Tomo el papel, lo meto al bolsillo del delantal y disimulo que voy a entregar la nota furtiva, pero solo iré al reservado para simular. Ni de broma voy a hacerlo y menos con él que de seguro saldrá con algún comentario impertinente.

—Ros —dice Halil tan pronto entro—. ¿Pasa algo?

—Disculpen —digo bajito—. Solo estoy simulando.

—De nuevo me mandan notas estúpidas —comenta con una risotada. Veo por detrás de mi hombro y la mujer luce expectante.

—No es para ti, es para él, pero ya me deshago de ella.

Miro de forma rápida al primo con el papel solo para mostrar que es cierto, iba a regresarlo al bolsillo cuando el tal Mikail lo toma de mi mano.

—No se supone que...

—Esto no me pasa muy seguido —dice él clavando los ojos en el papel—, qué curioso —susurra leyéndolo.

—¿Qué? —cuestiona Omer que hasta ahora no dijo nada, más concentrado en beber del licor que solo saca para ocasiones especiales.

—Su número de teléfono, y pregunta si podemos salir.

—¿Cuándo? —inquieta Halil.

—Ya —responde el otro con gesto de suficiencia.

Sacudo la cabeza, aquella mujer puede ser un par de años menor que Omer, pero de seguro mayor que estos dos.

—Disculpen regreso a...

Doy un respingo al sentir el roce de una mano dentro del bolsillo. Mi cuerpo se envara como si púas salieran percibiendo el peligro y retrocedo. Omer me apaña para que no me caiga al dar un traspie, pero no me toca, sino que mueve la silla y quedo sentada en ella.

—¿Qué pasa?

Los interroga Mikail y en ese momento siento que voy a explotar, lo que no hice cuando lo vi entrar al restaurante.

—¡Eres...!

—Ros, ya es hora de que los comensales salgan, van a dar las diez y no puedes andar por ahí sola.

Aturdida, asiento y me pongo de pie; alcanzo a oír que Omer llama la atención de su sobrino y Halil añade: —*las cosas son así*. De ahí no escucho más.

Le pido a Thamy que esté al tanto de que los invitados se vayan mientras voy a mi casillero y saco las pastillas que guardo en el bolso. Solo las tomo cuando no logro retomar la calma, lo malo es que también dan sueño, así que debo salir de aquí antes de que empiecen a hacer efecto.

Hubiese querido decirle que es un idiota, quise desde aquel día, pero no sabe nada de lo que me pasa cuando el cuerpo de alguien hace contacto con el mío, así fuese el simple roce de una mano. Es algo instintivo que no logro controlar, y la ansiedad que me produce no aminora ni con tres jarras de té de tilo. Ni las increíbles bebidas traídas del país de origen de la familia de Omer, logran apaciguar el descontrol que me sacude por dentro.

—¿Estás bien? —pregunta Thamy. Es la chica nueva, ya se ha adaptado al ritmo de trabajo y hoy es su día de mayor prueba.

—Sí —digo un poco mareada—. Diles a los demás que me retiro, Omer y Halil saben por qué.

—De acuerdo —dice sonriente.

Sale y yo me encierro en el baño para cambiarme, empiezo a sentir temblores en las manos y palpitaciones en el pecho, pero es solo momentáneo. Muchas cosas acumuladas entre la llamada de mamá, la fastidiosa de la mesa y Mikail Durall metiendo su mano en el bolsillo de mi delantal.

El dinero que gané hoy no vale tanto como la tranquilidad que tendría si estuviera en casa, con Romeo acurrucado en mis brazos.

Hago señas a Omer que se levanta, Halil sigue hablando, pero su primo tiene una expresión en el rostro de estar ido en sus pensamientos. No sé qué tanto le hayan dicho de mí y de mi situación, sin embargo, espero que si llego a topármelo por accidente sepa los límites que tiene conmigo.

—Llamaré un taxi, a esta hora no debes andar en esa bicicleta.

—No es nada, llegaré con tiempo.

—¿Tomaste tu medicamento para eso?

Asiento con la cabeza. Recuerdo la advertencia de Freeman de no tomarlo, pero siento que hace más efecto del que él me prescribió.

—No es seguro, le diré a Halil que te lleve, yo he bebido y ya veo doble.

—No se preocupen, yo...

—Lo hago yo.

Mikail Durall se ofrece. Está justo detrás de mí, pero manteniendo la distancia.

—Ya voy de salida y puedo llevarla.

—¡No! —exclamo—. Iré en mi bicicleta, no quiero molestar.

—Tu condominio está cerca de donde vivo, ¿o me equivoco?

Miro a Halil que se encoge de hombros y hace la huida, simulando que alguien lo había llamado. Puede que sea mi segundo jefe y más quisquilloso que el primero, pero le diré un par de cosas en mi próximo turno.

—Te pido disculpas por pasarme —dice el primo—. Quiero resarcirme de lo que hice llevándote a tu casa.

—Es que... —me tranco con lo que pueda decir.

Omer hace un ademán a su sobrino que no se inmuta y sigue con la mirada fija en mí, en un gesto característico de los Durall. Llevan tiempo viviendo aquí, y de hecho se han casado con mujeres que no son de su país, pero conservan ese matiz que los hace sobresalir de otros, incluso de ellos mismos, y Mikail Durall tenía eso y más. No sé cómo definirlo.

El tiempo pasa y siento ardor en los ojos y los párpados muy pesados, ya no me da oportunidad de irme en la bicicleta, si lo hago tendré un accidente o quedaré por ahí tirada.

—Omer...

—Ve con él, iras a salvo, te lo prometo —señala y hace un gesto con los ojos en vista de que no puede tocarme.

Voy como autómata hacia la salida del restaurante, sigo a Omer que camina junto a su sobrino que lo sobrepasa en altura. Vamos hacia una camioneta Land Rover, gris, Omer mete la bicicleta en la parte trasera y lo despide con una palmada en el hombro.

—Llegarás a casa pronto —me dice.

—Yo no quisiera...

—Estaba bebido, como yo, también habría cometido tal error, aun sabiendo lo que te sucede —añade—. Tranquila, Ros, todo estará bien. Si hay alguien a quien le confiaría mi vida es a Mikail, el hijo de mi querido hermano Ozan.

Se fue dejándome sola con su sobrino que se mantuvo cerca de la puerta del copiloto.

—Ya que Omer se fue, puedes irte y llamo un taxi.

Mikail Durall hace un gesto y se pasa el pulgar por la barba. Se para en una distancia prudencial.

—Cuando prometo algo, lo cumplo —dice—. Respeto mucho a mi tío, y no faltaré a lo que dije, te llevaré a tu casa. Ahora olvidemos lo ocurrido en la veterinaria hace un par de semanas y lo de hoy.

—Lo dudo.

—Tal vez yo piense lo mismo, pero es mejor irse por el buen camino, aunque sea largo —dice—. Soy Mikail Durall, gusto en conocerte.

Dudo, aun así, si seguimos aquí parados caeré dormida en el estacionamiento.

—Yo, Rosaline Cruz.

Capítulo 7

Mikhail

Por la tarde me la pasé trabajando entre papeles desperdigados, me escocían los ojos por tener más de una hora editando fotografías, así que para relajarme voy al restaurante del tío después de meses de no visitarlos.

«La chica de la bicicleta.»

La tengo frente a mí con la misma expresión que de la veterinaria. No creo en las casualidades, aunque en este caso ralla en esa línea.

Halil, mi primo, me arrastra hasta uno de los reservados, llama a su padre que llega en menos de media hora dándome abrazos y saca el licor de la familia, el que solo ofrece en ocasiones especiales y esta es una de esas.

—¿Cuándo llegaste? —pregunta el tío sirviendo hasta donde le señalo. Tengo que manejar y este licor me tumba como si bebiera cuatro vasos de whiskey al tope.

—Hace tres semanas.

—Pero ¡qué es esto! —exclama Halil—. Debiste avisarnos, hubiésemos preparado tu plato favorito.

Me habrían atiborrado hasta reventar, así fue la última vez que no pude despistarme. Nos gusta comer mucho, charlar y beber.

Que nos les avisara no les impide preparar kebab de cordero y algo de pan horneado por la tía. Entre que como y hablo observo a la chica, se mueve por el restaurante, ajetreada y con cara de querer estrangular a alguien.

Antes de que me pille, vuelvo a la conversación que ahora va por el rumbo de las idas a recoger patatas en el sembradío de los abuelos.

—A propósito, ¿Qué hay de aquella chica?

—¿Cuál? —pregunto a Halil que saca esto a colación cuando el tío Omer nos deja solos.

—La de cabello castaño y buen ver.

«Buen ver.» pienso «¿Quién habla así ahora?»

—Si te refieres a la que vino aquí sin yo invitarla, no hay nada —respondo—. Se lo dije después de la última vez que estuvimos juntos; quiere algo que no pretendo dar a nadie.

Tengo el ejemplo de mis padres, ni de broma deseo pasar por lo mismo: peleas e hijos traídos al mundo y dejados en la orfandad.

Tío Omer regresa con un plato de lokum, un dulce hecho a partir de una mezcla de almidón y azúcar, y que puede incluir trozos de nueces o dátiles. De pequeño los devoraba, pero a este ritmo tendré que pagar la cuota de un gimnasio o mandar mi ropa

al sastre.

Observo hacia la mesa donde unas mujeres ríen, una de ellas me lanza miradas sugerentes. En esta vuelta, no pretendo involucrarme con nadie, quiero mantenerme enfocado en el trabajo y olvidarme de lo básico para ser más técnico.

De casualidad mientras miro aparece la chica que viene justo hacia nosotros, en unos minutos que le perdí la pista se cambió el pantalón del uniforme por una falda que le queda justo arriba de la rodilla dejando a la vista unas bonitas piernas. De la coleta que casi no le recoge nada del cabello oscuro, salen unos mechones, lo que le confiere un aspecto juvenil.

Se acerca porque las mujeres de la mesa que hace un rato me lanzaban miradas sugerentes, me envían una nota que tomo de mano de la chica y leo. Como no tengo interés alguno en hacer caso a su ridiculez, meto el papel en el bolsillo de su delantal y es cuando sucede algo extraño. La chica se pone más arisca de lo que ya estaba, aunque no dice nada, es más como si toda ella se cubriera de algo que podría perforarme, como lo que sucedió en la clínica veterinaria, pero amplificado, aunque en ningún momento mi actitud fue agresiva.

—¿Qué sucede? —pregunto, nadie responde.

La muchacha se levanta de la silla que mi tío colocó para que no cayera y da unos cuantos pasos, pero parece insegura. Lo que me resulta extraño es que no tratara de atajarla con las manos.

Halil da un golpecito a la mesa.

—Ros trabaja desde hace tres años con nosotros —explica—. En ese tiempo nadie de aquí la ha tocado.

Trato de entender lo dicho, sin embargo, no logro comprender el contexto.

—¿No te has propasado con ella? —pregunto por qué es lo único que se me ocurre.

—No —dice tío Omer—. Es algo muy complicado, quiere decir que nadie puede tocarla. Nada de abrazos, roces, ni saludos de mano.

«Por esa razón, hizo lo de la silla.» Pienso que es lo más raro que he escuchado en la vida.

No permitir que un extraño la tocara, es decir, yo, lo comprendo, pero no permitir ni siquiera los roces o los abrazos con sus compañeros de trabajo después de dos años de laborar en el restaurante es muy extraño. Lo sucedido hace un momento requería que mi tío la tocara para impedir que cayera al suelo.

—Por favor, no preguntes por qué, solo cíñete a no hacerlo si vuelves a venir y Ros está aquí.

—Es algo de ella y lo respetamos —mi primo apoya lo dicho por el tío.

Sea lo que sea, debía disculparme por meter la pata sin saber que hice algo malo. Trabaja con mi familia, como Sienna con quien me llevo bien. Empezamos con el pie izquierdo, no quiero seguir con lo mismo.

La veo hablar con tío Omer, dejo a Halil y me meto en la conversación de ambos, le propongo llevarla, y no es que pensara e irme ya, pero la impresión que tengo y por la

hora que no es bueno que se vaya sola. Además, debía aprovechar que en el parloteo con Halil salió que es compañera de piso de Sienna y sé de antemano que vive a unas cuantas cuadras de mi edificio.

El tío logra convencerla a medias porque cuando ya estamos en el estacionamiento, la chica sale con que puede pedir un taxi, pero si es testaruda yo lo soy más y de genética reforzada por años de observación.

—Cuando prometo algo, lo cumplo —repongo—. Respeto mucho a mi tío, y no faltaré a lo que dije. Te llevaré a tu casa, ahora olvidemos lo que paso en la veterinaria y lo de hoy.

—Lo dudo —apunta ella.

—Tal vez yo opine lo mismo, pero es mejor irse por el buen camino, aunque sea largo —digo en un sentido real y decido hacer todo formal—. Soy Mikail Durall, gusto en conocerte.

Percibo la duda en ella, incluso parpadea como cuando te tomas un jarabe para la tos y estás a punto de dormirte. Aun así, su postura se mantiene firme.

—Yo, Rosaline Cruz —dice.

Pensé que tendría un nombre distinto, por cómo la llamo mi primo. Es curioso que quiera llamarla más por su nombre completo que por el diminutivo que usan.

Mejor no lo analizo mucho.

Abro la puerta del Land Rover, a pesar de ser más baja de estatura logra subirse sin mi ayuda. Por inercia pretendía hacerlo, pero a tiempo recuerdo lo que me dijo Halil y el tío, y reculo en mis intenciones.

Pongo en marcha el auto y la chica se recuesta a un lado, contra la puerta. La veo apretar las manos con la mochila, tiene los ojos abiertos, sé nota que lucha en no dormirse. Me da igual si lo hace, así que disminuyo la velocidad para que no se sienta nerviosa.

—¿Por qué vas tan lento? —murmura quejumbrosa, en serio esta chica es el colmo.

—No quiero que te marees —repongo.

—He viajado en taxis, manejados por tipos que creen que están en la Fórmula Uno —masculla—. Deseo llegar al complejo pronto.

—¿Acaso te estás durmiendo?

—No preguntes y conduce rápido —balbucea.

Se oye tal como si estuviera a punto de dormirse. Hago lo que me pide, seguro será la última vez que me ofrezca de chofer. Suerte que no trae al gato sino coronaria mi noche.

Al cabo de unos minutos ya estoy frente al complejo, me estaciono en la acera porque no tiene sentido que entre al aparcamiento si la chica saldrá en...

Escucho un bisbiseo y volteo a mirar, está acurrucada contra la ventana y dormida.

—¿En qué momento? —me pregunté—. ¡Oye!

La llamo, pero no responde, y ni siquiera me atrevo a tocarla, no sea que me lance algún golpe o suelta una retahíla.

—Ros... Rosaline —la llamo por su nombre a ver si así despierta.

No hay otra opción que mandar un mensaje a Sienna, por suerte tengo su teléfono de la vez que me llamó para que buscara a Halil que no se podía mantener en pie de lo borracho que estaba. Ella se veía acalorada y él en estado de absoluto deleite, además de ebrio.

Hola, Sienna

Es Mikail, el primo de Halil

Tengo a tu amiga Ros en mi auto, ¿Podrías bajar?

Está dormida.

Demora unos minutos en contestar y decir que ya viene. La veo que trae al gato en los brazos, o sea que hace de niñera del animal cuando su dueña no está. Es cómico.

Reculo en mis pensamientos. Yo también hago de padre protector dejando a Athena con mis abuelos, así que no somos tan diferentes después de todo.

—¿Tomó algo? —pregunta Sienna.

—No lo sé —respondo.

—Déjame averiguar —dice ella yéndose a un lado para escribir en el teléfono móvil.

No entiendo lo de: ¿si tomó algo?

Me llena de dudas lo que hay detrás del hecho de que, así como Halil y mi tío, tampoco la tocó.

—Tendrás que ayudarme —dice—. Llevarla dentro.

—Espera, Halil me dijo...

—No se dará cuenta, no le diré que la cargaste hasta nuestro apartamento —la percibo, ansiosa—. Por favor, Mikail, si mi novio estuviera aquí se lo hubiese pedido.

Dudo si hacerlo o no porque implica que tenga que tocarla, algo que me advirtieron no hacer, pero la veo preocupada y Rosaline no despertó ni cuando su amiga hizo que el gato pasara la pata por la cara de la chica.

Asiento, hoy es mi día de buen samaritano.

Le doy la mochila a Sienna que iba por delante de mí con la bicicleta. Meto los brazos por debajo del cuerpo de la muchacha, mi espalda se resiente cuando apoyo el pie en la acera para que su peso no me lastime, esto me genera un recuerdo lejano de algo que prefiero no ahondar.

—Es en el quinto piso.

Casi pierdo el equilibrio cuando Sienna lo dijo, por fortuna no hay que subir escaleras porque hay ascensor. La chica sigue fuera del mundo, debió de tomar algún analgésico o calmante.

«Si lo que tomó es eso, entonces ella...»

El hilo de mis pensamientos se pierde cuando veo que Sienna introduce la llave en una puerta. Suspiro con alivio de llegar, vaya lío en que me involucre por solo meter la mano en el bolsillo de su delantal.

—Es el cuarto a tu derecha.

Entro a una habitación pequeña, pero bien ordenada, hay una almohada en el piso donde el gato se arrellana. Deposito a la chica en la cama, de inmediato se acurruca envolviéndose en la colcha.

Suspiro con alivio de que no despertara. Cuando voy de salida, escucho un quejido y luego un balbuceo.

—No puedo... no puedo...

—Eh...

—Mikail —dice Sienna—. Gracias por todo.

Me hala para que salga del cuarto y también del apartamento. Con algo de duda, permanezco frente a la puerta por unos segundos.

—No tiene caso —digo entrando al ascensor.

Capítulo 8

Rosaline

Hoy no quiero despertar, de verdad que no. Me duele tanto la cabeza que tengo que ponerme los lentes oscuros porque la luz del día amplifica la molestia.

Hasta sigo con la ropa del día anterior.

Esta es la razón por la que tomaba esas pastillas solo en casos de extrema emergencia, como lo que sucedió en el restaurante. Ni siquiera recuerdo el modo en que llegué a mi cama, porque al complejo si tengo plena consciencia.

«Mikail Durall».

Ese nombre se ha colado en mi vida como lo haría un vecino impertinente, primero con la discusión en la veterinaria y luego resultó ser sobrino de mi jefe.

Salgo de mi habitación, Sienna está en la mesa y por lo que veo en su plato ya pasó la hora del desayuno.

—Preparé tortillas de papa con queso y jamón, y filete de pollo a la parrilla.

—Deben ser más de la una —digo sintiendo mucha hambre.

Voltea su muñeca para checar el reloj.

—Casi las dos de la tarde.

—Dios —mascullo—. ¿Cuánto dormí?

—Más de doce horas, eso es un récord —dice—. ¿Tomaste aquellas pastillas que el doctor te pidió que desecharas?

—Se que no debí —me froto la cara, sigo atontada—, pero era un caso de emergencia

—Halil me dijo —se levanta de la mesa—. ¿Café sin leche?

—Por favor.

En este momento las únicas dos cosas que conseguirán sacarme de la idea de echarme a dormir de nuevo son: que me den con un mazo y la otra beber café sin azúcar y menos leche. Necesito algo igual de fuerte para despabilarme.

—Deberías darte una ducha caliente, por cierto —dice Sienna poniendo la taza en la mesa—. Confiscaré esas pastillas hoy mismo —extiende la mano.

—Deben de estar en mi bolso... las llaves de mi casillero.

Doy un sorbo, me alivia el aroma y el sabor fuerte, aunque no es mi hora habitual de consumirlo.

—Conozco a Mikail —saca mi amiga a colación.

—No estoy para eso —murmuro entre que bebo otro sorbo.

—Pues debes saber que es una buena persona, tal vez se han conocido en malas circunstancias.

—No es solo lo de ayer —repongo—. Ya lo había visto y fue lo mismo.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas, cuando fui a la veterinaria por Romeo. —explico trozando la tortilla con el tenedor—. Se coló a preguntar, yo estaba por delante de él.

—¿Y por eso estás molesta?

—Mi tiempo es valioso —refuto, no tiene por qué minimizar la razón—. No tenía que ser mal educado.

—Te aseguro que de los Durall es el más considerado.

—No lo parece —deslizo el cuchillo por todo el filete.

—No te dejes llevar por la pinta —afirma, como si para mí fuese así—. Es guapo si...

—Tú lo ves guapo y varonil, yo lo veo como otro tipo que se sabe bien parecido y presume de eso.

—¿Cuándo dije lo de varonil? —cuestiona alzando las cejas.

—Pues... nada.

Evito hablar de lo mismo extendiendo la mano por debajo de la mesa para tocar a Romeo que está ahí. Sienna sacude la cabeza.

—No mencionaste una vez que no debía de prejuizar a Halil por aquello que comentó y se supone yo malinterpreté.

—Es diferente —bebo el café evitando su mirada—. Si consideramos que dijo un par de verdades sobre tu novio.

Quise morderme la lengua, o mejor quemármela con el café. Sienna sabe que su novio no está en la lista de personas que me simpaticen por mis antecedentes con Landon, pero no tengo derecho a meterme en sus asuntos.

—Discúlpame.

—Mantengamos el tema ahí —expresa sin más—. Hablábamos de Mikail y que no es una mala persona, te has dejado llevar por la primera impresión que fue pésima y para rematar sucede esto, pero no sabe nada de tu situación, hasta yo casi meto la pata al conocernos.

Cuando Felicity nos presentó, Sienna me dio un beso en la mejilla y puse cara como si me hubiera pellizcado el brazo. La pobre sintió que hizo algo terrible, pero mi amiga le explicó mi situación mientras yo acomodaba mis cosas en la que es ahora mi habitación. Después hablamos de casi todo lo que viví antes y durante Landon, además de tratar de sobrevivir y porque hui.

Con ella pude hablar de casi todo, menos otras cosas que prefiero mantener guardadas de quien esté cerca.

—Le agradezco que me haya traído —digo y me surge una duda—. ¿Quién me llevo a mi cuarto?

Mi amiga deja la mesa y va a la cocina donde mi gato se mete, utiliza eso para no responder.

—¡Ros, solo queda una lata de atún!

—Después que me dé un baño voy al supermercado, pero no me has dicho —insisto.

—Llegaste por tu propio pie —responde—. No dejarías que alguien te llevara en brazos, salvo que fuera una emergencia, te rompieras una pierna y lo hiciera un bombero o gente del servicio de urgencias.

—No te creo.

—Carezco de tiempo para refutar tu incredulidad —vuelve a consultar su reloj—. Tengo turno en el restaurante, ¿hoy no irás?

—No —llevo los platos al fregadero—. ¿Necesitas algo del supermercado?

—Suavizante de ropa y mi cereal integral.

—Anotado —hago como si lo hiciera en una libreta invisible.

Ojalá sea verdad que me tumbe en la cama por mi propio pie y no recuerdo nada por la pastilla.

Realizo el trayecto en bicicleta hasta el supermercado que está a siete minutos del complejo; no es el establecimiento más grande de la zona, pero tiene lo que necesito de manera inmediata. Cuando salgo con Sienna, solemos ir a un sitio que está a quince minutos, tiene de todo incluso una tienda departamental en el piso de arriba, sin embargo, como hago compras de ropa solo una vez al año no me gusta ir ahí tan seguido. Además, los dependientes de la tienda son muy amables con nosotras, una pareja de coreanos que nos reservan una caja con alimentos traídos de su país.

—Tenemos tus productos —dice la señora Hong.

—Gracias, la guarda mientras recojo lo que necesito.

No me demoro en la compra, solo miro los ingredientes y la fecha de caducidad. Tengo que llevar varias cosas que se me acabaron, entre ellas las latas de atún de Romeo, el suavizante y el cereal de Sienna, lo demás es yogur natural, fruta, lo que me acostumbré a comer después de mudarme.

Estoy en el último pasillo, donde se encuentran las bebidas sin azúcar, cuando oigo un crujido. Asomo la cabeza y veo a un hombre apuntando con una pistola al chico que trabaja en la tienda. No hay nadie más, solo el muchacho y yo.

«Esto es el colmo», pienso. No puede ser que por segundo día consecutivo sufro un alto nivel de estrés, pero lo de anoche no se compara con esto.

Me siento en el suelo, rogando que la situación cese antes de comenzar a hiperventilar. Lo próximo será inclinar la cabeza hacia mis piernas y taparme los oídos. Voy a tener que ir con el terapeuta, llevo menos de una semana con demasiados sobresaltos.

—Apúrate con el dinero, o disparo.

Cierro los ojos y escucho la horrorosa voz del pasado que me amenaza con que me quede quieta o será peor para mí. Siento una opresión tan grande en el pecho que parece que me voy a ahogar.

—Es todo lo que hay —dice el muchacho, mientras el piso debajo de mi se llena de púas. Empiezo a tener picor y luego será el dolor de cabeza.

—Muévete...

No puedo más y trato de levantarme, pero alguien me agarra del puño de la camiseta y giro a mirar, seguro el asaltante tiene un cómplice.

—Llamé al nueve once.

A pesar de la confusión que tengo, reconozco que quien me habla es Mikail Durall, no comprendo por qué está en el pasillo sentado junto a mí.

—Me explico —Dijo ante mi expresión de sorpresa por su presencia—. Estaba con los Hong recogiendo mi caja en la parte trasera.

También él las compra.

—Al salir vimos a aquel tipo apuntando a su sobrino —explica deprisa, puede que esté nervioso como yo—. Llamé al número de emergencias. Me disponía a salir cuando te vi, así que vine hasta aquí tan rápido como pude.

Estoy muy asustada, pero al mismo tiempo, me siento más tranquila. En este momento, el agarre de su mano en mi ropa no me arroja al vacío de la desesperación, es porque estoy en una situación de mayor peligro y ya lo conozco, o lo he visto un par de veces.

—Saldremos de aquí de algún modo —Me asegura para tranquilizarme, aunque creo que lo dice más para sí mismo—, aunque nunca he puesto en práctica lo que aprendí en la escuela militar.

—¿Eres militar? —pregunto con voz débil.

—No —responde—. Es una historia larga y complicada.

Me coge del codo para guiarme, oigo las campanitas de la puerta y luego:

—¡Alto ahí!

Gritan desde fuera y nos ponemos a cubierto. Mikail trata de pararse, pero yo no le dejo.

—Podría estar fingiendo. Si te dispara...

—¡Salgan de ahí! —dice el señor Hong en voz baja, asomándose por el final del pasillo—. El ladrón salió y la policía lo tiene en custodia. Recordé el sistema de seguridad y apreté el botón de la bodega.

El hombre sonríe, pero apenas se le ven los ojos. Estoy asustada, no siento las piernas y a ellos se les ha olvidado algo tan importante como el sistema de seguridad. Me doy un golpe en la frente y Mikail me mira. Tengo la otra mano sujeta a la suya y no es porque él la tenga así, sino que soy yo la que la mantiene apretada.

—¿Me perdonaste lo de ayer?

—Yo... —suelto su mano—. Es distinto.

—Me alegra que ya no estés como hace un rato.

No quiero ni imaginar en qué estado estaba cuando me encontré, la situación de angustia en la que me sumerjo. Llevo unos jeans rasgados en las rodillas y una sudadera que me queda grande, estoy desaliñada y menos me maquillé. Hasta debo tener bolsas debajo de los ojos.

Pero da igual cómo me vea.

Mikail Durall tiene los ojos claros, que varían del ámbar al verde, aunque en estos

momentos percibo una profunda oscuridad en ellos. Por la tensión en su mandíbula y la expresión de su cara, deduzco que estaba conteniéndose para no ir a darle una paliza al asaltante.

Me ayuda a levantarme, en eso vemos a una oficial de policía que entra y es seguida por otro de mayor tamaño. Ella interroga a los Hong y a Mikail, el grandote lo hace conmigo y con el chico que estuvo en más riesgo que todos nosotros, pero que permanece en una calma que abruma.

—Tenemos una cita —dice él mirándome—. Lo que quiero decir es que nos corresponde presentarnos para declarar.

—¿Cuándo? —pregunta el señor Hong.

—El viernes de esta semana.

—¿Qué fecha?

—Veintidós.

Sabía que tenía que recordar algo, e iba a revisar mi planificador, pero fue en el momento en que Jackson me llamó para cubrirle en el restaurante. El cumpleaños de Sienna es ese día y aún no he preparado nada.

—Sienna...

—¿Quieres que le llame? —pregunta Mikail.

—Ese día es su cumpleaños.

Frunce el ceño cuestionando por qué traer eso a colación.

—Tenía que hacer un par de llamadas, pero se me olvidó.

—Le diré a Halil —dice él—. Mi primo organizará algo para ella sin duda alguna.

—Tiene novia... tu primo tiene novia —tartamudeo, ahora es cuando siento el impacto de lo que acaba de suceder.

—Está enamorado de Sienna —asegura—. No creo que te esté contando un secreto, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Lo sé desde hace mucho tiempo, pero ella está con...

—Lo conozco —comenta despectivo—. No me caen bien los que son como él.

Aprovecho que la señora Hong le habla para analizarlo con detenimiento. Aquellos que son como Frank son similares a Landon, de esos que se pintan como perfectos, pero cuando ya te tienen en sus manos, sacan al demonio que llevan dentro.

Mikail Durall aparece en mi vida de maneras paradójicas, hoy mismo me dije que no quería verlo, pero estoy agradecida por encontrármelo de nuevo.

No necesito tomar nada para calmar mi ansiedad.

Capítulo 9

Mikhail

Quedé con Benson de vernos en una cafetería a dos calles del apartamento donde vive y que frecuenta siempre que puede. Comentó algo sobre los riesgos y es lo que no me encaja de lo que quiere hablar conmigo, un jueves a las diez de la mañana.

Hay algo de ruido, varios estudiantes se han venido aquí después de los exámenes de la universidad. Las risas de unas chicas me distraen de lo que escribo en la pequeña libreta que siempre llevo a mano y donde anoto cosas de mi trabajo: detalles de planos, detalles del lugar donde vaya a trabajar, estado del tiempo; aunque en este momento la utilizo para escribir algo de lo ocurrido la noche del asalto al mercado.

Debo ir a declarar y después de eso reunirme con un cliente, también recuerdo que mañana es la fiesta de cumpleaños de Sienna que se supone Rosaline organiza con Halil. Cuando le comenté del tema me dijo que ya tenía todo resuelto.

—¡Que...!

Sustituyen la música de jazz por un sonido electrónico que me trae a la mente películas de los años noventa, de las que pasan cuando enciendo la televisión y la dejo puesta para distraer a Athena y que me deje trabajar.

—Su café —dice Marcos poniendo en la mesa una taza humeante.

El chico de nariz aguileña y tez canela es quien me atiende cuando vengo.

—¿Podrías poner otra música? Me siento perdido como en un bar de mala muerte con luces neón.

—Ya lo hago —murmura para que no lo oigan los chicos.

El grupo más numeroso de estudiantes ha salido, pero todavía queda otro que no deja de charlar. La música se detuvo abruptamente y todo lo que pude escuchar fue el silbido de la cafetera y el sonido de la crema que se vierte en el capuchino. El ambiente es más placentero cuando hay menos personas y no se atreven a usar la rocola para poner música de baja calidad.

—¡Epa!

Siento un ligero toque en el hombro, Benson se sienta frente a mí y llama a Marcos.

—Croissant y...

—Café sin azúcar —concluye el muchacho.

—Como tiene que ser.

—Así es, señor Saidu.

Benson pone el teléfono encima de la mesa, es un adicto por tenerlo cerca.

—¿No desayunaste? —pregunta.

—No mucho —digo—. Hubo un problema en el mercado al que voy.

—¿Qué sucedió?

Su personalidad incisiva es algo que no ha cambiado en los casi doce años que lo conozco. Comencé en esta afición de la fotografía por pasatiempo, ahora lo hago por dinero y mientras la paga sea buena seguiría en ello, además de que no es un desperdicio para mí viajar.

—Podrías haberte sentado en otro lugar —expresa con malhumor.

—No ves que está lleno —digo y respondo a su pregunta—. La tienda de conveniencia de los Hong fue asaltada. Tuve que quedarme a decirle unas cosas a la policía, mañana tengo que ir a identificar al sospechoso.

—Vaya problemas en que te metes.

—No es mi culpa encontrarme con cosas así —Me quejo y, con todo y el ruido, dos chicos nos miran.

—Como relacionarte con mi asistente.

—Ya lo sabes, no es ninguna novedad.

—Te advertí que involucrarte con ella te traería problemas, hacerlo fue la peor de tus decisiones.

Desde el segundo día se enteró de ese tema porque Kelly me besó en la oficina y él nos vio. Al final amenazó con que mantuviera esto alejado de sus terrenos, especialmente que no afectara mi trabajo; le aseguré que así sería, hasta ahora, que me observa con una expresión de incredulidad.

—¿Supongo que hablaras de ella?

No cambio mi postura, pero es mejor que no vuelva a actuar como padre autoritario y hable de la fijación de Kelly conmigo. De como ella se jactaba de que no podría ser el único fotógrafo de la agencia en no someterse a sus encantos.

Sé que no debí tener sexo con ella, pero ese día acababa de asistir a un homenaje de la armada en honor a mi padre y estaba muy afectado por los recuerdos de mi familia rota. Ella me brindó una oportunidad de escapar de todo aquello, entre el alcohol y su capacidad de dar placer a ciertas partes de mi cuerpo que se sometieron a su voluntad.

—No —dice, sumergiendo un pedazo de croissant en el café—. Necesito un par de fotografías de actividades del carril de bicicletas que recién inauguraron.

—¿Nos reunimos aquí para que me digas eso?

—Si te lo pido es porque es algo especial, y no lo puedo hacer con cualquiera —dice—. El ayuntamiento quiere organizar una exhibición sobre el uso de la bicicleta en la ciudad, que tendrá lugar en un par de meses. El objetivo es retratar lo cotidiano a través de su uso.

—¡Qué fastidio!

Pienso que esto puede ser la peor cosa que me haya asignado desde que comencé a trabajar con él, pero una idea me viene a la mente. Rosaline, la chica que trabaja en el restaurante del tío Omer y con la que he cruzado más veces de las que me hubiese gustado, conduce una bicicleta Capri, si mal no recuerdo. De un estilo que da para

captar algo de ella en algún parque o en su andar cotidiano, reflexiono en que no estaría mal que le propusiera que fuera mi modelo para fotografiar.

El inconveniente aquí es que le caigo peor que un dolor en el pie.

—Te veo pensativo, ¿acaso tienes una idea?

—Diría que sí, pero antes necesito que el sujeto acepte mi propuesta.

—Supongo que puedes hacerlo con varios, ¿no?

—No —repongo—. Ella es algo peculiar.

—¿Otra mujer que seducir?

Que me diga eso es como si insinuara que me voy a casar con Kelly y ni lo uno ni lo otro. Ella tiene tan mal genio que intentar algo, aunque me parezca atractiva e interesante, es impensable, llegando a lo absurdo y poco probable.

—Trabaja con tío Omer, conduce una bicicleta Capri de las que suelen verse en el paseo —explico con seriedad—. Hace unas semanas la observé manejarla y me resultó interesante capturar esa imagen.

Lamento no haber tenido la cámara en ese momento, pero esa hubiese sido una fotografía para mí.

—Háblale y presenta tu idea.

Lo propone como si fuera tan sencillo. Benson tiene la capacidad de romperme los testículos en una sola reunión; es algo que lleva haciendo desde que lo conozco.

—No entiendo por qué no nos reunimos en tu oficina.

—Kelly —responde sin más—. Está enfadada contigo porque no has dejado que te vea.

—Es muy insistente, y fui claro cuando sugirió que fuéramos novios —repongo—. Ahí se acabó todo, pero de ahí a no ir a tu oficina es muy diferente.

—Comprendo —afirma apretando con fuerza la pantalla de su teléfono—. Con la idea que ya he propuesto, me voy, tengo cosas que hacer y supongo que tú también.

—La veré mañana en la fiesta de su compañera de piso.

—¿Comparten el mismo círculo de amistades?

—No... quiero decir que sí, pero es una coincidencia.

—Confío en que te concentres en el trabajo que te he encomendado y no te dejes distraer por... —señala con gestos hacia su pecho—, ya entiendes.

—No será así.

Salgo del restaurante, fatigado por la charla que me obliga a poner música relajante en la radio del coche. Mientras iba camino al apartamento, veo el famoso paso de ciclistas y se me ocurre otra idea.

Estaciono a dos calles. Me cuelgo la mochila al hombro y hago un reconocimiento del lugar y sus alrededores. En el parque hay varios árboles, bicicletas apoyadas en ellos y gente paseando por las aceras señaladas para ese fin. En otra calle hay una heladería, a un metro de distancia un puesto de revistas y, casi a la misma distancia, una florería. Recuerdo que las Capri tienen cestas, también que ahí, Rosaline puso a su gato cuando salieron de la clínica.

En mi cabeza rondan las ideas sobre este proyecto, que deja de ser una molestia para

convertirse en algo interesante de explorar.

El paseo me servirá como un punto de partida para contar una historia a través del lente de mi cámara. Pero falta lo más difícil, convencer a la chica para que me ayude con el proyecto, lo cual significa que me deje un par de días de su tiempo.

—Pienso que me dirá que no —meto la cámara dentro de la mochila.

¿Puede uno ser tan prejuicioso con solo verse un par de veces?

Ese tema me ronda la cabeza desde hace tiempo, como algo que no logro entender. Aunque creo que después de lo ocurrido la otra noche, le caigo mejor.

Capítulo 10

Rosaline

Organizar una fiesta de cumpleaños en tan poco tiempo debe ser lo más tonto que he hecho en mi vida, aparte de lo obvio de hacer años. A pesar de que conté con la ayuda de Halil para coordinar el menú, disponer el restaurante para la celebración y ofrecer algunas de las mejores bebidas del bar. Ojalá que las cosas no estén tan tensas entre él y Sienna.

También me puse de acuerdo con la prima de mi amiga para que contactara a sus conocidos; algunos dijeron que asistirán, mientras que otros no podrán debido a que es viernes por la noche y la fiesta no se planificó con anticipación.

En cuanto a su novio, resultó imposible ponerse en contacto con él. Le dejé varios mensajes en la oficina y otros en su teléfono móvil para que no haya forma de que se pierda la celebración.

Mientras preparaba el desayuno casi suelto el tema, a lo que Sienna me preguntó si no tengo que ir a la comisaría a identificar al ladrón del mercado.

—¡Maldición! —exclamo mientras corro a mi habitación para vestirme.

Hoy debo desplazarme del oeste al sur de la ciudad y con poco tiempo de sobra.

—¿Qué ocurrencia! ¿En viernes?

No me queda otra opción que meter el vestido que usaré en la fiesta en una mochila y coger un taxi hasta la estación, de ahí ir al restaurante. Llevo ropa adecuada para ir a un lugar que visité en otra ciudad y hacer algo que me costó dos noches de insomnio.

En cuanto entro, me tropiezo con Mikail; lleva un saco largo de color negro, igual que el vaquero. La única prenda clara es la camisa blanca. Cabello oscuro hacia atrás y la barba bien cortada.

—Te estaba esperando —dice.

—No llegamos a ningún acuerdo —refuto su afirmación.

—¿No recuerdas que teníamos cita?

El policía que vino por nosotros no me permite responderle. Nos trasladaron a una habitación oscura con una pared de cristal que nos separaba de otra en la que se encontraban unos hombres, todos de diferente estatura y complexión.

Me sobresalto al ver al ladrón plantado entre dos personas de mayor estatura que él; por alguna razón, estos cristales que únicamente se pueden ver desde un lado no me inspiran confianza. Al retroceder, me chocó con un cuerpo que estaba de pie justo detrás de mí, en una posición que parecía de protección.

—No era necesario que te presentaras —masculla, aunque alcanzo a escucharlo—,

pero sabes cómo son estos asuntos, cuantos más testigos haya, mejor será para el caso que se le abrirá al sujeto.

—Lo sé.

—Ninguno de ellos te mira.

—Aun así, me asusta.

Reflexiono un momento en lo que he dicho. Algo extraño me pasa con él para que me dé por soltar la lengua en situaciones de peligro. Solo espero que no sea una costumbre esto de ponerme seguido en un entorno tenso.

Nos lleva unos segundos identificarlo y salir de la habitación oscura, tanto protocolo para algo que podría haber hecho uno de los dos, o de plano los Hong y su sobrino.

—Disculpa —dice pasando por mi lado—. Te sienta bien lo que llevas.

«¿Qué fue eso?» Los pensamientos me asaltan.

En serio, no era mi intención vestirme así hoy, pero no sé el por qué me puse esto, tal vez quería dar la impresión de ser una ciudadana preocupada por la seguridad y el bienestar de sus vecinos.

Llevo un pantalón gris oscuro de los de pitillo, un saco azul marino y unos botines marrón que conseguí en una rebaja. No es mi costumbre vestir de esta manera, de hecho, adquirí el atuendo más por insistencia de Sienna y de mi madre, quien nos acompañaba el día en que lo compré.

Ahora Mikail Durall me está mirando con admiración.

—Debo marcharme —digo con deseos de abandonar este lugar cuanto antes.

—¡Un momento! —dice él como si quisiera tocarme el brazo, pero termina rascando su nuca—. Me gustaría hacerte una propuesta.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No creo que me interese.

—Vaya respuesta —dice acercándose a mí y casi sobrepasando los límites que pongo a la gente.

—Nos conocimos en circunstancias muy malas, y tú hiciste algo que no debiste...

—Y compensé llevándote a casa —refutó—. Además, te ayudé a mantener la calma con lo del asaltante.

—Te lo agradezco, pero no soy capaz de más...

—Quiero fotografiarlos —dice retrocediendo—. Se trata de un proyecto del ayuntamiento sobre ciclo vía; pensé en ti y en tu gato para una historia de alguien en su vida cotidiana.

Por unos instantes nos quedamos en silencio, yo suponiendo si se trataba de una broma suya, aunque me miraba con seriedad. Me aclaro la garganta y pronuncio la respuesta.

—No.

Hoy toca a Sienna y a mí estar en el restaurante de invitadas, mientras que otros sirven las bebidas y los aperitivos. Gracias al mesero por el agua sin gas que pedí para calmar la sed que tengo, desde que me fui de aquella estación dejando a Mikail con la

palabra en la boca, he sentido que hice algo malo, como el ser grosera sin proponérmelo, pero es que su propuesta es irrazonable.

—¿Estás segura de que le mandaron algún mensaje? —pregunta Sienna sacándome de mis pensamientos—. Sabes que utiliza más de un teléfono.

—Le dejamos en su casa, incluso con su madre.

—No nos llevamos bien.

—Descuida —digo para que se serene—. Encontrará un mensaje indicándole que debe acudir esta noche a Durall.

Su novio no ha aparecido, hace una hora que comenzó la celebración y no ha llamado para avisar si llegará o no. Ver a mi amiga con cara de tristeza me pone muy de mal humor, por lo que voy a la cocina.

—Deberías estar con los demás disfrutando de la fiesta —dice Omer colocando tiras de tocino en un sartén.

—¿Qué sucede? —pregunta Halil, como si presintiera el panorama desolador que tenemos enfrente—. ¿No ha venido el idiota?

Evito responder tomando una de las tiras recién hechas y llevándola a mi boca.

—Parece que tienes hambre —escucho el comentario mordaz, y giro la cabeza hacia la puerta que acaba de abrirse.

Mikail Durall está justo en la entrada, observándome mientras succiono el trozo de la tira que queda fuera de mi boca. Omer ríe entre dientes, mientras su hijo le gruñe al plato de aperitivos.

—Iré con ella —dice azotando el trapo que colgada de su mano.

—¡Halil! ¡Ven aquí! —Lo llama su padre—. No te precipites.

—No haré más que pedirle disculpas y permanecer a su lado tanto como me sea posible —expresa con enfado—. ¡Con una mierda! Es su cumpleaños y el imbécil no ha venido.

Sale de la cocina sin advertir que su primo acaba de entrar. Este mira todo con cara de saber más que yo del asunto, lo que me pone un poco más de malas.

—Rosaline —dice Omer secándose las manos—. Acompaña a mi sobrino, en vista de que mi hijo ha abandonado su puesto, lo tomaré yo.

—Pero...

—Haz lo que te dijo el tío —dice este casi empujándome fuera de la cocina.

Me toca hacer de acompañante, qué problema. Todo es culpa de Frank, al que añado un par de rayitas más de desagrado.

—¿No puedes estar solo? —inquiero a Mikail.

—Acepto que te caigo mal —se para frente a mí—, pero que seas grosera es más de lo que merezco.

¡Ups!

He sobrepasado los límites de mi conducta. Sin motivo alguno, fui arrogante con alguien que me ayudó cuando estuve a punto de sufrir una crisis nerviosa.

—Disculpa —reconozco que mi proceder es reprobable—. No he sido agradecida

contigo por lo que hiciste por mí el día del asalto.

Noto que no lleva puesto el saco de la tarde y, además, tiene las mangas de la camisa recogidas mostrando los músculos de los brazos. Tal vez vino desde donde vive hasta aquí.

—Si me haces un favor, aceptaré tu disculpa.

Quiere usar esto para proponerme otra cosa.

—Creo que es bueno que la aceptes —digo a punto de reventar.

—Aceptada, pero quiero algo a cambio.

Aunque no hace ningún movimiento amenazador, la forma en que me mira es como si quisiera desarmarme. Una mirada de ojos dorados con matices verdes, y cierta dosis de malicia.

—Suéltalo —digo.

—Acepta lo que te pedí.

—¿Hablas en serio?

—Sí, mucho —repone—. Lo que no pude decirte cuando saliste con aquella retahíla de quejas es que te pagaré por trabajar conmigo, pero no será más de un día o dos.

—Te dije que no lo haré —respondo.

—¿Cómo te puedo convencer?

Sacudo la cabeza.

—Ni hablar, no hay forma de que me doblegue —me mantengo firme en mi decisión, aunque piense que soy cabezota.

—¿Ni siquiera si ofrezco un intercambio?

—¿De qué tipo?

—Mi primo me comentó que diseñas arte para las camisetas que tú, Sienna y Jackson venden en las redes y a veces aquí en el restaurante.

—¿A dónde vas con eso?

—Tengo contactos en el mundo de la moda.

Si Sienna y Jackson estuviesen aquí, estarían aplaudiendo, pero yo me rehúso a tomar tal decisión.

—Ayúdame con mi trabajo y te doy la posibilidad de colocar tus camisetas en la feria textil del próximo año.

Eso me dejó fuera de juego, como si me hubieran dado un puntapié en la corva y ahora me encuentro descolocada de qué contestar. Como estudiante de moda, ver nuestras camisetas en esa feria será un objetivo cumplido para Sienna. Jackson se ha pasado horas trabajando en la impresión de las que vendemos, así que diría que sí al instante.

En cuanto a mí, solo de pensar en presentarnos en un mercado más grande, es la ilusión de mi vida hecha realidad, pero implica tener que rendirse ante una persona que quiero lejos de mi vida.

Me mira esperando una respuesta, pero no sé qué decir. Si rechazo esta oportunidad, estaré pasando por alto a mis compañeros que desean una oportunidad de este tamaño,

sin embargo, si acepto, estaré abriendo la puerta de mi vida, de lo que hago siempre y no sé si quiero ese grado de tensión.

—No te pido más que dos días de tu vida.

—¿Solo eso?

Me resulta difícil abrir las paredes reforzadas en acero y hormigón.

Me voy a negar, aunque me haga quedar mal con mis amigos. No puedo darle ese tipo de acceso, es imposible.

—No...

Oigo un sollozo, Sienna se dirige al cuarto de descanso, adelanto un pie para seguirla cuando veo a Halil hacerlo antes que yo y, por casualidad, oigo que cierra la puerta con seguro.

—Mi primo sabe cómo lidiar con esto —explica Mikail—. Necesita de mucho ánimo.

Eso me deja sin ninguna otra alternativa.

—Acepto —respondo, como si estuviese a punto de entrar en una cámara de tortura o algo similar.

Dos chicas, compañeras de la universidad de Sienna, pasan entre nosotros. Mikail tiene una sonrisa de satisfacción en los labios; se ha salido con la suya. Me arde la cara por el disgusto que me causa el tener que doblar las manos.

—Ya puedes irte —digo con sorna.

—No me iré, —dice— estoy invitado como el resto de la gente que ha venido.

Me resulta cargante.

—No lo tomes como si fueras a ir al dentista —dice él, mientras yo pensaba que preferiría eso—. Haces tus cosas sin tener en cuenta que yo estoy ahí.

Levanto una ceja.

—No creo que pueda hacer mis cosas con alguien siguiéndome.

El problema no es que alguien me siga a todas partes, sino que Mikail Durall sea quien lo haga. Cada vez que nos cruzamos, se cuela más en mi vida.

—No soy intrusivo, si es lo que estás suponiendo con respecto a cómo será el trabajo —se torna explicativo—. ¿Podemos hacerlo el sábado de la próxima semana?

Al igual que la cita con el dentista que deseas posponer hasta que la molestia no te deja dormir. Tomo la decisión de que saldré de esto de una vez por todas, ya sea mañana mismo o en plena medianoche.

—Trato hecho —digo y él tan solo mueve la cabeza, en sustitución a estrechar la mano cuando acepto—. Iré por ti y...

—Dime dónde y llegaré allí.

—Imposible —repite cruzando los brazos—. Puede que te quiera fotografiar en tu entorno natural, pero debes salir lo mejor posible.

Se rasca la cabeza con gesto pensativo.

—Es como si regresara a los viejos tiempos —musita como si yo no estuviera presente—. Ahora soy fotógrafo de viajes, sin embargo, en este tipo de fotos se requiere un poco de producción, contaré con alguien que te peine y arregle.

—Lo siento, pero no se mencionó nada de eso en el acuerdo, pensé que querías que estuviera en mi entorno, no en el tuyo.

—Si... lo olvidaremos y veremos cómo resolverlo —dice mientras se aleja—. El sábado próximo pasaré por ti.

Se perdió dentro de la cocina. Me quedé ahí, queriendo estampar el puño en la cara de Frank. Será él quien pague por ponerme en esta situación.

Capítulo 11

Mikhail

Cuando salgo a alguna asignación al aire libre voy cubierto hasta los dientes como lo haría el buen *Chuck Norris*, pero en mi caso el armamento es el equipo fotográfico que tengo conmigo desde hace diez años.

Entender la luz, el cambio durante el día y cómo puedo utilizarla para mi beneficio son aspectos críticos de mi trabajo. He pasado días al aire libre con la confianza de que los asombrosos tipos de luz natural den vida a lo que quiero capturar a través del lente. Hoy dudo de esa posibilidad porque el sujeto a fotografiar es una mujer con la que tengo una relación tirante y me costó convencer de mi loca idea.

Introduzco uno de los dos lentes que usaré dentro de la mochila, además de unas cuantas memorias extras; nunca se sabe cuándo alguna puede fallar y en mi caso necesito salir de este trabajo hoy mismo.

Athena se me acerca, en vez de poner su hocico sobre mis piernas, se dedica a observarme con la cabeza inclinada.

—Quisiera llevarte, pero Rosaline llevará al tal Romeo y...

Me viene a la mente algo que pasó desapercibido al saber su nombre y recordar el de su gato. Suelto una carcajada y la perra se roza contra mi pantalón.

—Se llama Rosaline y el gato es Romeo, creo que ni siquiera Shakespeare hubiera podido imaginar este giro de los acontecimientos.

Athena se sienta en el recibidor y señala su correa.

—Dije que no puedes. No quiero que después me acusen de que lastimaste a un gato.

Si lo medito bien parece que Rosaline se lleva mejor con los animales que con los seres humanos y tal vez Athena dulcifique su humor, quizás por dos minutos.

Meneo la cabeza, no es conveniente.

Tomo la cazadora para salir, aunque es temprano; necesito hacer un segundo reconocimiento antes de que aparezca en el lugar convenido. Quede de pasar por ella, pero a punto de dormirme me llegó un mensaje de un contacto desconocido, dude en abrirlo pensando en Kelly y resultó ser Rosaline.

Hola Mikhail.

Soy Ros, tu primo me dio tu número.

Decidí que es mejor encontrarnos en una tienda de flores que se encuentra en la segunda salida de ciclo vía.

Nueve de la mañana.

Quise llamarla para insistir en mi idea, pero con lo poco que llevo tratándola seguro no contestaría y renunciaría al trabajo.

Al llegar hago un recorrido a pie desde la caseta de información hasta un puesto de helados. El cielo luce despejado a pesar de la alerta de lluvia en horas tempranas, como aprendí del abuelo no siempre se debe confiar en el reporte del tiempo y menos en esta ciudad.

Capto momentos de algunas personas haciendo ejercicios y otros en bicicleta; de esos hay muchos y también los usaré para el trabajo. Dirijo el lente de la cámara hacía unos árboles, veo la bicicleta verde con la canasta en el frente y dentro a un gato con pelaje naranja y patas blancas, tiene el cuerpo erguido señalando el camino.

No puedo evitar captar la graciosa escena que de a poco se hace más clara y ver como su dueña frunce el ceño tan pronto descubre que la estoy fotografiando.

—¿No que sería a las nueve? ¿Debo cobrar estos minutos extras?

El pelo, aunque corto, se mueve con la soltura que el viento le proporciona cuando se quita el casco. Utiliza pantalón de pitillo, camiseta con un colorido diseño, sobre esta una chaqueta impermeable y cortavientos, y claro sus conocidos zapatos deportivos oscuros.

—¿Trajiste otra muda? —hago la pregunta porque no quiero tener fotos suyas en una sola indumentaria.

—No me dijiste nada, pero sé cómo son estas cosas.

Muestra la mochila que lleva colgada en la espalda, además de un bolso en la canasta donde el gato lame su pata.

—¿Debería subir la cuota?

—¡Que!

Adelanto un pie y ella aferra las manos enguantadas al mango de la bicicleta. Le he dado un susto, o algo le paso con mi forma de hablarle que se puso tensa y no es la primera vez que sucede. Debo medirme con ella.

—Disculpa —digo manteniendo la serenidad, no puedo correr el riesgo de que se vaya—. Quise decir que si piensas que tienes un taxímetro.

Desvía la mirada y percibo que sus labios luchan por perfilarse en una sonrisa, pero tan solo bufa.

—Vamos a lo tuyo —se pone el casco de nuevo—. Debo cambiar de atuendo en...

Me mira con un signo de interrogación dibujado en la cara.

—Cuando sienta que tengo suficientes con lo que llevas ahora.

Hago unas en la vía que va hasta la salida tres y que colinda con otro puesto de helados donde compro uno para simular que se detuvo a comer, pero cuando voy por la foto número veinte ya engulló la mitad del barquillo.

—Era solo para simular.

—No lo especificaste —le da una lamida que a mí me deja descuadrado captando la imagen, aunque no la enviaré a Benson.

Aunque fotografiar un sendero lleno de árboles pueda parecer aburrido, Rosaline consigue que el paisaje sea más interesante y refrescante, y cuando hace carantoñas al gato es lo mejor porque se ve su lado divertido y tierno. Agradezco que no se diera cuenta de que capte esos momentos que según ella subirán su tarifa.

Mi cuota de experiencia ha sido puesta a prueba.

Por fin alcanzo a ver un lugar bonito, casi al final, una pastelería con mesas fuera del local. Hay flores y helechos colgando de maceteros que me recuerdan algún pueblo de la costa mediterránea europea, de los que he recorrido por trabajo y también por placer.

Pregunto a quién atiende si el dueño se encuentra, la adolescente aclara que son dos: hermano y hermana. Ella es hija del pastelero mientras que su tía, de nombre Sofía, es quien lleva las cuentas.

—Soy de Napoli —dice la señora con un acento marcado—. Tenemos desde pasteles hasta café de todo tipo y gelato.

—Creo que llevaré unos cuantos.

La voz de Rosaline me saca de mi concentración, inspirado en lo que podía captar tanto fuera como dentro; para el negocio de los hermanos será publicidad gratis. Es lo que me encanta de mi trabajo, irme por lo bueno y poco conocido.

—Lo que traje puede usarse aquí —dice ella.

—¿Qué cosa?

—Ya verás —responde pagada de sí misma—. ¿Me presta su baño?

Se dirige a la señora que nos mira dudosa, pero entonces explica que quiero hacerle fotos para revistas que harán un reportaje de ciclo vía y la señora accede. Me rasco la cabeza porque tendría que haberlo hecho yo.

Miro el reloj y han pasado cuatro minutos, en ese lapso he bebido el mejor café que haya probado con excepción del tío Omer.

—Iré por...

—Lista.

Uno de los paisajes más atractivos es aquel que revela su belleza al ser observado, no solo es idóneo para fotografiar una bicicleta, sino que también conserva la autenticidad del objeto que quiero capturar; sin embargo, Rosaline me cautiva a la segunda mirada, cambiando por completo el panorama.

Lleva un vestido corto de rosas de un vívido rojo, bordadas en el pecho y al final de la falda; además, se dejó el cabello suelto. El color de su atuendo resalta el azul intenso de sus ojos, que no he podido olvidar desde que pude verlos con claridad.

—¡Bella! —exclama la señora.

Del fondo de la cocina, sale un hombre con camisa blanca y gorra de pastelero que también dice lo mismo y agrega:

—Preziosa ragazza.

—Es mi hermano.

No podía estar más de acuerdo con el hombre. Aunque se ha dejado las converse luce preciosa, tanto que me cuesta definir que lente usar para las nuevas fotos.

—Recuerda el taxímetro —dice impaciente.

Al esculcar en la mochila por el lente, veo el estuche de la Leica que guarde en caso de que la inspiración me dé por captar algo hermoso y atemporal.

Es hora de sacar todo su potencial.

Capítulo 12

Rosaline

—¿Por qué aceptaste si no te cae bien?

Podría decirle a Sienna que fue culpa de su novio, por hacerla llorar al no llamarla ni aparecer en su fiesta de cumpleaños, pero al verla tontear ante el ramo de flores que recibió temprano, decidí callarme llena de coraje.

Por mis amigos acepté la idea de Mikail Durall de fotografiarme y también por mí, recibiría una paga a la que sacaré todo el partido posible.

—El dinero —respondo poniendo empeño en ver las imágenes que busco en *Pinterest*—. Necesito una tableta de dibujo con pantalla, con lo que gane aquí completaré para comprar una.

—Aun así —deja el tonto ramo a un lado—. Es casi todo el día con Mikail y no lo soportas.

—Corrijo, no es que no lo soporte —aclaro para que no le queden dudas—. Empezamos con mal pie y esto es solo trabajo.

Le recuerdo que hemos tenido clientes insoportables, pero que le damos por su lado porque son los que nos compran más camisetas.

—Hay que ser objetivos.

—Entonces busca que ropa usar para la sesión.

—Lo que uso siempre que manejo la bicicleta.

Sienna sacude la cabeza y va a mi cuarto, intuyo que debe de estar buscando algún vestido.

—¿Lo recuerdas? —cuestiona como si no supiera que fue una de las compras de mi abuela paterna y que envió a mi madre con la ilusión de que lo usara.

Trae un vestido blanco perla por arriba de la rodilla, con bordado artesanal de flores en vivos colores en el pecho y al final de la falda. No me lo he puesto por no considerarlo funcional para mi vida cotidiana.

Admito que se parece a alguna de las fotos que veo del *Pinterest*.

—No pienso ponérmelo.

—Debes.

—¿Por qué?

—Saldrás preciosa —dice con toda la seguridad del mundo—. Mikail es un artista con las fotos, si quieres te lo puedo demostrar.

No espera a que le dé una respuesta cuando toma de la estantería un par de libros. Uno es de lugares que visitar si planeas hacer senderismo y escalación, el otro es de un

país, ambos con el sello de *National Geographic*.

—Turquía.

—Los Durall son de ahí, bueno su bisabuelo paterno.

El libro de senderismo tiene fotos impresionantes de lugares en cada uno de los continentes, además de detallar itinerarios por temporada y épocas del año para hacer esta actividad.

—Es muy cotizado en el medio turístico, sobre todo de publicaciones de NG.

—Ya veo.

El de Turquía fue hecho con la dedicación de alguien que va descubriendo sus orígenes en cada imagen captada. Desde paisajes idílicos hasta gastronomía, celebraciones y tradiciones, sobre todo la gente y sus expresiones cotidianas.

—Estuvo allá dos meses, empapándose de todo —explica Sienna—. Es de los que no se conforma en solo captar una imagen bonita, quiere transmitir emociones que te lleven a querer ir a ese sitio.

Me pongo de pie y extendiendo la mano.

—Dame el vestido, lo meteré en mi mochila.

—Que bien, amiga.

Sé que quiere abrazarme porque anoche en medio de las lágrimas, yo pasaba la mano por el colchón de su cama como si le acariciaba el cabello, pero no podía por más que hasta me sentí fatal por ella.

Varios pares de ojos se clavan en mí y casi quiero volver al baño para quitarme el vestido. No he usado uno así desde que era niña y mamá se daba el gusto comprando ropa de este estilo para los viajes con papá a México a visitar a Federico y Angélica Cruz, mis abuelos paternos que viven en Campeche.

Según mi padre lo propio en una niña de mi edad era llevar vestidos, pero para mi abuela dedicada a hacer bisutería rodeada de las dalias y buganvillas de su jardín, eran cuentos de su hijo, el ojo alegre. Tengo en mi memoria sus overoles de mezclilla y las blusas estampadas de algodón.

A pesar de que todos los presentes me observan, incluso mi gato que, después de echarme un vistazo, se enrosca en su cesta, me concentro en el fotógrafo, que no deja de mirarme, y ni siquiera para comprobar si mi atuendo se ajusta a lo que él quiere. Es la expresión de algo que lo tiene atrapado y dudoso.

—Recuerda el taxímetro —le apuro.

Sacude la cabeza y esculca en su mochila. Hace un rato hizo lo mismo, pero sabía que lente usar para la siguiente serie de fotografías, ahora se muestra inseguro y no entiendo por qué.

Me le acerco.

—¿No sabes cuál escoger?

—Claro que sí —responde impaciente—. Necesito un filtro diferente, debo hacer cambio de exterior a interior.

Con eso no dije nada más, me dediqué a esperar que hiciera su recambio o cambio, como le diga, mientras yo charlo con la señora Sofía que hizo de traductora de su hermano que solo se comunica en italiano.

—¿No han pensado en un nuevo logo?

Se me ocurre hablarles de mi trabajo en espera porque Mikail sigue indeciso. Sofía le dice a su hermano que asiente con la cabeza mientras su sobrina, de apenas catorce años, distrae a mi gato que le acepta las caricias a cambio de unas galletas.

—Les ofrezco mis servicios —saco de mi mochila el tarjetero donde tenemos nuestras redes sociales y el correo—. Podemos diseñarles un nuevo logo, además de estamparlo en camisetas que puede vender en su tienda.

Ofrece una muestra de tartaleta con fresa y kiwi bañada en una crema de vainilla y amaretto. Toqué el cielo con solo probar la fruta.

—Antes de que se sumerjan en tu negocio, Ros, ¿te importaría ponerte en posición para fotografiarte?

No comprendo el motivo del cambio de actitud de Mikail cuando solo pretendo vender mi trabajo, si es eso lo que le ha molestado al dirigirse a mí solo como Ros.

—Deberías haber dicho que no querías que hablara con ellos.

—No dije eso —señala que me siente en la silla fuera del local.

—¿Y por qué estás molesto?

Abro el menú para dar la apariencia de que acabo de bajar de mi bicicleta después de dar un paseo por la ciclovía y voy a pedir un café si el idiota que me está tomando fotos no tuviera cara de amargado.

—No lo estoy —se arrodilla a mis pies—. Perdón, de nuevo, me excedí con lo del lente.

—No te creo.

—Te juro que es verdad.

Un instante de silencio en que me mira y el verde de sus ojos derrama comprensión, pero también contrariedad. Lo que sea que le haya molestado no debe disminuir mi ánimo.

Levanta la mano como si quisiera coger la mía, pero la cierra en un puño.

—Sigamos —dice volviendo a su sitio.

Hizo varias fotos conmigo fuera de la pastelería y otras dentro; además, sacó algunas con Romeo, que parece un modelo de alimento para gatos, ya ni siquiera levantaba la pata como si fuera a zarpar sus garras en el brazo del fotógrafo.

Al ponerme de nuevo la ropa de inicio, observo a Mikail recibiendo de Sofía una bolsa y me señaló diciendo que la otra era para mí.

—En ella se encuentra nuestro correo electrónico para sus propuestas.

—Gracias —les dije contenta de haber enganchado a un posible cliente.

—Vuelvan pronto.

Los tres nos despiden en la entrada de la tienda, veo que la sobrina le dice algo a su tía al oído mientras mira a mi gato y esta última asiente.

Al buscar mi bicicleta, no la encuentro, y me pongo en alerta, pero veo a Mikail parado contra el auto como si me estuviera esperando, y recuerdo lo que sucedió hace unas noches.

—Te llevaré.

—Puedo llegar al apartamento desde aquí.

Permanece impasible, cruzando los brazos.

—Si eres obstinada, yo soy más.

—¿Guardaste mi bicicleta en tu camioneta?

Su gesto de autosuficiencia me pone de mal humor.

—Somos casi vecinos con unas pocas cuadras de separación —dice—. Es mucho el camino de aquí a tu casa y en bicicleta.

—Puedo...

Vuelve a menear la cabeza y una vez más tengo que doblar las manos.

Capítulo 13

Mikhail

Entre mis posesiones más preciadas está una Leica del año 1932 que perteneció a mi abuelo Ihsan cuando trabajaba como periodista gráfico para The Globe and Mail y que me obsequió cuando decidí que quería ser fotógrafo. La llevo a mantenimiento de manera periódica para evitar que deje de funcionar. Se trata de un objeto apreciado por los coleccionistas, mi abuelo captó momentos trascendentales de la historia moderna, así como de nuestra familia.

Para mí, el valor sentimental de un objeto que guarda un recorrido de viajes y trabajos hechos con amor no tiene precio.

—Le diste mucho uso —dice mi amigo mientras presiona el obturador.

—Un trabajo importante.

Con esta cámara me doy el gusto de revelar las fotografías de modo tradicional, como aprendí de mi abuelo y luego cuando estudié para ser profesional. La satisfacción de hacerlo uno mismo no tiene comparación con lo digital en el que se ahorra tiempo, pero lo orgánico del proceso cuando las imágenes salen ante mis ojos es maravilloso.

Las rosas bordadas en el vestido destacan sobre el blanco perla, envolviendo a la mujer como un manto de belleza y fuerza, de tenacidad y sensualidad en su postura desafiante. Ella no sabe que le tome estas fotos, fue de momentos en que sus pensamientos estaban en algo más que comerse el pastel que tenía en frente o en el gato de pelaje naranja en su regazo. Deseaba captar esa esencia cuando la vi por primera vez en su bicicleta hace dos meses, pero el resultado de esta sesión fue aún mejor de lo que esperaba.

Estas fotos son solo mías, o debo decir para mi proyecto de libro que debo de ir terminando si no mi editor me dará caza pronto, y también hablar con Rosaline por su permiso.

Mi mal humor en la sesión probablemente dañó mi relación con ella y soy yo el único responsable.

—Acabo de ver las muestras —dice Benson por el teléfono, en tono exultante que expresa cuanto le gustaron—. Debes venir a que elijamos las mejores para enviarlas al ayuntamiento.

—Sabes lo que desean, selecciónalas tú mismo.

—Necesito que nos reunamos para hablar de este trabajo.

—En este momento...

—No hay excusa, y tarde o temprano te vas a encontrar con ella.

Rehúyo a esto desde que llegue y fui bombardeado por los mensajes de Kelly donde pedía vernos, lo cual estoy seguro de que habría acabado en su cama como hace seis meses. Ella es hábil para dar en el punto exacto donde la libido masculina incite a tener sexo, aunque sepa que será el peor de los errores.

No niego que me deje arrastrar por las largas piernas que dejaba al descubierto usando una falda muy corta. Como a Benson le da igual, si anda medio desnuda no le importa su vestimenta, pero a mí sí y eso me llevo a aceptar tomarnos un trago, que luego fueron cuatro y terminamos en su cama un par de veces.

Llevo meses de parecer un monje confinado en una montaña, aislado de las tentaciones, aunque no es del todo cierto. No dejo de pensar en los increíbles ojos de Rosaline Cruz y en lo atractiva que es a su modo.

Hasta Athena se percató de que tengo la cabeza a punto de estallar.

He decidido que es mejor no aplazar más la visita a la oficina de mi agente y tener paciencia.

—Hola, Mikail —me dice Kelly mientras me da un beso en la mejilla.

Es evidente que supo que vendría.

La otra chica que trabaja en la oficina me mira con cara de compasión, es con quien tuve contacto los meses que estuve fuera y sabe que hasta fingí no ser yo una vez que llamé y Kelly contestó.

—Voy a reunirme con Benson.

—Lo sé, guapo —se inclina para besarme, pero ladeo la cabeza—. Hablaremos cuando salgas.

—No...

Se marcha de la recepción sin darme tiempo de decirle que no puedo.

Al entrar en la oficina, Benson me observa de soslayo. Me siento en el lugar de siempre y saco las muestras, según lo que decidamos se enviarán a relaciones públicas del ayuntamiento y puede que el proceso concluya en dos semanas.

—Acabo de hablar con ellos.

—No me digas que era necesario que viniera —respondo con sarcasmo—. Otras veces has sido tú quien las ha elegido.

—Sí, pero quiero hablar del sujeto en las fotos.

Usa ese argot para referirse a ella. Si lo es, pero es más que un simple elemento del trabajo, aparte de la dichosa ciclovía.

—La llamaremos, la mujer del vestido de rosas —muestra esa serie de fotos—. ¿Tienes algo con ella?

La pregunta es absurda dado que lo único que recibiré de su parte será un puntapié o un insulto.

—Te equivocas. Con ella no hay nada.

—Las fotos me dan a entender que tienes un profundo interés.

—¿Qué cosa?

Benson abre la puerta, no hay nadie en la recepción; mi jefe tiene la manía de

suponer que lo espían y hasta revisar que nadie más tiene acceso a las cámaras de seguridad. Como si fuese un agente secreto cuidando de lo que sale de su boca.

—No estoy para tus posturas de secreto de estado. Vamos a elegir las fotos para que me pueda ir.

—Te gusta.

Esto rebasa los límites de su supuesto ojo clínico, aunque conoce mi trabajo al dedillo, sabe con exactitud que foto encaja con cada reportaje y así venderlas al mejor postor, o que proyectos son los indicados para ellas. Fue él quien me propuso lo del libro de emociones y las fotografías, que contactó al editor y planteó el proyecto como algo personal, dejándome injerencia de qué elementos incluir en este, confiando en mi criterio y en la editorial a cargo.

—No es así.

—Dime, ¿Cuándo has hecho fotos así?

Es evidente que no son superiores a lo que capté con la Leica, algo más profundo y personal, pero son mucho más de lo que suelo hacer.

Aunque siempre trato de capturar alguna emoción en todos mis trabajos, todo es visto desde un punto de vista externo, mimetizado con el ambiente para que el sujeto actúe libremente. Las fotografías de Rosaline fueron tomadas como si yo formase parte de todo, como un novio o amante.

—Si piensas que son de un novato...

—No —responde con los dedos en el mentón—. Me gustan, especialmente el juego de colores y la luz. La chica es bonita y hay algo en su mirada que te hace querer saber más, ¿no?

Voy a pensar que Benson se las quiere dar de adivinador, o que los genes de su familia de Sierra Leona están jugando conmigo.

—Desde que la conocí, hay algo que me perturba —confieso porque sé que lo que diga aquí no saldrá de estas paredes—. Pasó algo muy raro. La toqué y se puso mal.

—¿Te propasaste?

—Solo fue un roce en el bolsillo de su delantal de trabajo. Tanto mi primo como mi tío me explicaron que no deja que nadie la toque. Ni roces, ni abrazos, nada.

Benson se echa para atrás como si profundizara en lo que dije, tal vez por su manía de analizar todo, consiga una respuesta o pista de lo que ella lleva consigo y que obliga a las personas a su alrededor a mantener distancia. Entiendo lo de Omer y Halil, pero que ni siquiera Sienna, su amiga y compañera de apartamento, pueda hacerlo me confunde.

—Ten cuidado —Sacude la cabeza al ver cómo me muevo incómodo—. No me refiero a que ande en algo malo, pienso que le sucedió algo muy serio y por eso establece distancia, incluso con Omer que ya tiene tiempo de ser su jefe.

—También la tiene con su mejor amiga.

—Con mayor razón —se ajusta los lentes observando de nuevo las muestras—. Cuando se experimenta un trauma u otro suceso grave, las personas tienden a hacer uso de barreras para impedir que otras personas se acerquen. El único que tiene contacto

físico con ella es su gato.

Me señala la forma en que tiene al felino naranja en sus piernas.

—Es posible que piense que con los animales no existe el peligro de que la lastimen.

Lo dije también por mí mismo, por mi vínculo con Athena y la sensación de que es el único ser vivo que no exige nada que yo no pueda dar. Los abuelos, el tío y mis primos son distintos porque forman parte de mi historia, de lo que viví desde niño. Athena es el único ser a la que dejaba ser o deshacer en mi vida.

—Tú mismo me has contado de tu situación familiar, y creo que estás creando sin querer este vínculo con la chica.

Hace unos días tuve que salir de la ciudad por cuestiones de trabajo. Mientras fotografiaba rutas de senderismo y ascensiones a montaña no podía dejar de pensar en el vestido y los ojos azules que me cautivaron, al grado que lo primero que hice al regresar fue ir a Durall, pero ella no estaba y no tenía ninguna excusa creíble para ir al complejo donde vive. No tuve idea de qué decirle a Halil cuando me preguntó por qué ahora los visitaba con frecuencia.

Decido alejarme de ella porque no puedo interferir en su vida, aunque yo mismo la introduje en la mía.

Capítulo 14

Rosaline

—No esperaba que vinieras a consulta tan pronto.

—Creo que son casi dos meses.

Coloco la mochila al pie del sofá donde siempre me acomodo cuando vengo con mi terapeuta. La persiana está un poco recogida, algo de la luz de afuera se filtra por la ventana, pero si hubiese gente cerca estoy segura de que permaneceré tranquila.

Hace varias semanas que no me perturban las cosas lo suficiente como para necesitar una receta de ansiolíticos. El que tomé el día que Mikail me tocó fue deshecho por Sienna y nada en el trabajo me obliga a buscar alguno.

—Pareces tranquila y dispuesta a hablar.

—Tal vez.

Aunque he tenido varias sesiones con él, en mis anteriores visitas experimentaba la tensión que se asemeja a la ansiedad de recordar las respuestas en un día de examen. Hoy no siento inquietud.

—Como te he mencionado en otras ocasiones, Ros, las citas quedan a tu criterio.

Explica para darme la tranquilidad de que no es como el otro hurgador de mentes que se creía erudito en la psiquis humana, y que llegó a sugerir que seguí un patrón de querer a un maltratador en mi vida por causa de mi padre.

Recuerdo cómo mi madre lloró por esto, culpándose de permitir que fuese testigo de los reclamos a Armando Cruz por sus infidelidades y que eso marcó mi vida. En mi expediente reposa la queja de aquel hurgador que declinó el denunciarme por agresión cuando le di una bofetada y salí de su consulta echando humo. Cuando Freeman lo leyó en vez de poner cara de que tal vez le haría lo mismo, sonrió y comentó que hubiese querido estar presente.

—Me he sentido bien, aunque, tomé de aquellas pastillas para la ansiedad que usted eliminó de mi medicación.

—No confío en los remedios invasivos —me recuerda—, te aconsejé evitar esos medicamentos.

—Así lo hice —respondo—. Mi abuela Angélica me envió unos remedios naturales, como la valeriana.

—Pero en su medida, el problema con estos es que se abusa pensando que los efectos serán menos perjudiciales que los medicamentos de una farmacéutica.

Puedo pasar horas hablando de los abuelos Cruz y como se preocupan por mí, aunque no sepan lo que me sucedió.

—Usted sabe que no dejo que nadie me toque, que entro en estado de pánico cuando eso sucede y pasó con el incidente que me llevó a tomar el ansiolítico, pero lo raro es que después de eso, esa misma persona me tocó, bueno la manga de mi sudadera, y no sentí miedo, ni ansiedad.

Interesado por lo que digo, el doctor Freeman escribe en su portátil, al mismo tiempo que anota en una libreta que no había abierto, al menos en ninguna de mis visitas anteriores. Mira la pantalla mientras yo explico lo del intento de robo, el miedo que generó y como Mikail me calmó, y que mi cuerpo no rechazó su contacto.

—Interesante —murmura sin parar de escribir.

—Creo que mi caso lo ayudará a escribir un libro.

—No por ahora —dice con mirada comprensiva—. Tu caso es excepcional, no solo por mi amistad con tu madre, sino porque soy de los que considera en los nuevos criterios clínicos, como cuando te expliqué que Landon era un maltratador de manual.

Por eso lo mantengo como mi terapeuta después de dos años. No es como el anterior que me señaló como culpable por ir tras los tóxicos, solo porque son atractivos y con dinero. Que me acostumbre a recibir golpes por las miserias de un amor malsano.

Con Freeman vi que no era así, que merezco ser tratada con amor y honestidad. Que, a los narcisistas con trastornos de límite de la personalidad, como Landon, solo les importa ellos mismos y su posición ante la gente, aunque en la intimidad sean una mierda. Su trágico final fue algo que él mismo provocó por su comportamiento autodestructivo, y las drogas fueron la causa principal.

—¿Sigues viendo a este hombre? —pregunta.

—Hace unas semanas tuve una sesión fotográfica con él.

—¿Qué tal es la relación?

—Mala.

Hace una pausa en sus anotaciones y vuelve toda su atención en mí.

—Me corrijo —digo para que no piense otra cosa—. No tiene nada que ver con... ya sabe, es que no nos hemos llevado bien por ciertos desacuerdos y sabe lo arisca que me pongo con quienes se pasan de listos. El día que fui por mi gato, Mikail quiso que lo atendieran primero, ¿no cree usted que es suficiente razón para molestarse?

—Es interesante el por qué lo has seguido viendo.

—Porque es sobrino de mi jefe y hemos coincidido.

—¿Por qué trabajaste en una sesión con él?

Es claro que fue por Sienna y sus lágrimas, culpa de su novio, también por el dinero que gané y que por cierto debo saber cuándo recibiré para hacer el pedido de la tableta de dibujo.

—Por la paga.

—Ros, desde que eres mi paciente, sé que no eres de las que prioriza el dinero a tu tranquilidad emocional —dice en un tono adusto y me lleva a sobre analizar—. Hay un vínculo con este hombre, Mikail, tal vez lo rechazaste de inicio, pero ahora es parte de tu vida, de cierta forma.

Enérgica, sacudo la cabeza.

—Para nada —señalo y empieza la incomodidad—. Vine porque quería contarle esto y que lo incluya en mi expediente como una más de mis desventuras. Que usted diga que tengo un vínculo con...

—Se mueve donde tú lo haces y ese contacto ha generado cierta relación que es patente que no quieres en tu vida.

Se lo dije en una ocasión, por qué evito tener contacto con la gente, fuese mi madre o mi mejor amiga. El miedo a sufrir, a que el contacto me haga vulnerable a quien se acerque a mí y me lastimen de la peor forma posible.

Pienso en las cicatrices en mi pecho que no quiero que nadie se dé cuenta de ellas, que las rocen o las vean. Las llevo como una herida permanente de la decepción y el dolor más angustioso.

Cuando llego al apartamento en lo único que pienso es en darme un baño de pies a cabeza y luego meterme entre las cobijas con Romeo a mi lado. Al revisar mi estado de cuenta, observo que el nombre de Benson Saidu aparece en la pantalla junto a una cantidad que excede los cálculos qué hice.

—¿Se tomó en serio lo del taxímetro?

Ingreso a la página de la empresa de tabletas digitales y hago la orden. La emoción de por fin tener mi objeto soñado no me cabe en el pecho. Hasta me dieron ganas de llamar a Mikail para agradecerle, pero recuerdo lo de la relación que mencionó Freeman y desisto.

—¡Romeo! —lo llamo para que venga por su comida, pero me ignora—. Después no te...

Un fuerte remezón casi me hace caer, si no es porque me agarro de la puerta del armario de la cocina. No tome nada ni me golpee la cabeza, más fue como si el edificio hubiese retumbado porque unos maceteros cayeron de donde Sienna los tenía, así como unos sartenes.

—¡Temblor!

Alguien grita y tomo a mi gato en los brazos. Salgo del apartamento viendo cómo los vecinos hacen lo mismo y algunos van por las escaleras; en casos de emergencia se nos ha recomendado no usar los ascensores por riesgo a quedar encerrados.

—¿Qué fue eso? —pregunta uno.

—¿Acaso tembló? —cuestiona otro.

—Sentí que fue más una explosión, en los apartamentos de arriba.

Cuando llego al patio del condominio, miro en esa dirección, no hay humo ni fuego por ninguna parte.

—Espero no sea algo grave.

Escuchar eso me sacudió porque si tengo que salir de aquí, mi mundo hasta ahora tranquilo se distorsionará una vez más y no sé si estoy preparada para otro cambio.

Capítulo 15

Rosaline

El patio del complejo de apartamentos está lleno de vecinos que preguntan qué sucedió. Llevo un chándal y camiseta discreta en comparación a la vecina de la puerta de enfrente, en una bata abierta que muestra un baby doll negro; su marido, por otra parte, expone algo de la prominente barriga bajo una camiseta.

El ruido ensordecedor me hizo coger a Romeo y salir del apartamento corriendo. Hasta ahora me doy cuenta de que en un pie llevo la pantufla y en el otro solo tengo el calcetín, es por eso por lo que me siento desnivelada.

Romeo se mueve en mis brazos, buscando comodidad, pero en estas circunstancias es complicado con gente moviéndose de un lado a otro y el frío de la noche.

—¿Llamó alguien a los bomberos o a la policía?

Algunos encogen los hombros, otros simplemente no responden. Por suerte metí el móvil en el bolsillo del chándal, espero que tenga carga.

—Si —digo con alivio.

Es difícil marcar cuando tengo a mi gato en los brazos. Incluso dudo si ponerlo en el suelo, me da pánico que se escabulla y luego perderlo.

—Y ahora como...

—Yo lo haré.

Mikail habla en voz baja y profunda, y está tan cerca que me sobresalto, pero no siento miedo. No quiero analizar por qué.

Me doy la vuelta, con mi altura lo que veo es algo de vello en la piel de un pecho cubierta por una camisa abierta. Muevo la cabeza hacia arriba con tal parsimonia que parece que estoy en la cámara lenta de una película.

—Rosaline —dice Mikail Durall. No entiendo qué hace aquí.

No llamé a Omer, pero si lo hubiera hecho, habría sido con Sienna.

—Tú... que... —Tartamudeo.

—Hace frío —ahora lo tengo demasiado cerca. Creo que Romeo percibe mi tensión porque clava sus uñas en mi brazo.

—¡Ay! —exclamo con dolor.

—Dame al gato —no espera a que le diga que sí cuando ya lo tiene en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Evita mi mirada, haciendo caso omiso de mi pregunta. Increíblemente, mi gato se queda quieto, parece que duerme en sus brazos algo demasiado extraño para su conducta usual.

—Iba cerca a comprar algo para cenar —dice—. Vi gente fuera y me asomé.

—¿Te asomaste y ahora estás aquí dentro?

La duda me asalta, no veo que traiga bolsas de la compra.

—Pensé que tú y Sienna necesitarían ayuda —dice.

—No está.

—Eso veo.

No sé cómo se las arregla para colocar su teléfono móvil en la oreja mientras carga a mi gato.

—Se produjo una explosión en el complejo East Side, en la calle Bay View... si me mantendré en línea.

Es increíble, tuvo que aparecer Mikail para que se llamara al servicio de emergencia porque los vecinos siguen en estado de shock.

—¡Qué afortunada eres!

La señora Prunt, vecina de al lado, se asoma por detrás de mí. Es una anciana muy particular que de vez en cuando nos regala cupcakes de los que hornea a su nieto cuando viene de visita.

—Perdón —digo.

—Tu novio llegó a tiempo para ayudarnos.

La palabra “novio” llega a oídos de él porque mira hacia mí y curva los labios en una media sonrisa. Me quedo boquiabierta, ¿quién podría pensar que tenemos algo si somos como el agua y el aceite?

—No es nada mío —respondo categórica.

La anciana curva las cejas, estoy decidida a hacerle entender lo equivocada que está, pero Mikail lanza una mirada discreta para que me mueva a un lado.

—No vale la pena —dice—. Los del servicio de emergencia y la policía ya han sido notificados.

—Así que...

—Seguro que mandarán a desalojar el edificio —explica—, es el procedimiento normal que se hace en estos casos.

Aunque lo de la dichosa “explosión” había sido solo un ruido con remezón porque no vemos humo ni fuego, nada asegura que no se repita y volemós por los aires.

—Llama a Sienna para que decidan dónde ir.

Me angustia el verme en la situación de tener que hacerlo, y ni siquiera sé a dónde. Al menos mi compañera de apartamento tiene una prima que vive cerca y tal vez pueda quedarse con ella.

Hace mucho le propuso mudarse, pero el piso es pequeño; sé que no lo ha hecho por mí, para no dejarme sola como barco a la deriva. Debo pensar en que decirle para convencerla de no preocuparse, si hasta ahora he sobrevivido ya veré cómo me las arreglaré.

Contesta de inmediato cuando le marco, hoy tenía una exposición a la que debía ir obligatorio para obtener puntos en su maestría. Llega en menos tiempo del que hubiese supuesto, casi igual lo hacen los bomberos y la policía.

Apenas nos dan minutos de sacar lo necesario, inspeccionarán el edificio para ver cuál es el problema y si no es nada delicado podemos volver. Por lo pronto no me queda otra que ir a un hotel, Sienna decide quedarse conmigo hasta ver que va a pasar. Mínimo serán tres días fuera de casa, o sea que deberemos tener el teléfono pegado a nosotras para mantenernos informadas.

Con tantas cosas arrojadas de golpe no me percaté cuando Mikail colocó a Romeo en mis brazos y se alejó. Admito que fue de mucha ayuda porque si no seguiríamos viendo al edificio en espera de que aparecieran los bomberos por obra y gracia de no sé quién.

Sienna me interroga sobre la presencia de Mikail y le respondo que se asomó a ver qué pasaba. Más vale que no piense otra cosa como la señora Prunt.

Me despierto a las cinco de la mañana y sin haber dormido bien. No deje de darle vueltas a cómo resolver lo del lugar donde me quedaré en caso de que no podamos volver al complejo.

El cuarto está silencioso, Sienna duerme como si no hubiera un mañana y Romeo apenas se ha movido. Para aliviarme la preocupación opto por terminar el diseño para enviar a Jackson antes del tiempo límite, lo de tener negocio propio implica no ceñirse a un horario fijo, pero no quiere decir que pueda darme el lujo de procrastinar.

Voy a la mini cocina por algo que me mantenga con la batería alta. Anoche fuimos de pasada a una tienda de conveniencia por cosas para picar porque ninguna de las dos había cenado. Caliento agua en el microondas y abro un sobre de café.

—Ros... —Sienna ronronea mientras se restriega la cara—. ¿Has descansado?

—Un par de horas —respondo soplando mi bebida—. Es difícil conciliar el sueño en otra cama que no sea en la que he dormido estos dos años.

—Espero que nos digan pronto lo que va a pasar.

—Hmm...

Al instante vuelve a quedarse dormida. Me pongo a trabajar; el café me despierta un poco más de lo que estaba hace unos minutos.

Cuando vuelvo a ver el reloj son las ocho treinta, me zambullí tanto en el trabajo que no sentí el paso del tiempo. Tengo turno en el restaurante de diez hasta las tres, decido que voy a desayunar en el puesto de donas a una cuadra de Durall y así ahorraré tiempo.

Tengo que resolver lo del hospedaje de Romeo, Sienna tiene clase y dejarlo solo en el cuarto del hotel no es conveniente. Lo único que se me ocurre es llevarlo a la veterinaria, puedo pedirle el favor a Clarisa que hable con el doctor de lo que sucede.

Me las arreglo para hacer todo con tiempo, desde enviar el archivo a Jackson comentándole de paso la situación, llevar a Romeo a su hospedaje momentáneo y detenerme a comer una dona rellena de dulce de leche y beber chocolate caliente.

Otro día de ajetreo y circunstancias particulares.

Cuando llego al restaurante, Omer está enterado de nuestro problema.

—¿Han tenido algún tipo de noticias?

—Supongo que tardarán unos días en darnos una respuesta.

—¡Seguro que es un fastidio!

Halil grita desde la cocina, me extraña que esté aquí temprano porque no suele venir de día y menos con su padre a cargo. Tienen muchas diferencias.

—Supo lo de ustedes —responde Omer ante mi interrogante—. Vino para saber si necesitan ayuda.

Esto tiene un nombre y un apellido, y no está aquí para presenciarlo.

El olor de lo que sea que esté cocinando me llega despertando mi apetito, últimamente siento más hambre de lo usual. Devorar una dona rellena junto a una taza grande de chocolate caliente, y seguir con hambre es anormal en mi estómago.

—¿Tienes hambre? —pregunta mi jefe, y me ruborizo.

—No es nada.

—Considéralo una degustación —Halil trae un plato de algo que parece exquisito—. Son huevos con guiso de verduras y otros ingredientes, me gustaría conocer tu opinión y si fuese conveniente añadirlo al menú.

—Pero...

—Buenos días.

Anoche escuché su voz y ahora vuelvo a tenerla cerca, además de muy temprano para mi gusto.

—Otro degustador —manifiesta Halil a su primo, orgulloso de su proeza culinaria.

Lo peor es que tan pronto éste hizo acto de presencia, mi otro jefe vino y puso un plato con lo mismo que hay en el mío y lo coloca en la mesa donde se supone debo sentarme.

—No creo que esté bien, sentarme a comer con ustedes, soy...

—La degustadora oficial de Durall —comenta Omer—. Estas más que capacitada para saber cómo organizar el menú y variarlo.

¿Acaso él y Halil han llegado a un consenso, y a mis costillas?

Presiento una conspiración en mi contra y sin duda su primo está enterado. Desde que se cruzó en mi camino, con su camioneta, siento que mi nivelador de tolerancia está averiado.

Ahora que lo analizo con esmero, desde los posteriores encuentros que nunca quise que sucedieran, siento más hambre de lo normal. Nunca me había pasado algo así.

—Iré por café —digo con la idea de demorar el asunto, pero mi jefe señala la silla y cuando dice se debe hacer lo que pide.

El olor del plato causa serias revoluciones en mi estómago, la boca se me hace agua, no obstante tener en frente de mí a su sobrino es estresante.

—Anda, pruébalo —dice él, sostiene en el tenedor una porción del platillo que se me antoja demasiado.

Cojo la porción y cuando lo meto en mi boca, la revolución se torna en golpe de Estado. Doy un bocado y otro más, hasta que cuando me doy cuenta solo quedan unos vegetales que por ser muy pequeños no les di su destino final.

Halil me mira a punto de estallar de júbilo, Omer palmea el hombro de su hijo y

Mikail bebe el café sin apartar la mirada escrutadora de mí.

—Sugiero que lo incluyan en el menú, la abuela estará muy orgullosa de ti.

—Tu visita ha sido de mucha ayuda, primo.

—¿Qué piensas, Ros?

Hago una pausa para limpiarme los labios y beber una bebida refrescante hecha a base de pétalos de flores y fruta que Omer prepara todos los días.

—Delicioso, como manjar de dioses —digo y el par de ojos verdes que han conseguido incomodarme desde el día que vi la primera vez, tienen cierto brillo de saber algo que yo no sé.

Mi teléfono móvil emite un sonido y me disculpo mientras abandono la mesa.

—Llamó el conserje del complejo —Sienna se escucha extenuada—. Tendremos que llevarnos nuestras cosas, el lugar se clausurara hasta que hagan los debidos arreglos.

—Pero no hubo fuego para creer que era algo serio.

—Fue en un apartamento desocupado, pero si llega a darse en el nuestro o de los vecinos será fatal. Debemos sacar nuestras cosas esta tarde, ese es nuestro horario para hacerlo, los bomberos estarán ahí y se debe hacer a luz de día.

Tengo la sensación de que lo que acabo de comer va a estallar dentro de mí. Es la peor noticia que pudo darme, dadas mis circunstancias, aun así, no pienso poner a mi amiga en el predicamento de tener que quedarse conmigo cuando tiene dónde alojarse.

—Omer —digo cuando regreso con ellos—. ¿Puedo retirarme temprano?

—¿Pasa algo?

—Debemos sacar nuestras cosas del complejo, hay riesgo de una explosión por daños en los conductos que distribuyen el gas en los apartamentos.

—Lo temía —escucho decir a Mikail.

—¿Tienen dónde quedarse? —pregunta Halil.

—Sienna sí, pero yo no —digo—. ¿Tienen el periódico de hoy? Debo buscar alojamiento.

—¿Cómo vas a irte a vivir con alguien que no conoces?

—No es lo que pretendo, Halil, sin embargo, con lo que tengo no me da para pagar un lugar yo sola.

—¡Qué desgracia! —exclama Omer.

—No se preocupen, estaré...

—Ven conmigo.

Mikail suelta la propuesta como una bola curva.

—¿Perdón?

—Puedes quedarte conmigo.

Capítulo 16

Mikhail

Aunque suelo trabajar en diferentes rincones del apartamento, suelo trabajar en un escritorio del salón, cerca de una estantería donde guardo libros de consulta, portafolios con mi trabajo y mis cuadernos de anotaciones.

Hoy he repasado algunos y me he topado con el que hice del primer viaje de trabajo; la etiqueta que en la cubierta del cuaderno: «La aurora boreal».

Fue mi segunda visita a Islandia; la primera la hice en un viaje familiar con mis abuelos, tíos y primos.

Tras mi egreso de la academia militar, no sabía qué camino seguir, terminé el colegio y de ahí en adelante mi futuro era incierto. No solo me sentía inseguro por eso, sino también porque mi relación con Lili terminó de la manera más triste.

Mi abuelo me invitó a su ático, un lugar en el que me escondía de niño para hurgar en los recuerdos de mi padre y sentirme más cerca de él.

—Islandia —dijo sacando una caja de madera laqueada de un baúl.

—¿Por qué lo mencionas?

—Viaje ahí cuando tenía tu edad —dijo—. Siento que al mandarte a la academia te privé de la oportunidad de ser feliz con Lili y...

Pongo mi mano sobre la suya, las venas sobresalen en su piel blanca manchada por la exposición al sol. A pesar de tener más de setenta años, todavía tenía una mente aguda y nos pasábamos horas hablando de nuestras vidas y del mundo.

De pequeño imaginaba que mi abuelo nunca no envejecería, que mantendría su cabello negro azabache para siempre, pero después del fallecimiento de mi padre, los años pasaron de golpe sobre él y la abuela.

—Soy el único responsable, Lili no iba a esperarme —dije consciente de mi situación—. Tiene derecho a hacer su vida con otra persona.

—Era perfecta para ti.

—Pues yo no lo era para ella —manifestó—. Me gustaría creer que la mujer ideal para mí está ahí.

Entrega un folleto de varias páginas con fotografías de montañas y cráteres, una de ellas muestra el popular Sol de Medianoche. No tenía idea de hacia dónde iba con lo de Islandia y los folletos.

—Por eso te propongo este viaje.

—¿Por qué ese lugar en particular?

—Ahí hice mi primer viaje como fotógrafo pagado —dijo—. Tienes las mismas

aptitudes que yo.

Saca de un estuche su famosa cámara Leica que a menudo le he visto usar, y que solo me ha permitido manejar a mí. La última vez fue durante un viaje de camping.

Me entregó otro álbum, al ver las fotos me doy cuenta de que son mías, de mi yo de nueve años. Aunque los encuadres y la forma en que entraba la luz no fueran perfectos, las capturas de las imágenes estaban bien hechas.

—Es tu primer trabajo —declaró el abuelo.

Mi padre sostenía en alto un enorme pez que acababa de pescar. Me rompo y no puedo más que llorar. Ihsan Durall pasa su mano por mi espalda.

—El dolor puede llevarnos por caminos equivocados. El tuyo te arrastró hasta tal punto que anduviste por un sendero del que necesitaba salvarte. Lamento que hayas perdido tantas cosas en el proceso.

Se enjuga las lágrimas con un pañuelo de su camisa.

—La Leica será tuya cuando hagas algo de lo que estoy seguro harás bien.

Me duele en el alma que me diga que va a entregarme su objeto máspreciado.

—Te aconsejo que estudies la carrera de fotografía en la universidad, pero antes hagamos el viaje a Islandia. Será en familia, después te embarcarás en la aventura de construir un futuro como tu padre hubiera deseado.

—Abuelo, ya has gastado con mi ingreso en...

—Osan te dejó un fideicomiso. Cubre todos los gastos de tu carrera y lo que te sobre podrás usarlo en el lugar donde decidas establecerte.

En los momentos en que mi padre estaba en silencio, supongo que pensaba en mil cosas distintas, incluso en cómo sería mi futuro, en qué pasaría si él faltase. Si no me precipité por el despeñadero fue por mi amor por mi padre y mis abuelos.

Sería interesante hacer un tercer viaje a Islandia para comparar cómo me sentía en las dos ocasiones anteriores. Me parece oír a mi padre decir que huir de lo que siento es un acto de cobardía, que todavía no sé lo que siento por Rosaline y temo descubrirlo.

Salgo a dar un paseo por la noche para despejarme.

—¡Una explosión! ¡Una explosión!

Giro en la dirección de donde provienen los gritos, estoy en las afueras del edificio donde ella vive. Por un impulso involuntario o tal vez por un deseo muy profundo, he venido a dar aquí.

Voy a entrar sin importar si hay un incendio en algún lugar, necesito verificar que ella está bien.

Está parada en medio de la gente, sosteniendo en brazos a Romeo mientras intenta ponerse el teléfono en la oreja. Ella parece tranquila y eso me alivia, la he subestimado, aunque mi inquietud tenía que ver con su respuesta a momentos de estrés y este es uno de ellos. No consigo entender cómo he llegado al extremo de esperar el bienestar de una persona que conozco hace apenas dos meses y con quien siempre tengo diferencias.

Noto la duda que reflejan sus ojos claros y cuento una historia para justificar mi presencia. He regresado a mi adolescencia y, cuando casi tartamudeaba, al hablar con

una chica.

Le quito al gato y hago la llamada telefónica. El felino permanece quieto en mis brazos. No estoy muy familiarizado con su comportamiento, pero es extraño que no intentara arañarme.

—¿Te caigo bien? —le pregunto en voz baja para no molestar a su dueña.

Romeo se acurruca más cerca de mí. No quiero reflexionar sobre nada extraño si ya estoy confundido y hasta me prometí no verla, pero aquí me encuentro cargando a su gato y con ganas de abrazarla para que el frío de la noche no la afecte.

Cuando Sienna llega, así como los servicios de emergencia, devuelvo el gato y me voy. Es inútil que me proponga no ver a Rosaline, ya que mis acciones me contradicen.

Luego de conversar con tío Omer sobre lo ocurrido en el condominio, llegamos a la conclusión de que es improbable que ninguno de los inquilinos pueda volver hasta que se hayan realizado las reparaciones y revisiones necesarias para garantizar la seguridad del lugar.

Lo sé porque me pasó en el primer sitio donde me mudé y que compartí con otros fotógrafos. Esto ocurrió durante mi época universitaria, se incendió una cocina y el alojamiento se clausuro. No podía imaginar cómo será para las chicas marcharse de allí, en especial Rosaline.

—Aquí estoy otra vez preocupado —me digo mientras paseo a Athena por el área común de mi edificio.

—¡Señor Durall! —me llamó el conserje con un gesto.

Voy a hablar con el hombre que parece apurado.

—Señor... Usted es la última persona a la que tengo que notificar.

—¿Qué ocurre?

—Voy a someterme a una cirugía. No es complicado, pero estaré ausente durante un par de meses.

Él y su segundo en el cargo son quienes mantienen que nadie llegue hasta mi apartamento, por lo que debo recordarle que le advierta a su reemplazo.

—Espero que todo salga bien —le digo y le recuerdo mi instrucción—. Tenga en cuenta que debe informar a quien sea su sustituto, no permitir el paso de nadie que yo no haya autorizado.

—Se lo indicaré.

Una vez que terminé de pasear a Athena, me dirigí a Durall para tomar el desayuno. Me apetece mucho la comida de mi familia, además, puedo enterarme de lo del condominio.

Rosaline está tan atareada, igual que el día en que la vi por segunda vez, además hoy sirve de catadora de un nuevo plato que a mi primo se le ocurrió preparar.

Halil merece un aplauso por el plato delicioso; Rosaline parece tímida y no es hasta que dice que fue como un manjar de dioses que me doy cuenta de que no solo admiro sus bonitos ojos, sino que más de cerca aprecio sus labios carnosos, pintados de un rosa

melocotón que dan ganas de...

«Besarlos.» Me niego a aceptar ese pensamiento.

Ella se excusa para atender una llamada y, mientras Halil comenta lo difícil que le resultó convencer a mi tío de incorporar el nuevo plato, observo como ella se frota la frente y se muestra inquieta.

«Las noticias son muy malas.» Reflexiono.

Pide un periódico para ver opciones de alojamiento. Sienna tiene un lugar donde quedarse, pero ella no. No puedo imaginar que vaya a vivir con un desconocido, que no tenga las mismas consideraciones que sus amigos y más por su problema de no dejarse tocar.

—¿Cómo vas a irte a vivir con alguien que no conoces? —mi primo la cuestiona.

—No es lo que pretendo, Halil, sin embargo, con lo que tengo no me da para pagar un sitio yo sola.

—¡Qué desgracia! —exclama Omer.

—No se preocupen, estaré...

—Ven conmigo.

La idea se me escapa sin pensarlo ni analizarlo.

«¿Qué está haciendo?» Lo reflexiono, pero ni siquiera la voz de mi mente, que también indica que será una tentación constante, consigue que me retracte de mi propuesta.

—¿Perdón? —dice ella frunciendo el ceño.

—Puedes quedarte conmigo —insisto, aunque la expresión en su rostro me indica cuál será su respuesta.

Capítulo 17

Rosaline

Miro a Omer que tiene las cejas levantadas, como si quisiera decir algo, pero no sabe ante lo propuesto por su sobrino. Halil permanece quieto como personaje de un dibujo animado pillado infraganti.

—¿Hablas en serio? —le dice su tío.

—¿Por qué no sería así? —le responde éste.

—Porque es absurdo —concluyo—. Mira, te lo agradezco, pero no nos conocemos para que acepte irme a vivir contigo.

—Disculpa, pero ¿conoces a la persona con la que vivirás si consigues dónde?

Claro que no estoy en posición de alquilar yo sola, eso sería lo ideal dadas mis circunstancias y lo difícil que es relacionarme con gente que apenas conozco. De convivir será mucho más difícil, diría imposible, además plagado de nuevos problemas.

Mikail tiene razón, pero él tampoco es conocido para mí; aunque es sobrino de Omer y primo de Halil, sigue siendo un desconocido.

—No —respondo con firmeza—. Voy a resolver esto lo mejor que pueda.

Voy a la cocina a prepararme para iniciar mi turno. Me mantengo ocupada todas las horas, por eso no me da tiempo de pensar en nada, ni en el predicamento que tengo en las manos y que me fuerza a replantear muchos de mis planes para las próximas semanas.

Cuando me mudé de ciudad era pleno verano, el calor me sofocaba viniendo de un lugar donde llueve la mayor parte del año y es más común andar en abrigos y gorros. Me vine con una maleta y una libreta de planes vacía porque no tenía idea por donde comenzar. Mi tabla de salvación fue Felicity Connelly, mi buena y única amiga que no desconocía nada de todo lo que pasé y que intentó convencerme de no irme lejos, de ser mi apoyo si lo necesitaba.

Tal vez lo habría reconsiderado si no se hubiese ido lejos para hacer su doctorado, o que se comprometiera a casarse con un chico que conoció en Barcelona, pero ya estaba más que decidida a dar el paso. Ella me contactó con su prima Sienna Connelly.

Al principio no conversamos mucho, o debo decir que era yo la que no habló más que en monosílabos, pasaron semanas antes de poder compenetrarme en la convivencia. Sienna estaba al tanto de lo que me pasó, Felicity le dijo una parte para poder entender lo que tengo en la cabeza, pero mi amiga tuvo la paciencia para esperar que me acostumbrara a mi nueva vida.

Por mi amiga llegué a Durall, tras un par de meses de iniciar las terapias con el doctor

Freeman. Para llegar a una parte debes llevar lo necesario, en este caso era mi mente y estado emocional.

Omer, Halil y Jackson también me hicieron el trayecto agradable, respetando mi espacio: no dejar que me tocaran y menos abrazar. Esa es mi norma inamovible que no cambiaré ni con todas las terapias del mundo.

Pensar en tener que vivir con gente desconocida y lejos de Sienna me pone de malas, pero no tengo otra opción. Lidar con el pasado que me mantiene en ese bucle emocional que a veces se pone peligroso, que evita mi regreso a casa porque será peor que lo anterior.

Quedo con mi amiga en un café dentro del centro comercial que está a unas calles del complejo. Debemos ir por nuestras cosas, gracias al cielo que Jackson se ofreció a ayudarnos con el movimiento de nuestras maletas. Los muebles se quedan en el apartamento, porque los bomberos dijeron que no hay que sacarlos.

—¿Le has dicho a tu mamá lo que pasó?

—No y por favor no le comentes si te llama.

—Deberías considerar irte unos días con ella, me preocupa.

Tiene cara de congoja y no es por la salida del apartamento, hay algo más que tal vez por las circunstancias que estamos pasando no se atreve a decir. No quiere preocuparme, pero es imposible que yo no lo note y más si de las dos, ella es la que se mantiene positiva ante la adversidad. Incluso en nuestro negocio en común con Jackson es la voz que nos anima si los pedidos escasean o los costos de producción suben.

—¿Me cuentas qué te pasa?

—Frank y yo terminamos.

El día de su cumpleaños no llegó a la celebración en el restaurante, fue Halil quien se mantuvo con ella toda la noche, lo que ocasionó que me viera obligada a hacer de acompañante de su primo que no conocía a nadie aparte de nosotros y me forzara a aceptar la absurda sesión de fotos.

Que su novio le hiciera ese desplante, en el día más especial de su vida, me pareció el colmo de la idiotez y peor que enviara un ramo de flores que no eran las favoritas de mi amiga. Quería que lo dejara atrás, pero otra de mis reglas de oro es no meterme en el asunto de los demás.

—¿Qué hizo?

—Dirás que no.

—Ese... —me inquieto pensando en lo peor—, lo siento.

—Lo sé —sonríe—. Me siento triste, fuimos novios por más tiempo del que esperé, pero la verdad es que estaba cansada y aburrida de lo mismo. Además, lo pillé besuqueando a otra en su oficina.

En mi interior pienso que siempre fue un estúpido, con su aire de presumido y creer que lo sabe todo. Siempre diciendo que era Sienna la afortunada de tenerlo de novio, además de decir que no era un hombre de una sola mujer.

Le dije a mi amiga que no me convencían esos viajes y las quedadas a trabajar hasta

tarde; la verdad quien sea la otra le hizo un favor.

—Por eso debemos buscar un lugar para quedarnos juntas, aunque me quede corta con los pagos de la universidad. No quiero abandonarte.

—Te puedes quedar con tu prima y ahorrarte eso para que termines la maestría como se debe.

No estoy dispuesta a que haga ese sacrificio por mí, y menos a pocos meses de terminar.

—En su apartamento no puede quedarse Romeo y sé que no lo dejarás solo.

—Él irá donde yo vaya, así que tú te irás con tu prima y yo...

Sacude la cabeza no dispuesta a dar su brazo a torcer, yo tampoco por eso se me tiene que ocurrir algo para convencerla de no preocuparse por mí.

Jackson pasa por nosotras y de ahí vamos al apartamento. No era una cantidad exagerada de equipaje, apenas una maleta grande con mi ropa, un bolso grande con cosas de Romeo: su caja de arena, el osito de peluche y la torre. También una más pequeña con mi material de trabajo y claro mi bicicleta, es difícil empacar mi vida nuevamente.

No tengo idea de donde iré, lo más seguro es que pague por dos noches más de hotel, aunque me quede corta de fondos para este mes y el siguiente. Ni hablar de suspender el pedido de la tableta, la necesito ahora más que nunca para trabajar.

Sacamos las cosas y las metemos en la camioneta que Jackson consiguió prestada. Cupieron sin ningún problema.

—¿A dónde quieren ir?

—A mí...

—¿Conoces algún piso en alquiler para dos personas?

Sienna pregunta. Soy terca, pero ella es más testaruda que yo.

—Como ya hablamos, iré al hotel, tú con tu prima.

—Hola a todos.

Vuelvo sobre mis pies y veo a Mikail vestido como si viniera de una reunión de negocios. Lleva un saco azul con rayas grises, vaquero oscuro y camiseta clara. Estuve a punto de suspirar.

—Que tal —Jackson lo saluda con un apretón de mano.

—Veo que ya se mudan —me mira interrogante.

—Si —responde Sienna—. Mi amiga y yo aún no estamos seguras de dónde, por lo que...

Me desconecto de lo que hablan, lo miro de reojo pensando en su propuesta ilógica, pero que era la única salida para que mi amiga se vaya con su prima y deje la idea de pausar la maestría.

En la situación de Sienna con su novio engañándola con otra, no era difícil relacionar su insistencia con ese problema.

—Es un dilema —manifiesta Jackson.

—¿Llevarás mis cosas a tu apartamento? —Pregunto a Mikail que frunce el ceño, a eso

le hago un gesto en dirección a mi amiga—. Sienna se va con su prima y yo contigo, fue lo que acordamos cuando te llamé.

Tanto Jackson como Sienna me miran con cara de signo de interrogación, en especial ella que no parece creerse mi cuento de último minuto.

—Ya hablamos de esto, Ros.

—Te dije que me mudaría a un lugar donde pueda tener a Romeo y de paso que esté cerca. Ir con él es perfecto, ustedes lo conocen y además están Omer y Halil, con quien más puedo irme si no es con él.

—Si —dice Mikail pegándose a mí tanto como mis límites se lo permiten—. Estará bien, lo prometo.

—¿Estás segura? —cuestiona Sienna.

—Si.

Me mantengo firme en mi decisión.

—Pensé que no vendrías a tiempo de llevarme a dónde vives —le digo a él para simular lo de mis maletas y la bicicleta en el vagón de la camioneta—. Por esa razón, tengo mis cosas allí.

—Ahora lo veo —coge las que señalo y también la bicicleta—. Mi carro está cerca, ¿y el gato?

—En la veterinaria, alojado, mientras me ocupaba de esto.

—Entonces haremos una parada en mi casa y luego continuaremos hacia su hospedaje.

Debo resolver esto, no es que considere en quedarme en su apartamento las semanas o el mes que dure la situación. Se me ocurrió este plan para persuadir a mi amiga de que tome la mejor decisión, que es quedarse con su prima.

Me despido de ellos, cuando voy a agarrar las maletas o la bici, Mikail las arrastraba hasta su Land Rover aparcada a unos pasos de nosotros. No sé exactamente dónde vive. Debe de ser en uno de los edificios que alguna vez visité para buscar un sitio donde quedarme. Está ubicado en una esquina, entre dos bloques residenciales. El área vibra con una mezcla de modernos pisos, pequeñas empresas y vida social animada.

Son apartamentos que cuestan el salario de todo un año y la cuarta porción del premio de la lotería, o sea fuera de mi alcance. Supongo que debe de ser un fotógrafo reconocido y que gana bien porque pagar algo así al mes es bastante difícil.

Al llegar a su camioneta, finalmente decido mencionar mi plan.

—Esto es solo para disimular, para que mi amiga no insista en quedarse conmigo y abandonar la maestría para pagar un sitio para las dos.

—Mi tío me contó su problema.

—¿Estabas enterado, y viniste a persuadirme de...?

—Fue más para ver si necesitaban ayuda, no tenía la intención de repetir mi propuesta —afirma—. Lo dejaste muy claro en el restaurante que no querías nada que ver conmigo.

Se ha formado una opinión y es debido a que he sido bastante brusca con él.

—No era mi intención, lamento si dije algo estúpido.

—¿Lo sientes?

—Cuando me equivoco, lo reconozco. Sé que tu intención era buena y yo tampoco he sido muy cordial, que digamos.

—¡Bravo! —exclama él—. Por lo visto, estamos iniciando con buen pie.

—Eso no quiere decir que me quede aquí permanente, será solo hasta conseguir un lugar donde quedarme.

—¿Vas a seguir con eso?

—Sí.

Se detiene en una plaza de aparcamiento que supongo es la suya. Salgo del auto, y como hace unos minutos ya había bajado mis maletas y la bici e iba hacia el ascensor.

Nos bajamos en el piso siete, de ahí vamos a un recibidor y luego hasta una puerta que abre presionando números. Pasamos a un recibidor donde coloca la bicicleta y se quita el saco para colgarlo en un perchero, me dice que haga lo mismo con mi cazadora de mezclilla, pero no me siento cómoda para hacerlo.

Lo sigo hasta la sala grande, luminosa y con paredes de color neutro. El piso es de madera pulida. Hay unas plantas decorativas y dos sofás de color café oscuro.

La cocina es igual de espaciosa y está equipada con electrodomésticos de última generación.

Escucho un sonido que me hace girar, pero no a tiempo de terminar en el suelo con un animal peludo olisqueando mi cabello.

—¡Que...!

—¡Athena! ¡Quieta!

Mikail habla con tono grave al animal que se sienta y mueve la cola de forma graciosa. Tiene las orejas erguidas con las puntas caídas, lo que le da un aspecto alegre.

—Te presento a mi querida y juguetona border collie.

Ella se acerca a mí con sigilo y luego se frota contra mi costado. La perra es muy bonita, tiene el pelaje negro con blanco y además es suave. Tiene cara de que le encanta jugar, veo problemas en el panorama con respecto a mi gato.

—¿No crees que cuando venga Romeo habrá conflicto entre ellos?

Su dueño se agacha, está demasiado cerca, lo peor es que no puedo moverme por la posición en la que estoy.

—Puede que sí —susurra—, pero si la quejumbrosa de la bicicleta y el petulante de la veterinaria convinieron en vivir juntos, ellos también podrán adaptarse a este particular acuerdo.

Ahora me indica que lo siga a la habitación que será la mía. Cuando la abre siento como la luz baña mis pupilas y me maravillo de que es muy grande; pintada en tono de blanco tirando a crema, piso de madera al igual que el resto del apartamento, con una cama baja y amplia, pero para mí es perfecta.

—¿Te gusta? —pregunta Mikail—, ¿o tal vez quieras algo no tan...?

—Es... ideal para mí, gracias.

Siento un suave roce en el brazo, aunque él no me ha tocado. Me alegra que tenga eso claro, de lo contrario, me iré de aquí, aunque tenga que dormir en la calle.

Capítulo 18

Rosaline

Fuimos al hotel a recoger mis pertenencias que dejé ahí y luego a por Romeo. Después visitamos un supermercado que no es el mismo del incidente con el ladrón y los intentos de Mikail de hacerse el héroe. Pillo que en su mayoría compra alimentos orgánicos, cero bebidas con gas y nada con más de tres por ciento de azúcar, al contrario de mí que no puedo vivir sin mi helado de vainilla con nueces, ni el tarro de crema de avellanas. En cuanto al resto, coincidíamos casi por completo; no soporto las bebidas con gas, pero al menos debo tener un poco de cerveza en la nevera para acompañar la manakeesh de jamón y queso que suelo traer del restaurante.

Es él quien lleva las bolsas de compra, mientras yo sostengo a Romeo, sé cómo puede reaccionar mi gato al ver a su perra, la batalla campal que Mikail y yo casi hemos tenido.

Mikail dice «hola» después de abrir la puerta. Athena es la dueña del apartamento, mientras que mi gato y yo estamos de paso, y tal vez en unos días tengamos que marcharnos.

—Entra —me insta a hacerlo—. No se va a comer al latoso de tu gato.

—Romeo no es latoso.

Pongo un pie primero y luego el otro, en eso veo a Athena correr hacia mí y me pongo en estado de alerta. Mikail observa todo con los brazos cruzados, sin la menor intención de intervenir si se produce una pelea.

La perra trae en su hocico un elefante de peluche que pone a mis pies y se frota contra mis piernas. Mi gato hace ruiditos observándola con recelo, pero en vez de intentar darle un zarpazo como usualmente hace, se queda quieto me mira con cierto reproche.

—No tengo mucha experiencia con gatos, pero puedo decir que no hay riesgo de que se peleen.

—¿Eso crees? —cuestiono a Mikail.

—No es que lo piense. Athena es un poco peculiar —explica—. Le gustas, la prueba es que te trajo su juguete favorito y al ver que el gato está en tus brazos, supongo que no lo percibe como una amenaza en su territorio.

—Romeo se porta bien, siempre estaba en mi habitación y la sala en el apartamento.

—Lo cual es donde te encuentras tú.

—Sí, lo tengo desde muy pequeño —digo yo—. Mi amiga me lo dio antes de irse a Europa; lo encontró en un refugio.

No diré más; puedo soltarme de lengua y es que con él me da por eso. Tengo que evitar abrir la caja del dolor.

—¿Qué quieres comer? —pregunta justo cuando me doy la vuelta para ir a la habitación.

—¿Pedirás comida? —pregunto y él asiente—. ¿Pensaba que no eras de pedir a domicilio?

—Lo dices por la comida orgánica —comenta tomando el teléfono—. Hay sitios donde puedes comer bien y saludable, aparte del restaurante de mi tío. Por favor, no le digas que como en otros lugares.

Hago el gesto de cerrar mi boca como si fuera una cremallera.

—Pizza italiana hecha con ingredientes naturales y frescos.

Con él decirlo se me hace agua la boca, hoy no he comido nada sustancial y la imagen de la pizza que describe se me hace deliciosa sin siquiera olerla.

Mientras Mikail hace el pedido, yo preparo la fórmula de Romeo y aprovecho para alimentarlo en el área contigua a la lavandería, donde hago un espacio con su caja de arena y la torre en la que se acomoda cuando se aburre de andar por ahí. El espacio cerca de la cocina es de uso exclusivo de Athena.

Ahora sí puedo tomarme el tiempo de observar la habitación, que es la única de huéspedes que tiene el apartamento. La habitación es luminosa, con dos grandes ventanas rectangulares que se abren a un balcón con vistas a una parte de la ciudad, desde donde se puede disfrutar de la puesta de sol. Inhalo sabiendo que no podré permitirme algo así dondequiera que me instale, pero durante los días que esté aquí lo disfrutaré tanto como pueda.

—¿Ya has podido apreciar la vista? —lo oigo detrás de mí.

—Vivía en un complejo donde la vista era hacia un muro.

—Por eso me gusta aquí, bueno, es la única parte de la ciudad que disfruto ver aparte de otras cosas... Hmm —carraspea—. La pizza ya está aquí.

—Voy en seguida.

Vuelvo a inspirar, la calma que se siente en este lugar es de darme envidia. Estoy muy lejos de eso, pero no me quejo de lo mucho que he crecido en mi habitación pequeña con vistas a un muro.

—Lavaré los platos, pagaste la pizza y no aceptas mi parte —digo tomando el suyo y el mío.

—Es mi forma de compensarte por lo ocurrido en el restaurante, y no tienes por qué hacerlo, me diste de tu cerveza, además hay un lavaplatos que lo hará por ti.

Prefiero hacerlo yo misma y luego guardarlo en la alacena. Mikail se sienta frente a la barra del desayuno para trabajar en su portátil, mientras camino con cuidado para no distraerlo.

—No tienes que andar por ahí como si tus pasos ligeros me distrajeran.

—Creo que es bueno que hablemos sobre tus reglas, no quiero pasarme de dónde

puedo moverme y sobre mis cosas. Permaneceré en la habitación que ocuparé y lo mismo será con Romeo, tiene su carácter, pero atiende lo que le digo.

—Por favor —señala el asiento al otro lado de la mesa del desayuno—.

No sé si sentarme, es complicado tenerlo frente a mí, no comiendo sino hablando sobre la convivencia entre ambos.

—Deseo que tratemos este tema antes de que finalice el día —vuelve a concentrarse en su portátil—. Puede que salga mañana y que no regrese en dos días.

No pensé que mudándome a su apartamento y él saliendo de viaje.

—Recién hoy me he enterado de este encargo, no he tenido mucho tiempo para revisar mi correo.

—Lo siento —digo, creo que es porque me metí en su vida.

—No es por tu mudanza, es un asunto personal que debí resolver hace mucho, pero me ha llevado más tiempo del debido.

No voy a especular si tiene que ver con otra cosa que no sea su trabajo, además de que el estar aquí es solo para despistar a Sienna, no porque él y yo seamos buenos amigos.

—¿Quieres que discutamos sobre mis reglas? La verdad es que no tengo ninguna, excepto que tanto en mi habitación como en el cuarto de revelado no permitas que tu gato, ni Athena entren —explica—. No pienso que vayan a desordenar, Athena se porta bien y aunque tu gato sea un latoso, hasta ahora ha dado muestras de madurez gatuna.

Quiero resoplar y al mismo tiempo reír por lo de madurez gatuna.

—No irá a esos dos lugares sin mi permiso.

—Tú...

Vuelve a mirarme fijamente, más de cerca, observo que sus ojos son bellísimos, con un anillo ámbar muy marcado alrededor del iris, que va del color dorado miel al verde, dependiendo de la luz.

«Dios, no es el momento de analizar la tonalidad de sus ojos.» pienso

—¿Estás nerviosa?

—Te equivocas —lo niego apartando la mirada, no puedo sentirme así—. ¿Vas a viajar mañana?

—No me voy de viaje, solo voy a tomar unas fotos a un sitio, pero regresaré por la noche si el clima está bueno, de lo contrario, lo haré al día siguiente.

—Mañana me pondré a ordenar mis cosas.

—Por mí está bien, dispón de lo que quieras.

—No es... —en ese momento mueve la mano y deja sus dedos a centímetros de los míos.

—Lo siento —los recoge y deja el taburete.

—¿Qué tanto te ha contado tu tío sobre mí?

—Que no permites que nadie te toque, ni te abrace, ni se acerque demasiado a ti.

Creo que es así, y por eso, después de lo de la tienda de conveniencia, no ha intentado nada más que hablarme. Nada de acercamientos, o contacto físico.

—No pienso preguntar por qué, tampoco soy de los que da detalles de su vida.

—Perfecto —le respondo—, así nuestra convivencia será sana y agradable hasta cierto punto.

—¿Cierta punto?

—Lo menciono porque tenemos dos animales que, por su naturaleza, no se llevan bien, y nuestro primer encuentro fue algo tenso.

—No lo pienses demasiado, quizás no nos veamos mucho si sigo recibiendo llamadas para más trabajos.

Siento un ligero pinchazo en el estómago. No logro comprender por qué pudo afectarme tanto que dijera eso, como si fuera mejor no vernos, o que tratemos de no cruzarnos cuando está en casa.

—Mikail...

—Es la temporada alta para esto, aunque en realidad todas lo son —explica—. Prefiero pasar más tiempo aquí ahora que no soy solo yo y mi perra.

Ahora siento otra cosa, una mezcla de confusión y entusiasmo.

—Creo que ya hemos discutido los puntos más importantes —desvió la conversación—. Estoy muy cansada.

—Que duermas bien, si necesitas algo, una manta extra o almohada solo dime.

—Gracias... por todo.

Romeo me sigue a mi habitación, andaba revoloteando por la sala, haciendo una inspección por algunos rincones del lugar. También entra Athena, que se sienta en el suelo, un poco cerca de la cama gigante en la que mi gato se arrellana. Mantiene la vista en la perra que se acerca un poco más y coloca la cabeza sobre mis rodillas.

—Eres tan bonita —digo jugando con sus orejas—. Siempre quise una como tú.

Romeo maúlla en señal de protesta.

—Siempre serás mi primer amor —le pasé los dedos por la cabeza y él volvió a hundirla en la esponjosa cama.

Es su territorio prohibido, la cama de su propiedad absoluta que tiene desde que era una pequeña bola de pelo naranja, de andar temeroso y que maullaba todo el tiempo.

—¿Qué haremos mañana? —Digo a ambos que me miran—. Estaremos solos todo un día.

Mi madre dice que tengo complejo de San Francisco de Asís porque me siento conectada con los animales, especialmente con los gatos y los perros, pero es que no corro el riesgo de que me lastimen, de salir herida por fuera y por dentro.

—¡Athena! —la llama su dueño y la perra sale disparada hacia él.

Abro las ventanas para sentir el frescor del aire que corre afuera. Me recuesto en la cama que es muy cómoda. No es muy suave, pero tampoco dura, y las sábanas tienen olor a nuevo y tranquilidad. En mi interior sé que debo aprovechar estos días para buscar un apartamento que sea céntrico y pequeño.

Mientras me voy sumiendo en el sueño, siento como si algo reconfortante cubriera mi cuerpo, algo que me acaricia de forma especial, como el abrigo de una manta de bebé o cuando mi madre cogía su abrigo y me envolvía de niña. Jalo la manta que me está

tapando y envuelvo más en ella, imaginando que mi ángel misterioso está cerca de mí.

Anhelo su abrazo con todas mis fuerzas, que me acune hasta que pueda dormir y vivir en los hermosos sueños que hace tiempo no tengo.

Capítulo 19

Mikhail

Me hago a la idea de que puedo trabajar ahora, que no hay ruido, incluso Athena se ha dormido y tampoco escucho al inquilino maullador, pero cuanto más silencioso está todo, menos consigo concentrarme. Mi otro huésped me tiene reflexionando en lo que dijo y en cómo observé tanto en ella en la última hora.

«Es la única parte de la ciudad que disfruto ver aparte de otras cosas.»

Sí, además de otras cosas como admirar su cuerpo por detrás mientras ella miraba por la ventana. Puedo ser más obvio, además de imbécil, en mostrar que me tiene en un estado de indecisión, dudando si hice lo correcto al aceptar su idea de último minuto y es porque me atrae mucho más de lo que me gustaría, mucho más de lo que haya sentido por otra mujer.

Quiero saber el motivo real de la advertencia de mi tío en la fiesta de Sienna y por qué me lo repitió una vez que Rosaline se fue, después de que hice la propuesta de que viviera conmigo.

Cuanto más veo las fotos que tengo que retocar, más dudo si debo moverme de aquí y ver si está bien, si ya está dormida o sigue despierta y prepararle algo para que pueda conciliar el sueño.

—No pierdas el tiempo.

Tengo todo lo necesario para terminar el trabajo, pero recibo un mensaje en mi teléfono móvil.

—Kelly.

Esto me causa migraña, estoy harto de tener que decirle lo mismo. No quiero tener que hablar con Benson, pero me involucré con su asistente a pesar de saber que estaba equivocado.

—Hola...

—Lo siento por escribirte a esta hora. Benson me solicitó que lo hiciera, te ha llamado y te ha enviado mensajes, pero no has respondido a ninguno.

—Disculpa —lamento pensar de esa manera porque la verdadera causa de su llamada es otra—. Hace poco revisé los correos y no he tenido tiempo de escribirle, tuve un día muy ocupado.

—Está bien, aun así, intenta hacer lo que te solicitó.

—Me encuentro en ello, programando todo. Dile que no se inquiete, que hablaremos del proyecto que desea que realice.

—Muy bien, que tengas una buena noche.

—Muchas gracias, Kelly.

Concluyo la llamada reflexionando en qué habrá sucedido para que no salga con lo mismo de la última vez que conversamos: convencerme de tomarla en serio y salir como pareja. No puedo hacer eso, como ir de mano agarrada por la calle o que venga aquí con Rosaline presente.

Apago el portátil, no soporto ver más fotos.

Me asomo a la habitación, Rosaline está acurrucada en la cama, con las piernas pegadas y los brazos alrededor de su cuerpo.

—No se tapó con la manta.

Voy a por una frazada para taparla. No se mueve, tiene la postura de alguien que busca abrigo, lo que me hace sentir aún más necesitado de conocer su historia o al menos una parte para poder comprender.

Siento una intensa pulsión en mis manos de acariciar su cabello, aunque me esfuerzo por no hacerlo.

Me muevo, estoy alerta por si se despierta y me ve, no quiero asustarla. Toma la frazada y cubre hasta el cuello, dejando la cabeza afuera.

La luz del exterior entra por la ventana y me permite ver con claridad cómo las sombras se dibujan en su rostro, resaltando su belleza. No es que no me hubiera percatado, aparte de los extraordinarios ojos azules, hay otros rasgos en su rostro muy atractivos, pero resulta diferente verla cuando está más vulnerable.

Destierro de mi mente cualquier idea que pueda conducir a algo que no puedo permitirme. Busco mi cámara y los objetivos para el trabajo de mañana. No me gusta llevar mucho peso porque me dificulta moverme de un sitio a otro, y además sé que va a llover y tal vez haga viento.

Llevo un termo con café para el viaje. Mi lado más compasivo se encarga de preparar el desayuno para Rosaline y lo deja sobre platos calientes para que no se enfríe.

Decido salir del apartamento antes que den las cuatro de la mañana. No suelo echarme para atrás cuando tomo una decisión, pero tengo dudas de haber abierto la boca cuando ella habló de donde iba a vivir.

Capítulo 20

Rosaline

Como cada día, justo a las ocho de la mañana, mi querido Romeo me da toques en la cabeza con su pata.

—No quiero —murmureo sin ganas de levantarme de la cama.

Al abrir un ojo, veo su rostro muy de cerca. Tiene las pupilas verticales, mirándome fijamente en exigencia de su comida.

—Eres impaciente —le pongo los dedos sobre la cabeza.

Trato de girarme, pero algo me impide moverme libremente. Por eso no sentí frío en toda la noche, estoy cubierta por una gruesa frazada de las que son suaves al tacto.

—¿Qué es esto?

Me encuentro en la cama, con la ropa del día anterior puesta, estaba tan cansada por la mudanza que no me cambié.

¿Por qué amanezco con una frazada que no es de esta cama?

Mikail debió ser el responsable.

Salgo de un brinco, pienso reclamarle porque no está bien que entre donde estoy dormida y para empeorar que tal vez me haya tocado; aunque también debo agradecerle por no permitir que me congelara.

No hay nadie en la sala, y no me atrevo a ir a su cuarto. Recuerdo que comentó que saldría a un trabajo y que tal vez no volvería hasta mañana.

Me froto las sienes al descubrir que la mesa está servida, con un plato cubierto y que aún está caliente. Hay una nota al lado.

Salgo antes de lo que había planeado.

Te dejo el desayuno hecho, y no salgas con que no lo comerás, no soy tan buen cocinero como el tío Omer, pero mi comida es comestible.

Hay panquecas con sirope rojo y frutos del bosque, y también una crema blanca esponjosa. Hay tiras de tocino y un huevo hervido cortado en cuartos en el otro plato, y el jugo es de un color naranja oscuro.

Antes de sentarme, ya que no iba a rechazar la comida, le sirvo a Romeo su fórmula. Athena anda por la cocina, y cuando me acerco a su plato, veo que ya se comió todo.

—Hoy seré niñera de ambos —digo a los dos animales que me miran con las cabezas inclinadas a un lado.

Siempre le hablo a Romeo y, al parecer, Mikail está en la misma longitud de onda, ya

que la border collie me presta toda su atención.

Comienzo por comer y no paro hasta limpiar los platos y el vaso. Ayer cené bien, pero hoy me desperté con mucha hambre y el desayuno preparado por él estuvo exquisito.

Después de lavar la vajilla, recoger donde comió Romeo, y hacer limpieza de lo que esté sucio o tenga pelo de mi gato, me doy un baño y pongo mi ropa cómoda. Mikail no estará en casa hasta esta noche o mañana, así que me pongo unos pantalones cortos y una de mis camisetas con un diseño anime y la frase: *solo una chica que ama los gatos*. Es una negra de tela gruesa y tamaño amplio que me resulta muy cómoda, por lo que decido no usar sostén; voy a estar mucho tiempo trabajando en la computadora y quiero estar cómoda.

Inicio el programa de diseño cuando recibo una llamada de Sienna.

—¿Cómo te fue anoche?

—Estupendo —le respondo con mi voz más tranquila. No estoy mintiendo, en verdad dormí bien.

—Pensé que sería difícil para ti vivir con un extraño.

—Teniendo en cuenta lo que implicaba vivir con otra persona, no estuvo tan mal. Además, es sobrino de Omer y lo conocemos desde hace mucho tiempo.

—Sí, pero es hombre.

—Nada especial ni diferente a otros.

— Antes de fin de mes tendremos que reunirnos con Jackson para los diseños de la próxima temporada. —me recuerda—. Estaré atenta si los del complejo se ponen en contacto.

—Cuando sepas algo, avísame.

Sienna es la que nos puede dar los datos sobre las tendencias de moda y colores que veremos en la temporada de otoño, así como otros productos para diversificar. Se nos ha ocurrido adquirir piezas confeccionadas con tejidos de México, el contacto sería mi abuela Angélica y el grupo de tejido de su colonia.

Paso las páginas del cuaderno con mis viejos bocetos, no he hecho nada últimamente, pero tal vez pueda modificar alguno de estos para hacer algo nuevo.

No me agrada estar un día sin trabajar, y esto me ocupa tanto la mente que no me da tiempo de pensar en nada más.

Se oye el timbre, Athena empieza a ladrarle a la puerta.

—No puede ser Mikail —digo.

El timbre suena otra vez y vuelve a ladrar, será que su dueño tiene algún problema con los números, si no, ¿por qué reacciona de esa manera?

Quito los seguros y abro la puerta. Fuera hay una chica, un pelín más alta que yo. Es guapa, tiene el cabello café caramelo brillante y una figura bien definida, seguro que va al gimnasio con frecuencia.

—Así que eres tú —dice mirándome de pies a cabeza, fija los ojos oscuros en mi pecho y hace un gesto de desdén—. Ocupado —expresa con burla.

—¿Perdón? —digo por qué entra sin más y observa todo como si inspeccionara.

—Esta perrita me adora —dice la mujer intentando acariciar a Athena, pero esta le gruñe y retrocede.

—¿Quién es usted? —le inquiero.

—Kelly Marren, la novia de Mikail.

Me resulta extraño, y no tiene nada que ver con que tenga algún compromiso, lo cual sería lo normal, pero ha traído a vivir a una chica al apartamento donde pasa tiempo con su novia y no le ha informado de su decisión.

—¿No te dijo nada de mí? —pregunta insidiosa.

—No somos amigos, solo me está dando hospedaje hasta que pueda resolver mi problema.

—¿En serio? —me cuestiona—. ¿Qué sucede?

—Uno del lugar donde vivo, que en unas semanas se arreglara.

—¡Qué maravilla! —dice entre satisfecha y molesta—. Tenemos previsto hacer un viaje.

Lo medito un momento, dice cosas que no deberían importarme.

—Que lo disfruten, tengo que trabajar —le indico la puerta—. Mikail no está y no me dejó nada dicho, por lo que no puedo permitir que se quede, aunque sea su novia.

—Mira, si tú eres un...

—Por favor —señalo la salida una vez más, la mujer sale de forma brusca.

No es mi asunto si tiene un compromiso y pasan tiempo juntos. Voy a irme rápido, no quiero problemas y mucho menos que me traten mal. Si vuelve, me pedirá que me vaya, pero no me iré corriendo.

Capítulo 21

Rosaline

Aunque la mujer llamada Kelly interrumpió mi trabajo, pude avanzar mucho en el diseño para el nuevo modelo de camiseta que lanzaremos en otoño. La molestia que tengo en la muñeca es una herida más de victoria contra las distracciones que menguan mi concentración.

Son las cuatro de la tarde, Romeo descansa en la otra almohada que le tengo en la sala para cuando pasa tiempo allí. Recuerdo que, mientras yo trabajaba, Sienna practicaba sus ejercicios de yoga.

—Echo de menos a mi amiga.

Como a esta hora solía preparar el pollo para ponerlo en el horno, luego lo comíamos viendo alguna serie del servicio de *streaming*.

Athena gira, inquieta, luego se detiene en la puerta.

—¿Qué pasa preciosa? —acaricio su suave pelaje.

Romeo se sube a mi regazo y toca el brazo con la pata para que le haga caso.

—Su papá no está —digo, ronronea, se hace el tierno como lo hace el gato con botas de *Shrek*, pero en realidad está chantajeando—. Tienes que ceder si quieres tu comida.

Lo miro seriamente y va de regreso al almohadón, me observa como si me estuviera advirtiéndome que no toque lo que para él es sagrado.

Athena va hasta el recibidor y brinca para llamar mi atención. Apunta con el hocico a una correa.

—¿Deseas salir? —cuestiono al verla dar vueltas—. Está bien, primero me pondré algo más presentable.

No he tenido oportunidad de arreglar mis pertenencias porque tengo planeado marcharme en unos pocos días. Tomo una camiseta desgastada y un chándal negro, me pongo los zapatos de deportes y meto el móvil y mi identificación en un bolso que cierro en mi cintura.

—¡Athena! —la llamo y viene hacia mí.

Tardo un poco en abrochar la correa del armazón, pero cuando por fin lo consigo nos ponemos en marcha al ascensor del edificio. No llevo a Romeo porque a veces se pone nervioso en espacios grandes, y no quiero ningún problema.

Recuerdo que, en mi camino hacia este edificio, vi un parque que no está demasiado lejos. Hay otras personas que pasean a sus perros, en mi bolso llevo unas cuantas bolsas por si Athena tiene que hacer sus necesidades.

Nos dirigimos hacia el centro, donde se encuentra una fuente. Los niños que juegan

cerca vienen y se aglomeran alrededor de mí y de ella, que es un encanto. Cuando dos de ellos la tocan, ella agita la cola y baja la cabeza.

Uno de ellos dice que se parece a la que sale en el anuncio, lo cual me lleva a preguntar:

—¿Qué anuncio?

—El año pasado, uno de Navidad.

No veo mucha televisión, por lo que no sé de qué comercial hablan, pero me tomaré el tiempo de buscarlo.

La sigo paseando durante otros quince minutos hasta que tengo las piernas cansadas y doloridas, tiene tanta energía que apenas estuve quieta cuando los niños se nos acercaron. Cuando entro en el apartamento, veo una mochila de viaje y unas botas en una esquina.

—Me preguntaba si alguien se llevó a mi perra —Mikail se escucha desde la sala.

Está sentado en el sofá, lo inusual de la escena es ver a Romeo al pie de su pierna, pero la respuesta está en el plato colocado en el suelo.

—Estás chantajeando a mi gato con croquetas —digo terminando de sacar la correa de la perra.

—El pobre se moría de hambre —dice él, y acaricia la cabeza de Romeo.

—Traidor —murmuro.

Sobre la mesa auxiliar se encuentra su cámara y un par de objetivos, así como el portátil. Me siento en el otro sofá, tengo las piernas tan doloridas que dudo que pueda levantarme.

—Gracias por sacar a pasear a mi perra —dice—, pero no hacía falta, llamé al chico que se encarga de eso para que lo haga y la ejercite.

—No pasa nada.

No solo ella necesitaba el paseo, yo también lo requería. No deje de pensar en el tema de su novia y mi presencia aquí.

—Mikail...

Quiero decirle de esa visita y que no quiero causarle problemas con la tal Kelly, pero me mira fijamente con aquellos ojos y pierdo el valor.

—Si —responde él.

—Fue corto, no está de más que el chico le dé su paseo.

—Muy bien —dice—, y también a tu gato.

—¡No! —respondo con firmeza—. No pagaré por algo que yo misma puedo hacer, y mi gato no se lleva bien con los extraños.

—No tienes que pagar nada, el paseador es experto en gatos latosos como el tuyo, así que no habrá problema —dice con toda la intención de salirse con la suya—. También es para que los dos comiencen a llevarse bien.

—¿Por cuánto tiempo crees que permaneceré aquí?

Frunce el ceño.

—No lo sé. En este tipo de situación inesperada, no pongo una fecha límite a las

cosas.

—¿Y la gente cercana a ti?

—¿Te refieres a mi familia? ¿tal vez al tío Omer?

—Sí.

Es obvio que intento saber más de su relación, pero no quiero pasar vergüenza si pregunta la intención detrás de mi duda.

—No pensarán más allá de lo que les digamos, saben cuál es tu situación y piensan que conmigo estás más segura que quedarte con un desconocido —añade.

—Aunque, no estaría de más buscar un lugar donde quedarme —empiezo a decir—, y lo del complejo quizás no demore más de un par de semanas.

—Te aseguro que este proceso podría tardar entre uno y dos meses, no solo por el arreglo en sí, sino también por la revisión posterior y los trámites. En estos casos, deben tomar las medidas adecuadas y ser precavidos para que no ocurra otro problema.

De lo que mencionó, solo me quedo con lo de la verificación posterior y el papeleo. Echo de menos mi cuarto del apartamento, quiero volver a mi rutina diaria y no sentir que tengo que medir cada uno de mis movimientos. Eso es exactamente lo que me sucede con él las pocas horas que llevamos conviviendo.

—¿Qué tal te fue? —pregunté con ganas de quitarme los zapatos deportivos, pero me daba vergüenza.

—Conseguí terminar el trabajo antes de lo previsto, todo gracias a la *hora dorada*.

—¿Hora dorada?

No estoy muy familiarizada con la jerga fotográfica, por lo que me veo en la necesidad de preguntar.

—Se trata del momento del día en que el sol se encuentra en el horizonte, ya sea antes del atardecer o después del amanecer —explica—. ¿Puedes quitarte los zapatos?

—Eh...

—Los pies te deben de doler, yo sé lo que es pasearla después de días de no ejercitarse.

Es cierto, apenas me permitió comer un helado mientras los niños le hacían carantoñas, lo cual me recuerda el anuncio que uno de ellos mencionó.

—Unos niños se acercaron, espero que no te importe que la hayan tocado.

—En absoluto —responde sin levantar la mirada de lo que está haciendo—. A ella le encantan los niños, y sin duda deben ser los que siempre se acercan a jugar cerca de la fuente.

—Si —digo—. Uno dijo que se parecía al perro del comercial de Navidad del año pasado.

—Es un nuevo niño —oprime un botón de la cámara y el lente se cierra—. Si es ella solo que la presentaron como un macho. Te lo repito, quítate los zapatos, aquí suelo andar descalzo.

Miro hacia sus pies y lo está. Aprovecho que está zambullido en la revisión de su cámara para ver lo demás. Me fijo en su pantalón de rayas de pijama y en su camiseta

negra ajustada que marca sus músculos. Respiro profundamente para no dejarme llevar por los pensamientos.

Me quito los zapatos, quedando solo con los calcetines de tobillo. Agradezco a Dios haber cambiado las que usaba antes por varios pares nuevos, y no andar por ahí con las viejas de talón desgastado.

Vivir con Sienna es cómodo, convivir con Mikail es cuidarme de cada cosa que hago o digo.

—Pediré comida —sugiere él—. ¿Qué te gustaría comer?

—Podría cocinar para los dos —propongo.

Niega con la mirada.

—Sé que estás cansada, yo también lo estoy —sin más, presiona su móvil—. Solicitaré en la aplicación de un restaurante cercano.

—Dado que insistes, pero por lo menos deja que prepare una bebida para acompañar la comida.

—Como prefieras.

Licúo unas fresas con kiwi y jugo de naranja, también le agrego un toque de bebida sin gas. Al llevar la jarra a la mesa, hay dos platos puestos y unas cajas con letras en coreano. El aroma es tan tentador que podría comerme toda la caja, y si Mikail no está atento, podría comerme su parte también.

Tengo mucha hambre, pero de solo pensar que lo tengo a un lado, me cuido de no comer tanto. Athena está tumbada en la alfombra y no se mueve ni cuando mi gato se sienta delante de la pantalla plana que Mikail enciende.

—Peces —digo tras tragar el bocado de carne—. ¿Quieres hipnotizar a mi gato?

—Supuse que querría ver su comida.

—Gracioso —hago una mueca limpiando mis labios con la servilleta—. ¿Qué pondrías a Athena?

—*Scooby doo*.

No puedo reprimir la risa y suelto una carcajada tan fuerte que Romeo brinca de su lugar y queda parado del otro lado de Athena, que sacude la cabeza.

—Lo siento —me tapo la boca por vergüenza.

—Fue divertido verte —dice él con una sonrisa—. Ya sé qué hacer la próxima vez que te moleste algo de mí.

—¿Qué?

—Llevarte a una sesión de fotografía con perros.

—¿También te dedicas a eso?

—Solo con personas cercanas y clientes de confianza.

—Quizá sí acepte tu invitación.

«¿De dónde surge toda esta camaradería si hace un par de meses quería decirle lo mucho que me caía mal, además de que se pasaba de listo?»

Por ahora, nos estamos llevando bien y no nos metemos en los asuntos del otro. Por eso, decido no hablar de la visita de su novia, quizás ella lo haga y si me reclama, le diré

por qué no lo comenté.

Considero investigar en línea sobre alojamientos cercanos, pero el cansancio del paseo me venció, además no tengo ánimos de estresarme con búsquedas que resulten infructuosas.

Llamo a mi madre para averiguar cómo están ella y mi abuela, y de paso, alejarla del tema de que ahora soy un barco sin rumbo. No la puedo encontrar por teléfono, así que le mandé un mensaje lo suficientemente claro para que no tenga que llamarme.

Antes de acostarme, voy a la sala donde Mikail sigue trabajando con su cámara comprobando algunas de las fotos que hizo. Observo su espalda y el cuello despejado, ya que tiene el cabello a la altura de su nuca; si pudiera lo dibujaría, pero mejor lo dejo así y voy a dormir con mi gato que ronronea en su gran cama. Mi compañero de mi nuevo estado nómada es también el aliado de la persona que nos ha acogido.

Capítulo 22

Rosaline

Un mes después...

Como tenemos un negocio propio con presupuesto limitado que no nos permitía alquilar un sitio donde manejar y planificar lo del mes, usábamos nuestro apartamento como punto de reunión; pero Sienna y yo seguimos sin poder regresar a nuestro hogar y Jackson vive con sus padres. No nos queda otra opción que ir a otro sitio, una cafetería con música jazz que me relaja tanto que creo que me quedaré dormida sobre la mesa; anoche tuve un turno pesado en el restaurante y ni qué decir de Sienna con los trabajos de su maestría.

A diferencia de nosotras, Jackson luce descansado; ya terminó los exámenes y le falta poco para tener su título.

—¿No podíamos haber quedado en otro sitio? —pregunta Sienna, que se rasca la cara por segunda vez—. Estoy a punto de quedarme dormida.

El novio de Jackson nos hace un gesto con la mano mientras añade un líquido caramelo a un vaso transparente lleno de hielo.

—Hay poca gente ahora, podemos hablar sin que nos interrumpan y de paso colaboramos con Marcos como sus clientes.

Me relajo tanto con la música que casi me quedo flotando, y afuera está lloviendo suavemente. Estoy cómoda, lo de Sienna es molestia por algo que no quiere decirnos.

—Emparedado de jamón con queso derretido.

Marcos coloca su orden frente a nuestra amiga junto al latte que, si no lo consume pronto, lo haré yo.

—Siento envidia de lo lindos que se ven juntos, Jackson y tu —mi amiga apoya la cabeza en su mano, descansando el codo sobre la mesa—. Pero en el buen sentido, no lo tomen como algo malo.

—Sabemos que es así —dice Marcos—. Y en cuanto a ti, ¿cómo te va con Mikail?

Él y los otros dos están esperando mi respuesta, pero yo solo quiero hablar de números y estrategias para irme a dormir.

—Pues, bien.

Bebo mi frapuccino lentamente para que no me hagan más preguntas, pero sé que no me dejarán en paz.

Marcos llama a una de las camareras para que recoja su bandeja mientras él se acomoda junto a Jackson. Derrochan dulzura por donde pasan y no dudo que la noticia que nuestro amigo iba a compartirnos antes del final del mes tiene que ver con que se

mudarán juntos. La madre de nuestro socio no quiere involucrarse en el tema, no por oponerse a su relación, adora a su novio, es que no quiere separarse de su hijo. Su papá es todo lo contrario, quiere que se vaya para usar su cuarto como estudio, algo así como el papá de Mónica en *Friends*.

—Debe ser difícil convivir con Mikail y no babear por él todo el tiempo —comenta Marcos, a lo que Jackson le da un codazo.

—Parece que olvidas que estoy aquí.

—No.

Le da un beso que ruboriza a nuestro amigo mientras su novio sonrío triunfante.

—Como no me voy a sentir mal —masculla Sienna y yo le miro con cariño

—Tu ex es un tarado y hasta ahora lo ves —dice Marcos metiendo los dedos por su pelo rubio oscuro y se lo alborota.

—Ya lo sabía.

Meneo la cabeza y tomo otro sorbo de mi frapuccino. Hago tanto ruido que de nuevo todos me miran.

—Siempre has querido decírmelo, pero no lo hacías. Solo emitías sonidos o hacías muecas —Sienna se dirige a mí—. Como haces ahora.

Es increíble, Marcos le dice que su ex es un tarado y se queja de mí.

—Podríamos conversar sobre el trabajo en lugar de los problemas amorosos —les hago saber—. ¿Hablaste con la gente de la pastelería? —le pregunto a Sienna.

—Envié la propuesta, y acordaron responder la semana próxima.

Marcos levanta la mano y todos vuelven a mirarme.

—No hablamos de amor, te preguntamos qué tal es vivir con Mikail.

—Les haré un resumen para poner fin al asunto —repongo limpiando mis manos frías por la bebida—. La convivencia marcha bien, en gran parte debido a mi gato y su border collie, que imaginé que no se llevarían bien, pero es todo lo contrario. Han congeniado, ven la televisión, comen juntos y hasta los sacan a los dos a dar un paseo.

Perdí en lo del paseador y mi gato. El muy cómodo se fue sin más con el chico a pesar de mi negativa, recuerdo bien lo que sucedió el día que sufrí otra traición de mi felino amigo.

Sostenía a mi gato en los brazos, determinada a no soltarlo. Mikail estuvo siguiéndome e insistiendo en lo mismo, hasta que pudo agarrarlo en un descuido y dárselo al chico. Deseé propinarle un puntapié, más porque sería yo quien tendría que pagarle al muchacho por los arañazos que le produjera, pero Romeo se acurrucó en sus brazos mientras este le ponía la correa. Incluso alzaba la cabeza para que le acariciara el cuello.

—Romeo —le dijo el joven—, seremos amigos.

Internamente, lo llamé ingrato y Mikail sonreía al verme enfadada.

—Así que eso es todo lo que pasó.

—Se gustan.

Marcos regresó a la cocina dejándome con la palabra en la boca. Sienna se cubre la

cara con una servilleta para que no la vea reír y Jackson mira a todos lados haciéndose el desentendido.

—Hablabas de mi gato y su perra, ¿cierto?

—Marcos es muy perceptivo, por algo estudia psicología.

—¿Qué significa eso? —le pregunto a Jackson.

—Puede que sospeche que tú y Mikail tienen una relación especial —explica—. Los opuestos se atraen, como es el caso de Marcos y yo. Incluso Sienna y Halil están en esa misma situación.

—¡Hey! —Nuestra amiga le echa unas gotas de agua en la cara.

Observo mi mochila con la intención de abandonar el lugar si siguen insinuando que él y yo tenemos algo. Es inconcebible, aunque por circunstancias imprevistas ahora tenga que convivir con él, admito que es muy atractivo y verlo en su cotidianidad es diferente, pero hasta ahí.

—Si no hubieras sido tan obstinada en la búsqueda para los dos, no estarías en este predicamento de vivir con un hombre como él —me recuerda Sienna con suficiencia—. Algo en la genética de los Durall hace que sean sensuales e irresistibles.

—Y así me tiras agua a la cara —le increpa Jackson pasando una servilleta por sus mejillas—. Has hablado en plural, por lo que...

—No hay nada.

—¡Basta! —interrumpo su perorata—. Para que lo sepan tiene novia.

Los dos se miran entre sí, como incrédulos. Dudan de lo que les he contado acerca de lo ocurrido el segundo día de mi estancia en su apartamento, así que procedo a explicarles los detalles.

—No es posible —manifiesta Jackson—. Viene aquí mucho y solo.

—¿Aquí? —entonces no solo es familia de mis jefes y conoce a mis amigos, sino que también conoce al novio de uno de ellos.

—Habla con frecuencia con Marcos, te aseguro que nunca ha traído a nadie, a menos que la supuesta novia sea real.

—Es real y muy hermosa.

Hay un deje de molestia en mi tono, por eso fui motivo de comidilla entre mis amigos cuando Marcos regresó.

—Para mí le dio celos verte ahí e inventó el cuento de que son novios —explica convencido—. Mikail es un cliente habitual y nunca ha traído a nadie —repite lo mismo que dijo Jackson.

—Es posible que no en este sitio, y por el aspecto de la novia, creo que prefiere los restaurantes de lujo. No es crítica, me encanta tu frapuccino más que nada en el mundo.

—Gracias, Ros, pero estoy seguro de que no es su novia —señala Marcos—. El señor Saidu me ha comentado que es uno de sus mejores fotógrafos, muy aplicado en su trabajo, pero que suele estar solo.

Hablar de negocios fue un fracaso, porque cada vez que hablábamos de números o

ideas para expandir el alcance de nuestro emprendimiento, surgían comentarios sobre nuestras relaciones amorosas. Jackson y Marcos quieren adoptar un gato si se mudan juntos. Eso nos llevó a discutir si el felino llevaría el apellido Murphy o Duarte. En cuanto a Sienna, debía reflexionar acerca de quién la quería de verdad, en referencia al otro Durall, quien estaría dispuesto a protegerla si fuera necesario.

—Con Halil, nada —sus ojos claros se oscurecen y los tres preferimos no decir nada más.

Algo pasó entre ellos tiempo atrás y desde ahí su relación se volvió tensa. Aunque Halil trató de estar cerca el día de su cumpleaños y ella lo dejó gravitar a su alrededor, hay algo más que no sé.

Salimos del café una vez que habían terminado de atender al público. Marcos se ofreció a llevarnos a Sienna y a mí, pero decidimos pasar un tiempo solas caminando por la ciudad ahora que ha dejado de llover, y ella insistió en hacerlo.

—No veamos lo que nos sucedió como una desgracia.

Se detiene ante una vitrina de una tienda en la que se muestran ángeles de cerámica, velas con esencias y libros de temática espiritual.

—Podemos venir otro día cuando esté abierto —sugiero.

—Sí, pero lo que quería decir es que quizás un cambio de entorno ha sido beneficioso para las dos.

No la he visto tan reflexiva desde que la conozco. A ella le gusta el yoga y la meditación, y suele tener esencias aromáticas en casa para relajarse, pero ahora parece que su energía está perturbada por algo, además de lo de su ex.

—Salir con él durante dos años me dejó más confusa que feliz.

La quería abrazar, sin embargo, mis manos me picaban y sabía que, aunque ella me necesitaba, no podía hacerlo. Temo cómo podría reaccionar mi cuerpo y no es el momento para que surja las palpitaciones y el dolor de cabeza.

—Te abrazaría —digo con un nudo en la garganta—, si pudiera.

—Lo comprendo, también lo deseo, amiga, pero no te coloques en una situación difícil si ya de por sí es complicado para ti convivir con Mikail.

—Te confieso que no.

Siento la necesidad de expresarlo porque este es mi momento de vulnerabilidad, al igual que lo es el suyo.

—Ros, ¿te gusta él?

Quizá sea una casualidad, pero en nuestro trayecto vemos a una pareja que se acerca y, por la forma en que él le limpia la cara a ella, se ve lo enamorado que está. Puede que se amen tanto como Jackson y Marcos, poniendo siempre las necesidades del otro por delante y demostrándolo.

Aunque Sienna sabe que su ex la engañó y que no volverá con él, echa de menos lo que tenían al principio. Yo no extraño nada de Landon porque me pegaba y era miserable, y el amor que hubo al principio fue un espejismo que se disolvió cuando vivimos juntos.

—El no dejarte tocar puede ser un problema si empiezas a sentir deseo —dice llegando al cruce de calles—. Le llamo las necesidades básicas del ser humano, como el amor y todo lo demás.

No me doy ni el tiempo ni el espacio para considerar eso que está más allá de lo que mi cuerpo y mi alma me permiten para conservar mi tranquilidad. El último hombre con el que hice el amor me hizo mucho daño.

—No... puedo...

—No solo él me engañó, también lo hice yo.

Sienna continúa caminando como si lo que dijo fuera un comentario insignificante que se puede olvidar fácilmente. Escuché con atención, no es cualquier cosa.

Corro para llegar a ella, que se quedó esperando a que cambie la luz del semáforo.

—¿No vas a decir nada más?

Ella sonríe a pesar de las lágrimas.

—Al hacerlo, comprendí que mi relación había llegado a su fin.

—¿Ocurrió antes de que supieras que te engañó?

Asiente con gesto sombrío, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Se fue a la cama con otra persona. Los observé salir de una habitación de hotel, pero decidí continuar con él para no quedarme sola —dice con voz entrecortada.

El temor de Sienna va más allá de su relación y, por esa razón, soportó sus infidelidades, que sin duda han sido más de una. Su pasado familiar no es tan diferente al mío, lo que me hace sentir que la soledad es un fantasma con quien teme convivir.

—Me acosté con otro por venganza —confiesa—. No me pidió nada a cambio, solo me quería besar y hacerme el amor como siempre había deseado.

La respuesta a la pregunta que llevo tiempo haciéndome me produce un fuerte dolor de cabeza.

¡Halil!

—¿Cómo es posible que...?

—Distancia, una que le he impuesto, siendo yo la que le pidió tener sexo para vengarme.

No pude evitar tomarla del brazo cuando iba a cruzar la calle.

—Ros... me estás... tocando —balbucea ante lo que hasta ahora era impensable.

—Esto es importante —añado sin soltarla, estoy convencida de que la ansiedad no surgirá—. ¿Te gusta Halil?

—No lo sé —confiesa—. Mi razonamiento se nubló cuando llegué a su apartamento en busca de consejo y abrió la puerta con una toalla enrollada en la cintura. No esperaba que debajo de su ropa de chef hubiese un cuerpo musculoso y tatuajes.

—¿Tatuajes? Vaya esa es nueva.

—Sí, una media luna

No me resulta sorprendente que anduviera a medio vestir; es propio de Halil hacer eso, según me comentó Jackson de un día en que le llevó un paquete que dejaron en el restaurante. El pobre no podía mirarle a la cara sin pensar en la semi desnudez de

nuestro segundo jefe.

—Eso es...

—Dejarse llevar por lo físico. Ya ves porque dije lo de irresistibles.

Cuenta que fue ella quien lo besó primero, que después de un rato Halil se apartó exigiendo una explicación de lo que sucedía. Después de eso le hizo la propuesta de sacarse la espina y que él no lo reflexionó demasiado cuando ya la había desnudado y llevado a su cuarto.

Que no pudo evitar comparar y le pareció que era mucho mejor en la cama que su novio, que fue lo mejor que le pudo suceder en mucho tiempo, pero que a la mañana siguiente se arrepintió y huyó sin ninguna explicación.

Lo de ella y su ahora ex siguió, esto molestó tanto a Halil que dejó de hablarle, por eso no coincidían en el restaurante.

—Su primo lo sabe —dice.

Otra explosión en mi cabeza, sin embargo, más por reconocimiento que esto era lo que guardaba y no lo pillé.

—Llegó al piso de su primo cuando yo salía.

Su confesión me lleva a reflexionar en formas de ayudar, pero mi regla de oro sigue siendo el no meterme en asunto de otros porque puedo perder la amistad tanto de ella como de Halil.

Tengo que hablar con Mikail de esto y preguntarle qué piensa su primo. La sola idea de que él y Sienna sientan algo el uno por el otro y no estén juntos por orgullo y miedo, me escuece.

—Hola, nena —saludo a Athena tras colgar mi abrigo en el perchero—. Es...

—¡A la mierda con eso y todo lo demás!

Su voz se escucha amenazante y busco refugio en la esquina del recibidor. Soy arrastrada a un recuerdo asfixiante que entumece mi cuerpo al punto de abrazar a Athena que se apea cerca de mí.

—No dejarás que me haga daño —hundo la cara en el pelaje del animal. Percibe mi temor porque se mantiene conmigo.

—¡Es la última vez que tolero esto! —algo choca con el suelo, me hundo más en el miedo.

—No... No... No.

—Rosaline.

Escucho la voz de Mikail, pero no puedo mirarlo. Temo ver un rostro similar al del monstruo que me lastimó.

—No... No... no.

Repito entrando al túnel que se oscurece más.

—¿Qué sucede? —dijo con suavidad. Siento un ligero roce en mi cabello, pero no pasa de ahí.

—Mikail...

Cierro mi ojo malo para mirarlo mejor, su semblante denota preocupación, pero su mirada me recuerda lo que vi el día del intento de robo de la tienda de conveniencia. Molestia y frustración que me empuja a apretarme más contra Athena.

—Si te sientes bien abrazándola...

Alarga el brazo para coger la cazadora.

—Te dejo en buenas manos.

—¿Tu trabajo?

—Un asunto personal que debo resolver, tranquila.

Sale azotando la puerta mientras que yo me aferro a su perra con lágrimas en los ojos. Que se fuera estando yo así me duele y con lo dicho por mis amigos me da a pensar que empiezo a sentir cosas por él que me aterran tanto que implica tener que irme.

Capítulo 23

Mikhail

—¿Tienes tiempo para que hablemos?

La llamada de Halil a las ocho y media me pone en alerta. Pregunto si algo sucedió con tío Omer, con su madre o su hermana Melisa que estudia hostelería en Suiza. Hasta pensé en los abuelos y el hotel.

—Nada... de eso —responde en balbuceos, se nota que está bajo los efectos del alcohol—. Es personal... estoy en un bar y no puedo manejar, por favor ven por mí.

Esto me recuerda a lo que sucedió tiempo antes de irme de viaje y la extraña llamada que hizo a las once de la noche, en un estado de completo éxtasis. Llegué a imaginar que se había pegado una buena borrachera o que la chica con la que salía en ese momento le suministró algún potenciador que lo dejó alucinando.

A las seis de la mañana fui a su piso, no esperaba encontrarme con Sienna Connelly saliendo de su casa, descalza y luchando por colgarse el morral.

Halil me contó lo que sucedió entre ellos, no con lujo de detalles, pero por su sonrisa boba supe que no había pasado. Después me salió el viaje que me tuvo meses fuera de la ciudad y en una video llamada suya no hizo más que quejarse de haber sido un objeto sexual que ella usó para descargar su frustración por el engaño.

Puede que no sea el más rápido en captar las cosas, de hecho, en mi relación con Rosaline Cruz hay más incertidumbre que claridad. Siento que de tanto aconsejar a mi primo terminé en el mismo bote sin rumbo.

—Terminó con él —dice bebiendo un trago de tequila—. Por fin lo hizo, pero me ignora.

—Come algo si no te pondrás más ebrio.

—Amo a esa mujer como no tienes idea.

—Lo sé —palmeo su hombro esperando que se le baje el lagrimeo.

Halil sufre por enamorarse de una chica no muy segura de lo que quiere en la vida.

Los Durall somos caso perdido, mi padre sufrió hasta dejarse la vida por mi madre; incluso el abuelo padeció por estar con la abuela. Los padres de ella no estaban complacidos que su única hija uniera su vida a un descendiente de inmigrantes, fotoperiodista sin mucho que ofrecer solo su corazón.

Las pocas veces que me crucé con Frank me pareció un fanfarrón imbécil, con ínfulas de conquistador, que se jactaba de tener a la mujer más hermosa a sus pies.

Sienna Connelly es atractiva en todos los sentidos, con ojos grises, cabello rubio oscuro, tez pálida y una figura esbelta, además de ser inteligente y luchar por sacar

adelante su carrera. Recuerdo cuando la conocí, hablo de todo tema que saliera en la mesa entre beber cerveza y comer después del cierre del restaurante. Eso fue hace tres años, antes de imaginar que su compañera de apartamento ahora vive conmigo y me trae arrastrando mi pasado, con todo y las dudas.

Tengo de tarea preguntar al tío si su esposa también lo ha hecho padecer por amor.

—¿Amor? —digo sacudiendo la cabeza.

—¿Te enamoraste? —cuestiona Halil acompañado de un eructo—. Por favor que no sea de Kendra.

—Kelly —lo corrijo—. Con ella nada.

—Eso nos deja a la única chica que ha traspasado tu santuario y tiene a un gato con nombre de personaje melodramático... Ros.

—No estoy enamorado de nadie, deja de hablar pavadas y dime para qué querías que viniera.

—Que hagas de chofer y aconsejarme qué hacer con Sienna.

—¿Ya rompiste con la novia que tienes?

—Salgo con ella para deshacerme de lo que tengo dentro, pero no he podido—baja la cabeza—. O sea... si no hubiera tenido sexo con ella la admiraría de lejos, pero la tuve. Le hice el amor como si no hubiera un mañana.

—Halil está jodido —interviene el bartender poniendo un plato con rodajas de limón sobre la barra—. No ha hecho más que hablar de lo mismo desde hace una hora.

—Está enamorado.

—Enamorado y ebrio como una cuba.

Tanta cháchara a mí alrededor, risas y tintineo de vasos, casi no consigo escuchar la música, pero me suena a algo country, porque las palabras decepción y llanto están en la letra de la canción. Alguien empuja donde estoy sentado, el tipo me pide disculpas mientras que la mujer a su lado me hace ojitos y se separa del grupo con otra que se sienta junto a Halil.

—¿Me invitas un trago? —susurra la primera.

Por eso es por lo que no vengo a sitios así, no como en mis veinte que lo hacía seguido con Halil y salíamos con un par de conquistas. No estoy para meterme en embrollos y menos mi primo que llora sus penas con licor; por suerte no es el más fuerte que le he visto beber.

—Puedo ayudar a tu amigo a salir de la decepción —dice la mujer al lado de él pasando el brazo por su cintura. Mi primo ni en cuenta de ella.

Andan de cacería, si lo sabré yo que conozco una que me sigue dando persecución. Me levanto y tomo a mi primo del brazo.

—Nos vamos y no me vengas con que quieres una más —le susurro al oído—. Saldrás de aquí sin pantalones si no te llevo a casa.

No objeta. La mujer y su amiga ponen cara de fastidio y se van en busca de la presa previa, o sea el tipo que me empujo.

Tan pronto entro al apartamento de mi primo, lo meto en la ducha y abro el agua para

que despabile.

—¡No estoy tan ebrio! —frota su cara echándose el cabello hacia atrás.

—¿Cuándo te vas a cortar el cabello?

—No por ahora.

Quizás Halil y yo no seamos tan parecidos físicamente, salvo porque nos crece rápido la barba y que somos altos como todos los Durall. Yo tiro más a parecerme a mi madre, en la tez y en los ojos. Mi primo es cien por ciento, genética familiar, guapo y llama la atención por parecer buena gente más que ligón.

Bañado y despejado con una camiseta y pantalón de deportes azul, se arrellana en el sofá con una taza de café que preparé.

—Le hubieras echado un poco de azúcar.

—Es para que se te quite el embrollo que cargas encima.

Aprieta el puente de su nariz poniendo la taza en la mesa. No es la primera que lo veo así, tampoco creo que sea la última si lo de Sienna continua por el mismo camino.

—Debes definir si quieres seguir con esto —estoy en mi momento de ser consejero sentimental—. Aprecio a Sienna y sé que es buena para ti, pero no puedes seguir tras de ella, no cuando no sabes que siente por ti.

Su cabeza rebota contra el sofá cuando se echa hacia atrás.

—Sabes cómo fue todo, desde que llegó aquí llorosa porque pilló al imbécil con otra y no quiso ir con Ros para no agobiarla. Quería contarme, sin embargo, no sé si fue el verme medio desnudo la tomó desprevenida y pensó: me desquito con este por lo que me hizo aquel patán. Fui su desfogue, pero te juro que no me importo.

—Habla con ella.

—Me mandará a volar.

—No está de más que lo hagas, que la confrontes y aclaren esto de una vez por todas.

Nos quedamos en silencio un buen rato, después caigo en cuenta que Halil se durmió. Abro las ventanas, el sonido de la ciudad me hace añorar las vacaciones escolares y las idas al hotel de los abuelos. Reflexiono que no es mala idea irnos allá el fin de semana para que mi primo se libre de los males de amor no correspondido.

Lo tapo con una frazada, ya que se ha acomodado en el sofá y seguro no se levantará de ahí en toda la noche. Mañana lo llamo para ver que tal va con la resaca y lo que le dije.

Al llegar al apartamento, tanto Athena como Romeo están descansando en la sala como dos amigos que acaban de terminar una charla de algún tema que solo ellos entienden.

No percibo el aroma de Ros, por lo que sé que no ha llegado.

—No voy en las mismas de Halil —me regaño.

Suena mi teléfono.

—Benson, que...

—Tienes que venir ya mismo a la oficina.

—¿Qué sucedió?

—Te lo explico cuando llegues.

Me fastidia que no diga para que y más que tener que salir de nuevo.

—O me dices o no voy.

Hace una pausa y alcanzo a escuchar que alguien menciona mi nombre y añade la palabra: *aprovechado*. Se a quien pertenece la voz y también de la mujer que contesta: *siempre lo ha sido*.

—¿Qué mierda hizo?

—Por eso tienes que venir para que finiquitemos esto de una vez por todas.

—¡Al carajo con eso y todo lo demás! ¡Es la última vez que tolero esto de esos dos!

La bronca que tengo por lo que asumo hizo Kelly me hace querer estrellar el teléfono contra la pared, pero en ese momento veo a Rosaline en cuclillas y abrazada a Athena, y no comprendo por qué.

No puedo asegurarlo, por el cabreo que tengo, no obstante, me pareció escucharla decir: *no dejaras que me haga daño*, aferrándose tanto a la perra que como puede le lame la cara.

—Rosaline.

No puedo evitar pasar mi mano por su cabello. Me gustaría acariciar su rostro, pero lo evito como puedo y es saliendo de aquí antes de dejarme llevar. Tengo que solucionar el problema que tengo ante mí.

Capítulo 24

Rosaline

Conseguí dormir, pero no en un sueño profundo por culpa de la llamada de Kelly Marren, asumo que Mikail salió molesto de aquí por ella. Me siento confusa y perdida por su actitud que hasta el momento no dio señales de ser colérico, salvo lo normal cuando te molestan por un café frío u alguna otra tontería.

No lo medito más y salgo porque la luz matinal me avisa que debo desayunar. Lo encuentro tumbado en el sofá, con el brazo extendido sobre su rostro; supongo que lleva ahí desde que volvió en la madrugada. Lleva la misma camiseta gris y pantalón negro con los que salió de aquí, la cazadora debió de tirarla en algún lado.

Voy de puntillas a la cocina; maldigo por lo bajo cuando la puerta de la alacena chirría. Le echo una ojeada, no se mueve, esta tan quieto que parece que no respira.

No suelo demorar en preparar el café, pero para no hacer ruido, lo hago más de lo usual.

—Con esto...

—¿Qué no duermes? —su voz áspera me pega tal susto, que suelto el sartén donde iba a freír el tocino.

—¿No estabas dormido?

—Haces más ruido que un ratón.

Suelto un bufido y me acerco, él se restriega la cara.

—¿Qué? —suelta de mala gana. El mal humor sigue latente

—Eres pedante —digo y me doy la vuelta. Casi me doy de bruces porque Athena está justo detrás de mí

Mikail me agarra del brazo y de un jalón acabo pegada a él. Me observa con el ceño fruncido, mi cuerpo no rehúye al suyo y la cercanía es mayor de la que hemos tenido desde el día del casi robo.

—Alertaste a Athena.

—Más bien fuiste tú que me diste un susto.

—Claro, si eres un ratón escarbando en la cocina —dice—. ¿Y tú gato, el guardián?

Desde el día que pasearon a Romeo cambió lo de latoso por guardián, qué novedad.

—Dormido —respondo intentando sostenerle la mirada—, después de poner su pata en mi cabeza para despertarme.

—¿Con este ruido?

—Tiene el sueño pesado.

Toma a Athena por el collar.

—Hoy te toca revisión —dice sacudiendo la cabeza—. Voy a bañarme.

—Tu amiga Kelly llamó.

No iba a decírselo, al verlo que sigue de malas y menos que su novia me despertó a las cinco de la mañana preguntando por él, pero más vale que sea honesta y no piense otra cosa.

—Tranquila, ya solucioné ese asunto.

No sé qué quiso decir, o tal vez esté aclarando que la chica logró lo que quería. Siento que me estrujan el estómago.

Cierro los ojos apretando los labios, escucho cierto carraspeo.

—¿Ibas a decir algo más?

—No —regreso a la cocina, Mikail se va a su cuarto.

Me agrada más el amable que me trajo a vivir aquí, que el de ayer en la noche y el de hoy que se ve molesto. Tal vez es hora de que me vaya.

Recojo lo que tengo en la cama y en la mesita junto a ella, parezco nómada de un lugar a otro y sin definir donde ir. Mientras doblo una de mis camisetas, siento que algo se frota contra mi pierna, es Athena.

—No debes estar aquí —le acaricio el lomo y ella me lame la cara—. Te extrañaré linda.

—¿Qué haces? —Mikail entra a mi cuarto, vestido ya para salir—. ¿Por qué empacas?

—Pienso que...

Agarra mi maleta y la coloca donde la tenía puesta.

—Lo de anoche no tiene nada que ver contigo —expone.

—No me debes ninguna explicación.

—Tal vez no, pero quiero aclarar las cosas —Toma asiento en la butaca junto al ventanal y me indica que yo haga lo mismo en la cama—. Kelly trabaja para Benson, mi agente.

—No es de mi incumbencia tus asuntos personales —le recuerdo.

—Lo es cuando mi actitud te lleva a ponerte a empacar.

—No es así.

—Si es o no por eso, no importa, quiero explicarte lo que paso anoche —expresa de manera insistente—. Uno de los fotógrafos que trabaja con Benson llegó a reclamarle por qué mis ingresos son mayores que los suyos, pero también a soltar que Kelly duerme con él y fue por ella que consiguió esta información confidencial.

—Te pusiste así por celos.

—No —responde, me alivia que lo aclare—. Hubo un altercado entre él y Benson, este último me llamó y fui a ayudarlo.

Resulta que no es lo que pensé, o supuse, pero Kelly Marren si está metida en el enredo. Aún sigue enojado, se le nota en como al cruzar los brazos hay tensión en ellos.

—No quiero meterme en tus asuntos, aun así, se te ve molesto y sí es porque esa chica no fue honesta contigo teniendo ustedes un noviazgo que...

—¿De qué hablas? —se envara en la butaca en una reacción instintiva—. No sé quién

te haya dicho algo sobre ella y yo, pero...

—Dijo que te lo diría.

—¿Qué cosa?

—Ella vino aquí al día siguiente de que me mudé contigo, que te fuiste a un trabajo.

—¿La dejaron pasar? —sus labios se perfilan tensos—. El reemplazo.

Me hace pensar que no solo se refería a que yo la deje sino también el conserje y no comprendo si es su novia.

—Solo hasta el recibidor, me dijo que trabaja contigo, que no me preocupara porque ustedes tienen una relación de años y ha venido aquí muchas veces.

Suelta una risa sarcástica.

—Kelly es mentirosa, sin duda, cuando te vio pensó que eras la de turno, más después de ver las fotografías de la sesión. —dice al ver cómo me encogí los hombros—. Disculpa, quise decir que se hizo a la idea que tú y yo tenemos algo, y dijo eso para establecer una relación inexistente.

—¿Inventó que son pareja?

—Eso quisiera ella que me ha insistido. He dicho mil veces que no soy del tipo que quiera relaciones románticas y menos a largo plazo.

Tengo que ahuyentar todos los pensamientos tontos que me hice todo este tiempo, incluso el hecho de estar enojada y no saber la razón.

—Todo aclarado —digo a punto de levantarme, pero coloca su mano en la mía, no me inmuto en retirarla o hacérselo saber, me quedo quieta sin comprender la segunda reacción de mi cuerpo.

—Lo siento —la retira—. No me di cuenta, al igual que cuando te jalé.

—No pasa nada.

No siento el instinto de apartarme y que no me toque, como si mi cuerpo se sintiera seguro del simple roce de sus manos.

—Para terminar el tema —sigue tenso más no molesto—. Kelly trabajaba con Benson.

—¿Trabajaba?

—La despidió, mi agente sabía que a veces me acostaba con ella. Mientras no interviniera en el trabajo de nadie no habría problema, pero lo de ayer fue la gota que derramó el vaso. Se involucró con otro fotógrafo de la agencia y le metió ideas en la cabeza, y no solo eso, también dio información confidencial a otro agente.

—Vaya joyita.

—Lo hizo para vengarse de mí, eso es lo que me dijo Benson.

—¿Por qué?

Vuelve a tener el semblante frustrado de esta mañana, pero mantiene la mirada puesta en mí, más no me mira a los ojos.

—Supongo que por ti —dice por fin—. Se hizo a la idea de que tú y yo tenemos algo... real.

—Y se inventó ese cuento de que era tu novia —digo—. Sé cómo se portan algunos cuando quieren retener a alguien, pero esto me parece absurdo.

Tengo experiencia en eso con los chantajes que me hacía Landon cuando no quería que saliera con mis amigos. O inventaba algún problema que me obligaba a quedarme con él, o sacaba el mal que llevaba dentro.

—Nunca he traído a una mujer aquí —dice él.

Me toma unos instantes analizar lo que acaba de decir o aclarar, es algo que no esperaba oír y más por cómo me ofreció venir con él.

—Entonces yo...

—Quería ayudarte, es todo —se levanta—. Sobre Kelly nunca fue una relación, eso lo aclararé desde el día uno. Tal vez es culpa mía por dormir con ella más veces de las que debí, pero no puedo comprometerme con alguien que no amo, ni deseo que esté en mi vida.

—Disculpa que te lo diga, tal vez debiste pensarlo antes de hacerlo. No todas las mujeres aceptan este tipo de relación y más si lo haces con ellas más de una vez, quieren un compromiso.

—Lo sé y por eso me abstendré de hacerlo —dice sin más—. ¿Te gustaría ir conmigo al veterinario?

—¿Qué?

—¿No tienes que llevar a Romeo al médico?

Se lo comenté antes de irme a la reunión con mis amigos.

—Sí, pero iba a hacerlo por la tarde.

—Pues ven conmigo, los dejamos a ambos ahí y nos vamos a dar una vuelta, iremos donde quieras.

Un silencio se abre entre nosotros mientras su mirada se intensifica. No sé de dónde ha venido esa invitación que más parece el tener una cita.

—No lo tomes a mal, solo salir para distraerme y de paso tú también. No me porte bien anoche y quiero resarcir la estupidez de Kelly.

—Lo que ella dijo no me molestó, en lo absoluto.

—La conozco y algo cambió en ti cuando regresé de mi trabajo —dice.

«¿Tan obvia fui que se dio cuenta?»

—Por favor —insiste.

Ojalá pueda decirle que no, pero entre más lo miro a los ojos, más deseo dar ese paseo que me propone.

Vamos a al paseo marítimo a quince minutos de la veterinaria; de lo que llevo viviendo en esta ciudad no lo había visitado, ni con la bicicleta. Lamento no hacerlo antes.

Mikail explica que, en los puestos que se encuentran repartidos por toda la calzada, dos veces a la semana se abre un espacio para que los negocios y los carros de comida se instalen en un área abierta donde la gente puede caminar y pasar tiempo con su familia y amigos.

—Pueden vender sus camisetas aquí —sugiere señalando un puesto donde venden

bisutería—. Hay gente que le gusta ver las cosas por sí mismas y no en una foto en las redes sociales.

—No sé por qué no sabíamos de esto si Sienna y Jackson tienen tiempo viviendo aquí.

—Puedes recomendárselo.

—Si —digo, me muerdo la lengua con deseos de hablar lo de Sienna y Halil, pero no es el momento—. Gracias, Mikail.

—Sabes —se detiene, yo alzo la mirada—. Me agrada como dices mi nombre.

Su figura imponente corta la vista al horizonte, estoy demasiado descolocada para poder decir algo. Se acerca despacio hasta rozar mi pantalón, le veo los labios asimétricos y el corazón me palpita con ansioso frenesí.

—¡Maldita!

No sé por qué volteo a mirar al escuchar ese grito, como si mi cuerpo me avisara del peligro que viene hacia mí, pero solo reaccionó cuando ya me asestaron el golpe en la cara.

—¡Liz! —exclama la mujer que ataja a la que me golpeó.

Me quito los lentes y parpadeo tratando de ajustar mi visión, mientras Mikail ejerce de escudo humano cubriéndome con su cuerpo.

—Más vale que tu amiga se controle —dice en tono amenazador—. Hay una estación de policía cerca.

—Me importa un rábano, mató a mi hermano.

Caigo en cuenta de quien grita como desquiciada es Liza Cobb, la hermana de Landon, pero ¿por qué me la encuentro si no vive aquí?

Me aseguré de irme lo más lejos posible, que nadie de su familia diera conmigo. Tuve que soportar la mierda de sus insultos y acusaciones por meses, de que me acosara por todas partes para hacerme confesar un crimen que yo no cometí sino el mal nacido de su hermano.

—¿De qué hablas? ¿Estás loca? —inquire Mikail, siento el pánico a punto de despedazarme.

No tiene que saber lo que me pasó, conocer la historia por la que aún siento pavor.

Vuelvo a sentir miedo y aprensión de que me toquen. Me deshago del agarre de su mano, salgo corriendo aun con los gritos de Liza en mi cabeza y las miradas de la gente. No puedo dejar que me miren, no quiero que sepan que de cierta manera soy responsable de la muerte de Landon.

Capítulo 25

Mikhail

A l volverme, veo que Rosaline no está; se fue mientras la mujer que tengo enfrente grita incoherencias; llorando y vociferando cosas que no comprendo. Su figura regordeta es sostenida por su acompañante, escucho que deje de mentirse a sí misma, que han hablado de eso muchas veces en la terapia y que nadie es responsable. Me siento tentado a preguntar, pero estoy seguro de que la mujer perturbada también me gritaría y debo buscar a Rosaline.

Indagué en todos los puestos y no encontré nada, ni siquiera cerca de donde la gente suele pescar. Pregunté en una de las tiendas que pasamos y donde quería entrar a mirar, pero no tuve éxito.

Hace una hora que se fue, voy a la clínica veterinaria a ver si ha ido por Romeo.

—No ha venido —responde Clarisa—. ¿Se los llevará consigo?

—Informe a Eugene que pasaremos por ellos más tarde... Muchas gracias.

No quería que se diera cuenta de mi preocupación, pero estoy angustiado. Si tan solo supiera qué sucedió con ella y la desquiciada sabría cómo ayudarla, o al menos tendría una pista de a donde ir sin devanarme los sesos.

Visito Durall para ver si está.

—Hoy es su día de descanso, deberías estar al tanto.

—Si... solo supuse que vendría.

Me rasco la cabeza sentándome en uno de los sofás del área alejada de comensales. Mi tío pide un té a un mesero, y estoy agradecido; necesito algo para relajarme, con esto y la molestia por las estupideces de Kelly estoy a punto de reventar.

—Si sabes lo que le pasó, dímelo —le digo al tío que suspira fuerte.

—No es algo que deba comunicarte yo, sino que ella lo haga si es su deseo.

Cuando nos traen el té, sirve el mío y lo rebaja con agua caliente. La intensidad del color caramelo del líquido se atenúa un poco, pero no puedo beberlo hasta que pase cierto tiempo.

—Cuando me enfrento a una situación difícil, suelo hacer esto, la mayoría de las veces con tu abuelo.

—¿Viajas hasta el hotel para esto?

—Tal vez tus hijos te hagan lo mismo cuando sean mayores.

—No tengo intención de tener —digo mientras me froto la barba.

—Es lo que dices ahora.

—Tengo treinta y dos, sé lo que digo.

Me bebo la infusión que para mí agrado no es dulce ni amarga. Vi hacer esto a papá un par de veces, yo era su acompañante porque mamá odiaba el té. En estos momentos necesito más que nunca los consejos que me pudiera dar; aunque tengo a mi tío, no es lo mismo; me hace falta ese aspecto de mi vida que la desgracia me arrebató.

Tomo el collar con la placa de su nombre y rango que llevo colgada al cuello y lo aprieto en mis dedos para tratar de aclarar mi mente y averiguar dónde puede estar Rosaline.

—Ve al apartamento, quizás esté allí.

—No lo creo —afirmo—. Es decir, ¿por qué parece que me evita?

—Te aseguro que regresará, no abandonará a su gato.

Mi tío tiene razón, Rosaline no abandonará a Romeo, lo buscará en caso de que decidiera marcharse.

Voy por él y Athena y regreso al apartamento. Ella no está en ninguna parte, como pensaba, lo peor es que ha comenzado a llover con bastante intensidad.

Como mi tío me dio algunos polvos de color, prepararé una infusión de frutas. Lo tendré para cuando ella vuelva, esto es mejor que nada.

Son las diez y llevo más de seis horas sin saber nada, tengo que buscarla, puede que le haya pasado algo.

Tomo la llave y rezo para que Athena y Romeo no causen ningún desastre si los dejo solos.

—Como eres más grande —le digo a ella abriendo la puerta—, tienes que dar...

—Romeo es el mayor... de los dos... supongo.

El tembloroso y entrecortado sonido de su voz me hizo girarme, y me encontré con unos ojos azules bañados en lágrimas, y un cuerpo completamente empapado. Rosaline parece frágil y perdida, como la joven de aquella noche hace cuatro años; el recuerdo de su vestido ensangrentado es tan perturbador que tengo que sacudir la cabeza para alejarlo.

—Rosaline.

—Lo lamento...

Le agarro de los brazos para que se sostenga de mí, no sé qué hacer porque no parece que pueda quitarse la ropa ella misma y menos buscar algo cómodo.

—Escúchame, bonita, tendrás que quitarte todo esto, si no te enfermaras.

—Quiero... decir... te algo...

—Lo harás después de bañarte con agua caliente y ponerte ropa limpia.

La conduzco a mi baño, que es más espacioso que el de su habitación. Rosaline permanece inmóvil, con los brazos temblando a ambos lados y los labios oscurecidos. No me queda otra alternativa que desvestirla e introducirla en la bañera.

Ruego a Dios que no entre en pánico si vuelve en sí y comienza a gritar.

—Te voy a quitar todo esto y te meterás en la bañera, está tibia y tiene una esencia que te relajara. Por favor, Rosaline, hazlo para que estés bien.

En su mirada perdida todavía veo un poco de ella, asiente y procedo a quitarle la

cazadora, tengo que pedirme a mí mismo que no me sofoque. Tengo control de mí mismo, pero solo he visto su hermoso rostro y estar encantado por sus ojos.

Le quito el pantalón y veo que tiene las piernas mojadas, así que las froto con una toalla. Ella mira hacia abajo, pero no se mueve, como una muñeca que está a la espera de que la saquen de ese estado.

Lo más difícil está por venir, quitarle la ropa interior sin que mis manos tiemblen demasiado. Me gustaría que la abuela estuviese aquí para hacer esto, estoy muy nervioso frente a una mujer que me intimida más que nadie.

Parece que puedo envolverla con la toalla más grande que tengo, es lo más sensato y respetuoso que puedo hacer.

—Ayúdame, Rosaline, quiero que alcés los brazos para que pueda quitarte la camiseta.

Ella lo hizo de manera automática y así yo hago un nudo en la toalla que era lo suficientemente grande para cubrirla y quitarle la otra pieza sin tocar nada y dejarla en el sostén deportivo. Luego, la guio hasta la bañera y la hago meterse. Tomo una esponja y la exprimo en su cabeza para que reaccione.

—Salgo para que puedas terminar de bañarte —acaricio su pelo—. Te lo prometo, todo va a estar bien.

Dejo el albornoz cerca de la bañera para que se lo ponga en cuanto salga y se caliente. Ni siquiera me atreví a buscarle ropa interior, con el nerviosismo que tengo.

Abro la alacena en busca de un sobre de sopa instantánea y le agrego verduras. Pongo un cerco entre la cocina y la sala para que Athena y Romeo no anden revoloteando.

Al cabo de media hora, Rosaline viene en el albornoz que le queda un poco grande. Sigue con el cabello sin peinar, voy con rapidez por un peine y la hago sentarse en el comedor.

—Si no lo hago, tu cabello se convertirá en un nido de pájaros —paso el peine por el cabello húmedo.

—Gracias... Mikail.

—¿Ya te sientes mejor? —pregunto.

—Me llamo Rosaline Cruz, y tengo veintiséis años —dice con voz pastosa—. Tengo un gato, uno al que le dices latoso.

—Guardián —corrijo—. Come, por favor. Es un caldo de pollo con verduras. Y también hice el té de los que vende tío Omer en Durall.

—Voy a tomar el té primero, me gustan más que los otros.

Lo hace despacio, sabe cómo hacerlo.

—Me gustaría que me indicaras...

—No permito que nadie me toque o me abraze, siento un fuerte impulso de marcharme de donde esté si alguien pretende hacerlo.

—Eso ya lo sé.

—Sí, pero no conoces el motivo y es algo de lo que no deseo hablar —dijo colocando en la mesa el vaso con la mitad del té—. Esa mujer, la que me gritó todas esas cosas...

—No tienes que hablar de eso si no quieres.

—Es la hermana de quien fue mi novio —se abraza a sí misma.

—Rosaline...

—Que bien... —dice llorosa—, me hace feliz que me llames por mi nombre completo.

—Es agradable, y tengo la sensación de ser diferente a los otros al no llamarte Ros.

—No me llamaban así desde hace mucho tiempo, excepto por mis padres y mi abuela, pero en ti es algo que me reconforta.

Las lágrimas resbalan por su rostro y me atrevo a acunarlo entre mis manos.

—Me alegra que el golpe no te haya dejado una marca. —digo aliviado de no ver ningún cardenal en su piel—. Perdona por tocarte, aun así, no puedo evitar querer secarlas.

—Tus manos —pone las suyas sobre las mías—, son cálidas y me producen un gran consuelo.

La miro a los ojos, tengo muchas ganas de hacer más que solo tocarla.

—Su hermano falleció en un accidente automovilístico, Landon estaba intoxicado de alcohol y drogas —dice llorando más.

—Ya no sigas.

—Quiero... Liza me echa la culpa de su muerte, lo hace desde...

—No es culpa tuya.

—No lo quería cerca de mí, me causó mucho dolor.

No quiero que hable más del sufrimiento que la araña por dentro. Hoy está más vulnerable de lo que jamás la haya visto, por lo que meto mis manos por debajo de sus piernas y la levanto de la silla.

—Necesitas descansar.

Ella me da las gracias mientras me rodea el cuello con sus brazos y entierra la cara en mi hombro.

En cuanto llegamos a la habitación, la acuesto en la cama y extendiendo la manta sobre ella.

—Quiero que duermas, bonita.

—Ahora me llamas bonita.

—Lo eres y mucho —digo derritiéndome con solo verla.

Me vuelvo, ella me coge la mano.

—Quédate.

—Voy a sentarme en la silla.

—No —levanta la frazada y vuelve a halarme—. Conmigo.

—No me parece buena idea, puedo acercar la silla a tu cama.

Sacude la cabeza y me tira con tanta fuerza que termino sentado en el colchón.

—Por favor... —se aprieta contra mí hasta que logra que me acueste.

Me duele mucho esto, primero al verla en la puerta, luego quitarle la ropa y ahora tumbado a su lado. Lo peor de todo no fue eso, sino que se acurrucara tan pegada a mí que las curvas de su cuerpo se amoldaron a partes del mío, lo cual despierta un deseo

profundo, más siendo consciente de que debajo del albornoz no lleva nada.

Era hora de reconocerlo, Rosaline me gustaba más de lo que podía imaginar que una mujer pudiera atraerme, y al punto de luchar contra mi cuerpo para que se dominara. Pero no puedo abandonarla en este momento en el que me necesita.

Rodeo su cuerpo con mis brazos y ella se acerca más, su cabeza descansa en mi pecho y se acurruca indefensa. Se me ocurre algo en este momento que puede ayudarla a distraerse de todo lo que la está perturbando y le está causando dolor.

—Prometiste que me amarías, que no me harías daño...

—Rosaline... —Escucho un quejido y veo que está dormida.

—Eras todo para mí —dice con tristeza y comienza a temblar.

—Tranquila, ya no te puede hacer daño —le acarició el pelo y se queda quieta—. Voy a intentar que seas feliz y sonrías más mientras estés aquí conmigo.

Capítulo 26

Rosaline

Mi ángel misterioso con su olor a lluvia y calma, los brazos que me sostuvieron esa noche son lo más cercano a los momentos felices que alguna vez tuve. Los recuerdos de mi infancia, los paseos con mis padres en casa de los abuelos Cruz en Campeche y comer pasteles hechos por mi abuela Arnell. Fue mi época feliz de algún punto de mi vida, antes de que mis padres se divorciaran, de crecer y de Landon Cobb.

Me muevo en busca del calor que me brindó consuelo toda la noche, pero la cama está vacía.

Caminé durante horas sin rumbo hasta que me encontré en una calle que no reconocía. Una vez que volví a orientarme, llegué a la entrada del condominio cerrado. Empezaron a caer algunas gotas de lluvia; así que me fui a mi nuevo refugio, el apartamento de Mikail. Me sentía muy confusa, pero no tanto como para no ser consciente de lo que sucedió, de cómo él cuidó de mí y se quedó conmigo buena parte de la noche.

La forma en que reacciono cuando estoy cerca de él muestra que estoy conectada más cada día, y eso me asusta.

Busco mis gafas en la cómoda; mi vista del ojo izquierdo está más borrosa que otros días. Avanzo hacia la sala con cautela, hay una maleta abierta con varias mudas de ropa dentro; Romeo estaba a un lado comiendo su ración de comida y Athena engullía unas croquetas.

«Se va.» Lo digo para mí.

No deseo estar sola después de lo ocurrido ayer, de tropezar con el pasado que he tratado de olvidar por completo, pero basta que algo o alguien de ese lugar aparezca para que todo se venga abajo.

Mikail viene de la cocina con una botella de jugo en la mano; lleva puesto un suéter tejido de color azul oscuro y unos vaqueros. Aún puedo estar un poco confusa, sin embargo, hoy me parece que es el hombre más atractivo que haya visto en mi vida, y me gusta aún más con la barba.

—Buenos días —dice metiendo algo en su mochila de fotógrafo. Se irá.

—¿Dónde es el trabajo? —pregunto con desazón.

Me observa de pies a cabeza sin disimularlo y sonríe.

—Nos vamos.

—¿Te vas a llevar a Athena?

Asiente con la cabeza y viene hacia donde me encuentro, coloca su mano en mi frente

y desliza sus dedos tibios por mis mejillas. No debería hacer eso teniendo en cuenta lo que acabo de pensar.

—No has tenido fiebre, gracias a Dios —dice—. El color de tus mejillas es normal, ¿sientes algún malestar en la garganta?

—Cierta sensación de sequedad cuando desperté. Se alivió con un poco de agua.

—Bien —dice y vuelve a su maleta.

—No me has dicho si te vas a llevar a Athena, solo dijiste "nos vamos".

—Si —responde, entonces observo la maleta donde guardo las pertenencias de Romeo cuando salimos a alguna parte.

—¿Por qué...?

—Tú y aquel guardián van con nosotros —sonríe con un aire distinto.

No quiero ponerme a hiperventilar al recordar cómo me quitó la ropa en el baño, y ni siquiera entrar en pánico con la posibilidad de que viese las cicatrices. Fue respetuoso conmigo metiéndome en la bañera sin mirarme. No quise hablar mientras lo hacía porque quería que él me ayudara, me siento incapaz de lidiar conmigo misma cuando estoy nerviosa y necesitaba de él, al menos anoche.

—Visitaré a mis abuelos, tienen un hermoso hotel y me gustaría que lo conocieras. También puedes divertirte y pasear a tu gato.

—Gracias, pero me sentiría incómoda ir así a casa de tus abuelos y...

Lo tengo frente a mí de nuevo, y esta vez está muy cerca de mi cara.

—No puedes decirme que no, he planeado este viaje solo para ti y que te diviertas un poco —susurra—. No has estado tranquila desde que te mudaste, y es en parte mi culpa, por lo que hizo Kelly y lo de ayer.

—Lo sucedido ayer no tiene nada que ver contigo, es más un asunto mío —digo y permanezco inmóvil, anhelo decirle, pero mi cuerpo tiembla ante la idea de abrir esa caja y que vea lo terrible que hay dentro.

Doy un paso y repentinamente me besa en la frente.

—No digas nada ahora si no te sientes segura de hacerlo —su voz es tranquila, me transmite seguridad hasta cierto punto—. Estoy a tu disposición cuando lo desees y cuando te sientas preparada para ello.

Me acompaña hasta mi habitación.

—Empaca unas cuantas camisetas, un abrigo, pantalones que te mantengan cubierta y botas; no creo que sea conveniente que utilices zapatos deportivos en la montaña.

—Aún no he dicho que sí —le respondo.

—Puedo hacer tu equipaje y cargarte en mi hombro si es necesario.

—Ni siquiera me darás un, tal vez.

Menea la cabeza.

—Muy bien, solo permite que empaque mis cosas y me dé un baño.

En cuanto sale de mi habitación, no tengo otra opción que hacer lo que quiere; aunque, la idea de irme unos días y olvidarme de que el resto del mundo existe me resulta más atractiva que nada en el mundo.

Mikail mete mi mochila y bolso en el auto, Athena ya está dentro y Romeo está en su caja azotando el osito para que se meta.

—¿Cómo lo lograste, aparte de usar el oso?

—Atún —dice Mikail ayudándome a subir a la camioneta—. Tu gato es fácil de persuadir.

—Es muy quisquilloso, ni siquiera con Jackson hace caso, ni, aunque le dé atún.

—Conmigo es diferente, quizás es que le agrada mi aroma.

—Calma —susurro dándole la razón a mi gato.

—¿Qué dijiste?

—Nada —digo con pena de que aquel pensamiento saliera de mi boca sin más.

Después de abandonar la ciudad, todo fue ver árboles, montañas, verdor y más verdor, con la música de *Fleetwood Mac* de compañero adicional. Recuerdo oírla cuando era niña y mis padres, fieles seguidores de las ideas de los setenta, la ponían todo el trayecto en nuestros viajes de vacaciones.

—Pensé que serías más de la música de tu adolescencia.

—Soy un gran admirador de *Green Day*. También escucho a *Incubus* cuando necesito componer un buen encuadre en mi trabajo, pero este pertenece a mi padre.

—También era un seguidor de *Fleetwood Mac*.

—*Rumors* fue el primer disco que me gustó de principio a fin. Sé mucho sobre el desamor por esa música.

—Creo que tienes un concepto del amor bastante equivocado —digo y le oigo suspirar.

—¿Y los tuyos? ¿Siguen juntos?

—Divorciados —respondo—. Convivieron durante diez años, seis de ellos estuve yo, pero el ojo alegre de mi padre lo arruinó todo.

—Don virtudes.

—Diría que viejo verde —confieso sin que me importe lo que suponga—. ¿Has escuchado de Armando Cruz?

Se queda pensativo, como buscando algo familiar en el nombre de mi padre y estoy a punto de reír pensando en lo que diría este de que no conozcan sus famosos escritos dedicados a la comida y las mujeres.

—No tengo ni la más remota idea —dice él, suspiro con alivio de que no es un admirador escondido.

—Se trata de mi padre. Escribe ficción sobre sus orígenes, pero es más sobre la comida del lugar de donde procede y las mujeres con las que le gustaría hacer el amor bajo la luz de la luna; todo ello de forma metafórica.

—¿Realismo mágico?

—¿Sabes del género?

—Estoy al tanto por conocidos que lo mencionan para parecer intelectuales.

Me recuerda a las tertulias de mi padre entre tequila y chismes mezquinos. Cuando era niña lo escuchaba escondida debajo de la escalera de nuestra casa, Daisy Arnell me

sorprendió un día; al regresarme a mi cama, la cuestioné acerca de qué era hacer el amor, ya que muchas veces papá hablaba de esto y las mujeres en la reunión hacían preguntas entre risas y coqueteos. Mi madre me explicó que es cuando dos personas ceden a sus deseos y también al amor, si es que ese es el caso.

—Mi padre es un firme creyente de que el amor debe ser libre, sin ataduras —explico—. Mi madre creía en lo mismo antes de descubrir que su marido pasaba de lo metafórico a lo real, es decir, que dormía con otras mujeres. Al exigirle una explicación, se limitó a decir que estaba buscando inspiración natural.

Tomamos una carretera señalizada con un gran cartel, montañas y árboles pintados en el panel.

—Hacer el amor bajo la luz de la luna, ¿a cuántas mujeres se habrá llevado así a la cama?

—No lo sé y tampoco me importa —respondo—. Mi madre dice que tengo un poco de su personalidad.

—¿En lo concerniente a...?

—No —respondo inmediatamente, no quiero que piense que soy la versión femenina de Armando Cruz—. Adoramos la naturaleza y nos inspira, solo que yo lo expreso a través del dibujo y mi padre con la escritura.

—Imagino a tu padre con una botella de tequila junto a su ordenador.

—Cambia el computador por una *Olivetti* y ese es Armando Cruz, el bohemio amante de las mujeres.

—¿Será que tuvo algo que ver con tu nombre?

Es posible que sí, y salió de su valiosa colección de *Shakespeare* que atesora en su biblioteca. El escritor bohemio, que mi madre conoció en una tertulia de la universidad, se divorció de ella porque no eran compatibles. Si al menos se hubiesen percatado antes de tenerme, me habrían ahorrado meses de terapia. En razonar, sin creerlo ni un poco, por qué aguantaba el maltrato de Landon, eso según mi primer terapeuta.

Mi padre vive del otro lado del océano con una mujer cuatro años mayor que yo, de pecho y curvas exuberantes de donde agarrar; no comprendo qué le atrajo de mi madre. No me malinterpreten, Daisy Arnell es una mujer atractiva y elegante, involucrada en causas justas, lo demuestra su trayectoria en favor de los derechos sociales. Si no me hubiese tenido tal vez habría llegado a lanzarse para alcaldesa o al congreso, pero al yo nacer me convertí en su prioridad y su más grande amor.

Al ver de nuevo el camino, nos encontramos en medio de la carretera, con un paisaje montañoso que contaba una historia por sí mismo, de verdor en la ladera y gris en los picos más altos. Una estancia de unos días aquí es lo que necesito para alejar el dolor que todavía me acompaña.

Continuamos un poco más hasta dar la vuelta y detenernos en una edificación de madera, enmarcado por un panorama digno de una postal, esto explica una de las razones del porqué eligió ser fotógrafo de viajes, después de ver sus fotos y leer los artículos que acompañan las imágenes. Es un gran amante de la naturaleza.

Tan pronto bajamos, veo a una mujer mayor que se apea en la escalera y recibe a Athena dándole cariños en las orejas, luego baja un hombre con la misma altura y porte de Mikail, sin duda la genética en su familia pinta bien.

—Abuelos, ella es Rosaline.

No me llamó Ros para nada y no es que me moleste, es más que me siento diferente al ser llamada por mi nombre completo.

La mujer y su esposo me saludan con un gesto, supongo que les habrá advertido que no me dejo tocar, pero la sonrisa de ambos me hace sentir bienvenida.

Capítulo 27

Rosaline

Mi habitación posee un balcón con una vista al bosque y a la montaña, creando un espectacular telón de fondo y una serena vista del amanecer de un tono entre rojo y naranja. Incluso pude ver unos ciervos y les hice unas fotografías en los terrenos del hotel. Asimismo, Romeo y Athena corrían en el jardín, entre un espectro de colores que encendía mi mente con nuevos diseños.

Bajo a la salita donde hay una chimenea y me siento frente a ella, me agrada la sensación de paz, sin ningún ruido más que el trinar de algunos pájaros.

—Buenos días —dice Leanne Durall sentándose junto a mí.

Calculo que debe de tener la misma edad de Angélica Cruz y de nana Arnell, casi setenta, aunque su piel y complexión física indican que tal vez ha sido muy activa desde joven. Delgada y alta, con el cabello gris del todo y corto, usa lentes y luce encantadora con un chal sobre el jersey verde oscuro.

—¿Y Romeo?

—Dormido, con el fresco seguro que lo hará todo el día —añado también lo agradecida que estoy de que me hayan permitido venir con su nieto.

Leanne Durall me ofrece una sonrisa tierna.

—Nos da gusto que lo hicieras —dice con entusiasmo—. Nuestro nieto nunca ha traído a una chica con él.

Rebobino y llego a donde él mismo dijo que nunca había llevado a una mujer a su apartamento. No puedo pensar en aquella afirmación y menos en esta de otra forma que no sea que me ve como alguien necesitado de un hogar y arrastrando problemas del pasado.

Mikail quiere ser amable conmigo, y no era considerada como otra cosa.

—Aprecio mucho su ayuda —cambio de tema—. Este lugar es encantador, lástima que no trajese mi cuaderno de bocetos.

Uno de los proyectos que tenía en mente cuando conseguí terminar la carrera de diseño, era el de trabajar de ilustradora de cuentos. El hotel de los abuelos Durall es un sitio mágico y maravilloso que permite retratarlo en un dibujo.

—¿Estudiaste arte?

—Si, pero mi especialidad es el diseño gráfico. Trabajo con unos compañeros en la venta de camisetas —muestro el diseño de la que tengo puesta—. Es una de nuestras creaciones.

—Eres muy talentosa —observa el dibujo—. Hemos analizado lo de cambiar el logo

del hotel y hacer artículos para ofrecerlos a los clientes, ¿Qué te parece si trabajas con nosotros en esto?

Me parece escuchar campanitas y sonrió entusiasmada con el proyecto.

—Grandioso —digo sonriente, entonces me retracto un poco—. Disculpe es que el lugar es magnífico y plasmar algo de eso será genial para mí.

—Con solo ver este sé que me encantará.

Desayuno con los abuelos Durall, su nieto está ausente porque fue a la finca de uno de los vecinos a tomar fotos de su caballo. Estoy algo apenada por estar sola con ellos, pero me hacen sentir relajada y la comida estuvo deliciosa, como la que prepara Omer. Ya veo de donde él y Halil tienen tan buen toque culinario.

Paso la mañana paseando por el parque cercano, a falta de mi cuaderno uso el móvil para captar el panorama y el ambiente a ver si eso me da ideas para ir trabajando en lo que me pidió Leanne Durall. Ojalá su nieto estuviera aquí para guiarme, pero decido disfrutar yo misma de lo que veo y tomar notas.

Bien que traje mis botas porque estas se hunden en el suelo mojado, hay tantos árboles que la tierra se baña de un rico rocío que ha salpicado el césped natural de verdor. Me detengo y acomodo en el suelo contra el tronco de uno, cierro los ojos y con la quietud y el silencio siento que fluyo con todo lo que me rodea, hay tranquilidad y paz.

De un momento a otro el frío me cala y el temblor se adueña de mi cuerpo, pero algo grueso y cálido me cubre. Abro los ojos, justo frente a mi nariz tengo unos ojos entre ámbar y verdes que me miran fijamente, se instala en mi garganta al yo posar la mirada en los labios rodeados de la barba.

—¿Tengo siempre que protegerte del frío?

—No —respondo enderezándome—. Decidí dar un paseo yo sola.

—Hubieras traído a tu gato guardián.

Athena salta sobre un arbusto y mueve la cola.

—No era necesario, estoy cerca del hotel.

—¿Qué tan cerca crees que estás?

Miro alrededor, no distingo la vista del hotel entre los árboles y menos a la gente que paseaba por los alrededores.

—Supongo que camine más de lo que debía.

—Si —dice él tomando mi mano para ayudarme a levantar—. Es un lugar tranquilo, pero esta temperatura puede afectarte.

—Gracias —digo moviendo las piernas, pero las siento pesadas.

—Están dormidas —sin pedirme permiso, mete los brazos por debajo de ellas y me alza—. Iremos a una de las cabañas que están cerca.

—No es necesario que me cargues, y de la cabaña hay tiempo de que me lleves a mi cuarto.

—No puedes caminar y si vamos a la cabaña es porque hay una chimenea donde puedes calentarte.

—Mikail...

—Rosaline —tiene su rostro tan cerca del mío que se me aflojan las piernas, con esto si no puedo moverme.

Me llevo todo el camino en sus brazos, que es un sitio en que comienzo a sentirme a gusto. Athena nos sigue muy de cerca, mejor que no traje a Romeo si no estaría desesperada por encontrarlo, es obediente, pero si ve alguna presa se pierde del panorama.

Entramos a una cabaña que luce acogedora, el crepitar del fuego en la chimenea la mantiene caliente. Me coloca en el suelo y pasa una cobija en la que me envuelvo, no sé cómo no me agobió el frío.

Lo que me extraña es que todo está como si el lugar estuviese ocupado.

—¿No habremos entrado a una cabaña ocupada?

—No —dice él atizando el fuego—. Es mía.

En una mesa está su cámara y el portátil, también hay una cafetera puesta sobre la hornilla en la cocina y que despide cierto olor a canela y cocoa.

—¿No te quedas con tus abuelos?

—Sí, pero es aquí donde me refugio a trabajar, el silencio me ayuda a concentrarme mejor —explica—. En verano me gusta acampar, aunque también lo hago cuando voy a lugares abiertos por trabajo.

Me pongo nerviosa de estar a solas con él en un sitio así.

—Deberíamos ir con tus abuelos.

—La lluvia.

—¿Lluvia?

El aullido del viento me cripa la piel, empieza a resonar en el techo golpes pequeños que fueron de menos a más. En la ventana se dibujan pequeños círculos de agua que aumentan a medida que la lluvia crece.

—Por eso vine a buscarte, aquí sabemos con solo escuchar el viento si lloverá fuerte o no —dice yendo a la cocina—. Con esta lluvia pescarás un resfrió, te serviré chocolate caliente.

Es poco el tiempo que le demora servirlo y luego dármelo, la taza de cerámica calienta mis dedos fríos.

Mikail se sienta frente a mí, sobre la alfombra mullida. El reflejo de la luz del fuego crea una sombra en su rostro. Noto como la barba realza sus rasgos y me gustaría plasmarlo en papel.

—Lástima que no traje mí...

Alarga el brazo para sacar de la mochila recostada a un lado, un cuaderno de tapa dura, forrado en cuero.

—Hazlo —dice con su sonrisa encantadora—. Salía del hostel y te oí cuando charlabas con mi abuela de tú cuaderno de bocetos, y que lo olvidaste.

—¿Lo compraste? ¿Cuándo?

—De venida aquí, paré en una tienda de arte y...

Dejo a un lado la taza y la cobija con la que me envolví, y lo abrazo. En menos de tres meses, había pasado de no dejarme tocar, a abrazarlo yo misma, ese tipo de contacto que solo permitía a Romeo. Mikail consiguió ser más efectivo que cualquier terapia que haya recibido en estos años.

Mis párpados se van cerrando mientras me concentro en el crepitar del fuego y en el calor que irradia su cuerpo. Soy plenamente consciente de mi ubicación y de la postura en la que me encuentro. Existe un gran riesgo de que me rodee con sus brazos o que su barba me rasque la mejilla.

Me aleja de él y me siento mal por esto.

—Lo siento —digo, estoy a punto de romperme, pero no puedo permitir que suceda con él.

—Rosaline...

—Por favor, llévame a mi cuarto.

Tengo miedo de llorar y, para empeorar las cosas, el viento está soplando más fuerte. Si dice algo, estoy segura de que saldré corriendo sin importarme si me da pulmonía.

—Has sido bueno conmigo, me has dado más de lo que hubiera podido recibir.

—Espera...

—Deja que termine —digo—. Cuando regrese, me marcharé, debo confesar que, si continuo viviendo contigo, me será muy doloroso, marcharme después y...

Cierro la boca para evitar llorar.

—No puedo permitir que de nuevo me rompan el corazón —confieso—, quiero...

Mikail introduce sus manos en mi cabello y sujeta mi cara.

—Sabía que me metía en un gran problema al llevarte a mi apartamento —susurra y pega mi rostro al suyo—. Tus ojos son como el cielo, uno que he tratado de capturar en fotografías un montón de veces, pero ni el color, ni la tonalidad coincidían.

Mi cuerpo tiembla, mis labios se tornan ansiosos.

—Me gusta cada aspecto de ti, Rosaline, me es imposible ignorarte. Eres terca, orgullosa, aun así, me gustas demasiado.

Cierro los ojos y lo tengo en mis labios, presionando con suavidad al principio, luego con mucha intensidad. Me agarra la cara con una mano mientras que con el otro brazo rodea mi cintura con fuerza; oigo que la madera del piso cruje cuando me empuja contra este.

Es un buen beso, de los que sueñas tener algún día, y en este sitio es aún mejor. Nos amoldábamos el uno al otro, y me sumergía en el beso sin pensar en nada, sin temer al riesgo.

Sus dedos viajan por mi talle y entran por debajo de mi camiseta, en breve estarán en mi pecho, tocando lo que celosamente no he dejado ver a nadie y menos a mi madre. Lo que casi vio cuando me quitó la ropa, pero no sucedió gracias al sostén deportivo que llevaba; las cicatrices que dejó el monstruo que aprisionó mi mente y cuerpo por más de un año.

Se detiene y levanta el cuerpo, de forma que puedo apreciar mejor de cerca el

increíble color del iris, una combinación extraña de verde y ámbar que ansiaba plasmar en el cuaderno que compró para mí.

—Lamento... —dice, pero no lo dejo terminar.

Subí mis manos a su rostro y lo acaricié.

—Me gustó.

Sé que percibió mi ansiedad, el temblor de mi cuerpo ante el peligro de perder el control y que viera lo que no quiero que nadie vea.

—Ven —rodea mi cuerpo y me da la vuelta, quedando justo encima de él.

Mi cabeza yace sobre su pecho mientras él suspira.

—Prometo ser cuidadoso.

—¿Quieres que tengamos una relación? —me da terror lo que quiera si le digo que sí.

—Sí, pero de acuerdo con tus términos —confiesa—. No quiero arrepentirme de no haberlo intentado.

Lo miro a los ojos.

—Tampoco yo.

Me libero de una parte del miedo que siento al relacionarme con otras personas. Con él, si lo deseaba, lo quería mucho más de lo que alguna vez quise.

Cierro los ojos, el viento se transformó en una ligera llovizna que me arrulla lo suficiente para dormirme en brazos del hombre que en poco tiempo traspasó la barrera que mantenía atrapado mi corazón. Uno que deseaba entregarse por completo a esto que comienza a crecer dentro de mí.

Capítulo 28

Mikhail

—Dos personas me han dicho eso.

El abuelo Ihsan bajó su pipa después de señalar que pensaba lo mismo que Benson sobre Rosaline. La abuela permaneció en silencio, acariciando la cabeza de Athena, que dormía a sus pies. Antes de acudir a este lugar, conversé con ambos sobre su situación y les pedí que no hicieran ningún ademán de tocarla. Dudaron de mi solicitud y, como pude, les expliqué lo que dijo tío Omer.

—Puede que no sepamos mucho de ella, pero me cae bien —dijo la abuela—. Me recuerda a Lili de los valles.

Que diga que le recuerda a mi exnovia, con la que estuve saliendo durante más de dos años y que incluso llegué a plantearme el matrimonio, me dejó sin saber qué decir.

—Estoy de acuerdo con Leanne —manifestó el abuelo—. Tienen la capacidad de hacerte callar.

—Pero yo... —iba a protestar, pero la abuela me hizo un gesto para indicarme que guardara silencio.

—Nunca habías traído a una mujer, eso es un indicio. No permitiré que lo estropees como ocurrió con Lili.

Se levantó sin dejarme explicar que lo de Rosaline y yo no era más que un acuerdo de convivencia que podía terminar en cualquier momento. El abuelo Ihsan sacudió la cabeza y volvió a colocar la pipa en su boca.

—En esta familia, son las mujeres quienes toman las decisiones importantes —miró su reloj y luego hacia la ventana detrás de mí—. Deberías ir a buscarla, parece que va a llover.

Fui por ella porque temía que se encontrara con una tormenta, y nos metimos en mi cabaña. Con el fuego encendido, no pude evitar besarla, algo que quería hacer desde la sesión de fotos, deshaciendo lo dicho por mí, que nuestra relación era solo de convivencia.

Sus labios temblorosos me mostraban miedo, pero también deseo por la proximidad que nos tenía acostados en el suelo, con su cabeza sobre mi pecho. No tengo idea de cómo mi camisa se encuentra abierta, quizás Rosaline la desabrochó mientras nos estábamos besando, y me vi obligado a luchar por mi autocontrol para no traspasar los límites, pero el problema es que en este momento el deseo está a punto de resurgir de nuevo.

Intento apartarme con cuidado de no despertarla, pero se mueve y exprime las manos

contra mi torso. Levanta la cabeza y parpadea confusa, mira a su alrededor y luego a mí, en específico hacia mi pecho, un tenue rubor pinta sus mejillas.

—¿Qué sucede? —pregunto con voz ronca.

—Nada —responde frotando su ojo izquierdo, el de su problema de vista borrosa.

—Creo que me desabrochaste la camisa —señalo con ánimo de que se relaje, pero se aleja un poco—. Tranquila, tal vez fui yo mismo.

—Lo siento —musita.

Hace un examen rápido de su cuerpo, tal vez piensa que yo hice lo mismo con sus prendas.

—Me dejé... llevar —dice con una vocecilla que me hace gracia.

—Que no te dé vergüenza.

Envuelvo su cuerpo con mis brazos, y me doy la vuelta hasta quedar cara a cara. El piso rechina, no estamos sobre un sitio cómodo, pero al menos la tengo frente a mí para hablar de lo que sentimos el uno por el otro.

—Bonita —le beso la nariz. A pesar del rubor, su mirada muestra serenidad y un deseo inmenso que la siga llamando así.

Hay algo de Rosaline que aún no he podido descifrar y que quiero conocer para no sentir que voy a tientas con ella. Se esconde muy dentro, la tensión en su cuerpo cuando metí la mano por debajo de la camiseta como si al seguir tocando la piel tersa cubierta por el algodón, rompiera el sello de lo que hay en su alma.

—Deberíamos volver.

—Lo sé —digo levantándome para ir a la cocina—. Antes tomaremos otra ronda de cocoa caliente, afuera debe hacer frío.

Asiente acomodando su pelo, no sé si será mi imaginación, pero parece que creció unos centímetros desde que la conocí. Me gusta como lo tiene, cuando se alborota y es más real que en cualquier otra mujer.

De repente y sin que hubiese una razón para pensarlo, visualizo a la mujer de la noche lluviosa. Un pinchazo fuerte atraviesa mi cabeza hasta el mismo centro del cráneo, tengo que apoyar las manos en la encimera por el fuerte mareo.

—¿Te pasa algo? —pregunta Rosaline, angustiada—. Estás pálido.

Esa noche pasaron muchas cosas, mi mente unió a la mujer ensangrentada con la voz de mi madre agonizando en el hospital; demasiados incidentes en pocas horas. Nunca supe lo que sucedió con la chica y eso que me hice la promesa de buscarla, pero tal vez el miedo de conocer su destino fue mayor que mi deseo por saber.

—No es nada —digo.

Que reaccione así ante eso, es porque al ver a Rosaline quiero cuidar de ella y protegerla de todo mal; imaginarla en una situación así no puedo.

—Mikail...

—Tuve un bajón, tal vez por no beber café todavía.

Ella abre la alacena, yo me apeo detrás y le tomo la mano.

—No te preocupes, tomaré un poco en el hostel —señalo—. Son tonterías.

Recuerdo la advertencia de Halil con respecto a su fragilidad que disfraza con salidas ariscas y hablar puntilloso. Debo ir con cuidado, y no andarme por las ramas.

—Ven —la llevo al mismo lugar donde estuvo sentada antes—. Hablemos.

El fuego se ha amainado un poco por lo que tomo un leño y arrojo en la chimenea. Atizo los otros ya quemados para darle paso al nuevo, el fuego aumenta un poco, lo suficiente para calentarnos.

Athena se mantiene echada junto a la chimenea, dormida desde hace un buen rato.

—No soy una persona fácil —dice envolviendo sus manos en lo que sobraba del abrigo que lleva puesto.

—Lo de hablar no es por ti, es más por mí.

Su forma de mirarme me pone nervioso, como si intentara estudiar cada detalle de mi expresión para saber qué pienso. Así ha sido desde que la vi por primera vez, tiene ese hábito de observar de esta forma, pero ella misma esconde detrás de sus largas pestañas y ojos azules, caminos que no se hacia dónde conducen, hacia donde me llevarán.

—¿Dirás algo?

—No nos iremos hasta que hablemos —repongo—. Le mandé un mensaje a los abuelos para que no se preocupen, saben que estamos en mi cabaña y que todo está bien.

—¿Ya no llueve? —me interroga.

Miro las ventanas, la luz de la mañana apenas es visible, hay algo de neblina, así que aprovecho esto para retenerla más hasta hablar. Antes voy por dos tazas de cocoa caliente con canela y las coloco sobre la mesa. Toma la suya y bebe dando sorbitos, no debí de calentar tanto la leche.

—Estoy esperando —expresa impaciente.

—Quiero contarte sobre mí.

No pensé que lo haría con alguien y menos ella, pero en algún punto entre que decidí hacer esto en el lugar que más amo en el mundo, siento que debo contar algo de mi historia a ver si logra abrirse conmigo, aunque fuese un poco.

—No es necesario que lo hagas —observa con paciencia.

—Lo necesito, hace mucho que tenía que hacerlo —digo—. Sabes que tengo la idea de no casarme ni tener hijos.

—Te escucho —dice soplando con delicadeza su bebida.

—Mis padres aparentaban ser la pareja perfecta, pero detrás de la cortina se llevaban muy mal, peleaban todo el tiempo y yo escuchaba.

Rosaline dirige la mirada hacia mis manos que sin darme cuenta las apretaba tanto que están blancas, las separo y me acerco más. Se mueve y pienso que se alejara de mí, sin embargo, se mantiene quieta.

—Si no fuese por mis abuelos quien sabe qué habría pasado conmigo.

—¿Qué pasó con tus padres?

—Mi padre murió en una misión, en la costa del norte.

El dolor de su recuerdo quiere desgarrarme la garganta.

Ella agarra la cobija y extiende la parte que no la cubre sobre mis hombros, o lo que alcanza a cubrir.

—Mamá me dice que cuando sientas que la tristeza te invada, una buena colcha y un chocolate caliente te alivian del dolor de esos recuerdos.

—Tu madre sabe mucho de cómo reconfortar a un corazón herido.

—Intentó curar el mío —dice ella, su ojo izquierdo se hace más pequeño.

—¿Qué sucedió con tu ojo? ¿Por qué la visión es limitada?

Se pone tensa, pero al menos no se aleja, se mantiene pegada a mí. Me alivia el no haber puesto un cierre a lo nuestro antes de tiempo y todo por mi necesidad de saber.

—Él... —calla, se le quiebra la voz y la abrazo teniendo cuidado de no ser invasivo.

—Mantengamos así, en silencio, contemplando el fuego para que el frío de la tristeza se aleje de nosotros.

—De verdad, quiero decirte —dice sujetando mi brazo para que la deje hablar—. Lo quise mucho, le entregué tres años de mi vida, a cambio él traicionó lo que éramos, lo que prometió darme.

No llora, se mantiene tranquila, aunque su mirada refleja resentimiento.

—Yo lo he sentido también —digo dándole apoyo—. Con mi madre, el resentimiento de no quedarse conmigo cuando mi padre murió.

—¿Dónde está ella?

—Murió hace cuatro años —digo.

—Cuatro —susurra con un leve temblor en los labios—. Lo lamento.

—Tío Omer llamó para decir que ella se encontraba en un hospital. Llegamos en la madrugada y del aeropuerto, fuimos allá, esperó tres días que yo llegara y falleció —inhalo—. Me dejó una carta que aún no he podido leer.

—¿Por qué?

—Temor, angustia —repongo—. He visto el sobre con la carta infinidad de veces, pero aún sigo sin poder abrirlo, puede más el temor de ver lo que escribió.

—Te has hecho una idea de ella y por eso temes saber quién era en verdad.

Puede que Rosaline tenga razón, y me aferro a seguir pensando lo peor.

—Mi padre no ha sido el mejor del mundo —dice ella—. Pero creo que, si paso por lo mismo que tú, aunque no sepa toda la historia, leería lo que deje para mí.

Tal vez sea porque tenga más valor para eso que yo.

—He recriminado su ausencia, que se largara a otro continente y olvidara que tiene una hija —confiesa tras un carraspeo—. Si no vas a ser un buen padre, o al menos la mitad de este, no tengas hijos, son ellos los que sufrirán las consecuencias de tus malas decisiones.

Ojalá, mi padre, hubiese reflexionado eso antes de empecinarse en casarse con mi madre, o de tenerme.

—Ya ves por eso no deseo casarme.

—Diría lo mismo, pero como no sé qué pasará mañana prefiero no adelantarme.

Parpadea y pasa un dedo por su nariz, deslizo mi dedo en su mejilla y la siento fría.

—¿Será que ya volvió a ser de noche?

—No —digo mirando hacia la ventana—. Es apenas la mañana, parece que ha pasado una eternidad, pero es por el hecho de estar juntos, abrazados junto al fuego.

Me acerco y ella cierra los ojos.

—¿Sabes cómo es que te besen con los ojos abiertos?

—No —responde.

—Quédate quieta —inclino los labios hacia su boca—. Mantén los ojos abiertos.

Presiono mi boca en la suya y ella se mantiene como le pido. Soy yo el que me rindo a sus ojos, que para mí son el cielo que hoy se oculta detrás de la niebla.

Capítulo 29

Rosaline

Los días en el hotel de los abuelos de Mikail se fueron tan rápido que ansié se repitiera la experiencia, la próxima vez con mi madre y mi abuela. Quizás me precipitaba con desear algo que profundizara más en lo que sentimos él y yo, lo pude percibir con el roce de su mano en mi espalda o que a veces haga de papá con Romeo y yo de mamá con Athena. Somos como un pequeño núcleo familiar que se romperá cuando Sienna llame para decir que podemos volver al apartamento.

Cuando el otoño empieza a ejercer su presencia en el ambiente, la lluvia envuelve la ciudad de frío y viento. Si no tengo que ir al restaurante prefiero no salir y hacer algo de mi otro trabajo, como ahora que estoy en la sala diseñando el logo para la pastelería. Al utilizar los lápices de mi caja, mezclo colores característicos de Italia tratando de recrear la sensación que tuve al estar en ese lugar; legado familiar y amor por lo que haces. Mi primer diseño comercial fue para los abuelos Cruz, propio de su lugar de nacimiento, un alebrije con colores intensos, del morado, al magenta y naranja calabaza tirando a la flor de Cempasúchil, hasta la textura del animal que cree evocaba a la flor.

—¡Romeo! —le llamo la atención porque está rodando uno de mis lápices con su pata—. No es tiempo para jugar, tengo que trabajar.

Lo dejo en el suelo, Mikail aprovecha mi momento de descuido para tirarme en el sofá. Ahora lo tengo sobre mí, con sus labios pegados a mi cuello. Sienna tenía razón en decir que las necesidades del cuerpo harían su aparición con este convivio además del razonamiento de mis amigos de que nos gustamos.

La lluvia también contribuye a esa sensación de comodidad y abierto deseo de ahondar. Siento temor, pero quizás no tanto como para no permitirme ser besada e incluso acariciada, siempre y cuando sea por debajo de la cintura y no quiera abrirme la camisa y ver mi pecho. No podría soportar su mirada en mis cicatrices.

—Para... —lo empujo al sentir sus dedos revolotear cerca del sostén deportivo.

Mikail se pasa la mano por la cara.

Necesito decirle un poco más antes que las cosas se pongan tensas.

—Quiero...

—No tienes que explicarme —coge mis manos—. Están frías.

Insufla su aliento en ellas, mi piel se eriza por el calor.

—Te conté que sucedieron cosas feas con mi ex.

—Entiendo que debes mantener los límites para preservar tu tranquilidad —usa un

tono consolador—. Que me permitas tocarte y besarte es suficiente, soy yo el que debe aguantar.

—Pero no es fácil para ti.

Sacude la cabeza.

—No es cosa de ser hombre, eso es un cliché, el asunto aquí es que quisiera hacer más cosas contigo, pero me contengo porque me gusta cómo va todo entre nosotros.

Cierra los ojos, se cuánto lucha por no cruzar la línea. A mí también me cuesta no dejarme llevar porque lo que siento por él, es anhelo mezclado con cuanto me gusta, cuanto me atrae. Si abrí su camisa la primera vez que nos besamos es porque quería tocar su torso, tanto como él quiere ver más de mí.

—Lo hablamos en la cabaña.

Quiero añadir más a lo que sabe de mí, aunque sé que voy a recular cuando llegue a los límites del horror.

—Hablemos de algo más que no sea esto, ¿Cómo vas con el trabajo a los Baglioni?

—Muy bien —le muestro los garabatos en mi cuaderno—. Quiero hacer énfasis en su herencia italiana y el sabor.

—Procura que también tenga algo de los hermanos, que se sepa de ellos.

—En eso estoy, sacando ideas y bosquejando hasta obtener algo concreto —encontré la oportunidad para mencionar cierto asunto del que sigo dudosa—. ¿Sabías lo de Halil y Sienna? ¿Qué se acostaron?

Mikail extiende los brazos por el respaldo y brazo del sofá, alejado más de mí como si fuera a usar algún truco de seducción para que suelte la lengua.

—¿Quién te lo dijo?

—La propia Sienna.

Se nota que le afecta hablar de eso, o tal vez sea en lealtad a su primo, pero si he sacado esto a colación, después de no dejarlo tocar mi pecho, es porque necesito tener en claro que hacer para ayudar a mi amiga, aunque rompa una de mis tantas reglas.

—No soy de las que anda contando la vida íntima de los demás.

—Lo sé, Rosaline, pero lo de esos dos es muy complicado y es mejor no meterse.

—No pretendo hacerlo, quiero que mi amiga se sincere más conmigo sobre lo que siente —Digo segura que será así—. Ella no es de acostarse con cualquiera para sacarse la espina del engaño. Si hizo el amor con él es porque le gusta, le atrae y...

—Lo mismo que siento yo por ti —expresa con voz ronca, profunda al punto de sacudirme por dentro—. No voy por ahí teniendo sexo con cualquiera, de hecho, este tiempo ha sido el más largo sin acostarme con nadie.

—¿Cuánto?

—Siete meses.

Pues sí que ha sido extenso, según mi criterio de lo que un hombre como Mikail Durall haría en su vida cotidiana.

—¿Kelly fue la última?

Asiente pellizcando el puente de su nariz.

—Me dije que debía abstenerme de involucrarme con otra por ese lio y su insistencia en que fuéramos pareja.

—¿Qué quieres conmigo?

Solté aquello sin meditar bien si era el momento adecuado de saber sus intenciones reales. Vengo de una relación que me dejó cicatrices no solo físicas, también emocionales, no estoy dispuesta a dejar el corazón en algo que me quiebre más de lo que Landon hizo conmigo. Con Mikail el deseo es muy fuerte, pero si debo poner distancia lo haré.

Gatea en el sofá hasta hacer que vuelva a acostarme con él encima de mí. No hunde sus labios en mi cuello como hizo antes o intentar abrir mi blusa, me contempla con aquellos ojos verdes que doblarían la voluntad del más adusto ser mortal.

—Algo más que solo besarte —fue su respuesta a mi pregunta

Mi vientre se contrajo en la más pura reacción de mi cuerpo a esa verdad tirada de golpe. El teléfono suena y como puedo escapo para contestar.

—Mamá...

—¿Pensaste que no me iba a enterar?

Un súbito bajón me hace agarrarme de la silla del comedor para no dejar caer el teléfono.

—Vives con un hombre que no conozco.

—Deja que te explique lo que sucedió...

—Mañana estaré ahí.

—No... Mikail es sobrino de Omer y me brindó hospedaje mientras se arregla lo del complejo.

Él se acerca lo mismo que Athena. Mi gato maúlla desde la cocina.

—Ya tengo esa información, aunque tuve que conseguirla de tu jefe después de que Martha me dijera que el edificio está cerrado.

Olvidé lo de sus envíos.

—Mamá...

—Nada de mamá —dice sin dar su brazo a torcer—. Tengo la dirección así que mañana estaré ahí sin falta.

Cierra la llamada sin darme oportunidad de alegar que no hay necesidad de ello.

Pongo el teléfono sobre la mesa, estoy temblorosa y ni sé porque si es un amor al tratar a la gente y sé qué hará buenas migas con Mikail.

—Vendrá —dice él masajeando mis hombros—. Me tomaré el día libre y le prepararé algo delicioso.

—Gracias.

Sus palabras me infunden valor de enfrentar la mirada inquisitiva de Daisy Arnell, pero hay algo que me asusta y no sé con seguridad que es.

Capítulo 30

Mikhail

Me revolví en la cama repasando en cómo presentarme ante la madre de Rosaline sin meter la pata en el intento, hasta hice un tonto ensayo mientras me cepillaba los dientes. Athena percibió mi humor y recostó el hocico contra mi brazo.

—No pasa nada —digo pasando los dedos por su lomo.

Llegó a mi vida meses después que mi madre falleció, la conocí en un refugio manejado por un amigo que pidió el favor de hacer fotos para solicitar fondos. La historia de cómo la encontró me partió el corazón porque demuestra cuan imbéciles pueden ser la gente.

Fue adiestrada desde cachorro para dar confort a personas solas o con alguna enfermedad mental; su anterior dueña, una anciana abandonada por su familia la tenía desde que era pequeña. La mujer murió a los meses de tenerla y las aves de rapiña hicieron su aparición, vendieron todo lo de la mujer y a Athena la echaron a la calle. Estuvo vagando por las calles hasta que mi amigo la recogió en una de sus rondas habituales.

El pago por mi trabajo fue ella y cada año procuro que desde mis conocidos hasta clientes contribuyan con el refugio.

—¡Ouch!

Escucho un quejido seguido de una retahíla de palabrotas. Rosaline está agachada recogiendo las frutas regadas en el suelo de la cocina mientras el cuenco donde estaban yace boca abajo, seguro es el culpable de la queja.

—Te cayó en el pie —limpio el suelo con una toalla húmeda.

—Si no llevara las pantuflas me habría quebrado un dedo.

—¿Qué hora es?

El reloj de la cocina marca que falta un cuarto para las siete de la mañana.

—¿Tienes turno en el restaurante?

Sacude la cabeza impulsándose con un pie para abrir la alacena, pero me adelanto extendiendo el brazo.

—Quiero ver que voy a preparar para mamá.

—Te dije que lo haría yo.

La llevo al comedor para que se siente. Estar nerviosa por la llegada de su mamá es normal, yo lo estaría si los abuelos hubiesen venido de improviso sin antes presentarles a Rosaline, pero la siento temerosa, aunque yo también lo estoy.

—Prepara el desayuno y yo la comida para tu mamá —propongo—. Iré donde los Hong

a comprar cosas, ya toca ir por mi caja.

—Lo olvide —se pasa las manos por el pelo y emite un gemido—. Ni siquiera me peine.

Pasa los dedos por este con nervios y vergüenza, mientras que para mí es fascinante verla al natural, aunque de eso ya tengo un recuerdo cuando le importaba un comino inflar los mofletes ante mi presencia.

—Bonita, no te preocupes todo estará bien —beso la punta de su nariz.

—Confío en ti —suspira.

Como a las nueve salgo a la tienda de conveniencia, hoy se habían lucido con la caja así que ya tengo una idea de que preparar. No soy tan bueno como Halil en la cocina, a él se le da natural y sin mayor esfuerzo, pero aprendí como sostenerme a mí mismo gracias a los consejos de la abuela y de tío Omer.

Al llegar a casa me pongo el delantal y no salgo de la cocina hasta tener todo listo. Rosaline entra un par de veces ofreciendo colaborar; con ayuda de Athena la hago salir del que ahora es mi sitio de trabajo.

Vegetales salteados, chuletas al horno adobadas en vino, especias y salsa de soya. También compré un postre en la pastelería de los Baglioni hecho de vainilla de Madagascar y melocotones en almíbar.

—¡Creo que me comeré eso antes que llegue mamá!

Rosaline grita desde la sala, la hago venir y que vea los platos ya puestos para servir en la mesa.

—Me daré un baño, no me presentaré ante tu mamá oliendo a condimentos.

Apoya las manos contra mi pecho, alza la mirada hacia mis ojos que la contemplan arrobado sin antes haberme percatado de lo que usa. Un vestido rosa viejo que le llega por debajo de la rodilla, y su cabello cada vez más largo, recogido en una coleta dejando su rostro al descubierto.

Los ojos le brillan y admiro que nada se compara a lo que veo, un azul infinito y despejado. Le beso los labios y ella rodea mi cuello. Sé que la señora Arnell puede llegar de un momento a otro, y que el besuqueo se nos puede ir de las manos, pero lo anhele tanto.

—Esto no es bueno...—mascullo arrastrado por lo que consigue de mí.

—Vete a... —se interrumpe cuando meto la mano por debajo del vestido.

El corazón se me desboca en un sinnúmero de latidos perennes que me incitan a casi querer quitarle la ropa, pero a tiempo Athena ladra y Romeo maúlla con el sonido del timbre.

—Debe ser... tu mamá —inhalo intentando recuperarme.

—Ve a bañarte, pero no demores.

Cruzo hasta mi cuarto y entre que escojo que ponerme y el baño debe de haber pasado media hora o un poco más. Los nervios me atacan con todo lo que pueden, incluso al afeitarse algo de mi barba para no estar tan deslustrado, casi me corto porque me temblaban las manos sosteniendo la rasuradora.

—Debí pedir consejo a Halil de cómo lidiar con esto sin morir a punto de llegar.

Mi primo tiene experiencia en eso de conocer a los padres de sus salidas de turno, aunque no fuese porque él lo quería.

Inspiro y salgo, Rosaline está con Romeo en los brazos, no hay pista de su mamá por ahí.

—Está en el balcón de mi cuarto, me dijo que cuando vio el edificio quería ver cómo es la vista desde ahí.

—Uff...

—No estés nervioso, Daisy Arnell es un pudín de dulzura y amor.

—Más vale que le hayas hablado bien de mí.

Escucho la voz de la mujer, algo en el tono me lleva a un punto de desconcierto, como si retrocediera no con mis pies sino en mis recuerdos a algo que no debo ver.

—Mamá, él es...

—No puede ser —dice la mujer llegando a mi para tomar mis manos y luego besarme en la mejilla.

Rosaline me mira sin saber la razón por la súbita reacción de su madre.

—Mamá...

—Es increíble, después de tanto tiempo por fin te encuentro.

Su voz y el rostro disparan en mi cabeza una serie de recuerdos rotos que se unen formando una pieza pavorosa; el rostro esquelético de mi madre en el hospital de Dublín, su mano resquebrajada tocando mi cara y llamándome hijo. Retrocedo más allá y veo la lluvia golpeando con dureza el cuerpo de una chica con el vestido ensangrentado

El rostro y pelo pegajoso de la sangre que brota de un lado de su cabeza me genera náuseas.

—Él es el chico que te recogió en la calle cuando Landon te hirió.

No podía unir a Rosaline con esa muchacha que nunca abandonó mis recuerdos y que junto a lo de mi madre convirtió esa noche en una de pesadillas y lágrimas que hasta hoy no he podido erradicar.

—Ella no... tiene que ser una pesadilla.

Baluceo sin mirar a ninguna de las dos. Aturdido por la más nefasta de las verdades y sin siquiera razonar en mis acciones, tomo las llaves del auto y abro la puerta, pero antes deirme doy un breve vistazo a Rosaline bañada en lágrimas y lo único que sale de mi boca es:

—No puedo.

Y salgo.

Capítulo 31

Rosaline

Estos cuatro años he estado luchando por borrar de mi memoria los recuerdos angustiosos. La noche que no podré erradicar y ahora Mikail forma parte de ese terrible suceso sin que yo lo supiera.

Aquel día tuve que hacer doble turno, llamé a Landon varias veces, pero nunca cogió la llamada. Tan pronto llegué a casa y me cambié de ropa, él llegó del trabajo. Decidí usar el vestido amarillo con lunares blancos que adquirí la última vez que fui de compras con mamá; era una ocasión especial, nuestro aniversario de ser novios, y quería lucir lo mejor posible.

Landon llevaba meses tratándome bien, según él me amaba y estaba haciendo su mejor esfuerzo para que nuestra relación sobreviviera a nuestras diferencias.

Eso pensé.

—¿Irás vestida así? —Hizo una inspección de arriba abajo, señalando mi atuendo.

—Es bonito, quería...

Me propinó una bofetada tan brutal que perdí el equilibrio. Sentí cómo se me torció el tobillo y por eso caí al suelo.

—¿Te atreves a contestar? —gritó enfadado—. Siempre quieres llamar la atención.

—No... Yo...

Me agarró del pelo para arrastrarme hasta la cocina, donde cogió un paño y lo empapó en agua del grifo. Luego lo apretó contra mi cara.

—Y también maquillada —dijo, restregando el paño en mi boca que ardía—. Me han dicho que estás flirteando con otros en el trabajo.

—No es cierto.

—Yo mismo he visto cómo sonríes a los idiotas que van ahí a comer.

Hundió el puño en mi estómago.

—¡Solo yo te soporto! —gritó él.

Llevaba traje y una corbata que le regalé en su cumpleaños; sin embargo, su aspecto era deplorable, cara roja y mirada desorbitada. Seguro que se metió drogas y alcohol con sus amigos.

—Tus amigos son basura —le grité.

Se enojó tanto que me agarró la cabeza y la estrelló contra el piso. Me hizo una herida porque sentí que algo chorreaba por detrás de mi oreja.

—Te voy a enseñar, a portarte bien.

Estrelló un vaso contra el piso, cogió un pedazo al mismo tiempo que me desgarró el

vestido.

—Con esto te acordarás de quién manda.

Landon deslizó el vidrio roto por mi pecho, desgarrando la piel y de paso el poco amor que aún me quedaba. El hombre que supuestamente amaba, resultó ser un asesino.

—Tengo que salvarme —me dije a mí misma entre gritos de auxilio.

El sonido de su teléfono lo distrajo y aproveché para golpearlo en los testículos, quitarme el zapato de tacón grueso y encajarlo en su cabeza.

Huí de allí lo más pronto que pude, o que el tobillo roto me lo permitió. No pude llamar a la puerta de los vecinos, yo misma me encargué de desmentir a quienes denunciaron a Landon por violento.

—¡Ven aquí! —gritó él.

Corrí sin rumbo, temerosa de que me alcanzara. El dolor me estaba debilitando, del ojo izquierdo veía borroso, el segundo golpe arruinó más mi vista.

Era mi fin.

—Si no voy más rápido, me va a alcanzar.

La desesperación me impulsó a intentar correr, pero con el pie malo no podía.

Dos luces brillantes de lo que parece ser un automóvil obstruían la calle, temía que haya llamado a alguno de sus amigos para perseguirme.

Al acercarme, percibí un olor a lluvia y calma, no era Landon quien exhalaba un hedor a muerte y horror.

Sin energía, me desvanecí y fui sostenida en el aire. Me alivió la presencia de alguien ajeno a mi mundo, y me refugié en el calor de su cuerpo. Una sensación de seguridad que hace mucho tiempo olvidé, me invadió y descansé.

No tuve consciencia de mí misma hasta semanas después de que me mantuvieran los apósitos en el pecho y la pierna. No podía ver nada con el ojo izquierdo, lo tenía tapado con un parche y encima otro vendaje; era una figura repleta de remiendos, como el ser creado por *Víctor Frankenstein*.

Mamá no dijo nada de lo que pasó, pero no tuvo que hacerlo para que yo recordara. Mi memoria fue regresando como la marea cuando aumenta y el último movimiento es el peor porque es cuando todo lo que se llevó el mar sale a la superficie.

El día en que pude tener un poco más de consciencia hubiese sido mejor que me sedaran o que me aislaran en el área de infectados, aunque no entraba en ese cuadro clínico. Liza Cobb, la hermana de Landon, entró a mi habitación aun y cuando mi madre había prohibido el acceso de cualquier persona no autorizada. Estuvo deambulando por el hospital para castigarme, por lo que le sucedió a su hermano.

Jamás en la vida hubiera querido eso, no a alguien que quise a pesar de dejarme con un tobillo y costillas rotas, además de un ojo con una lesión permanente y cicatrices en el pecho que solo con cirugía plástica se borrarían.

Me enteré de lo que pasó de la peor forma, con Liza gritándome asesina en pleno hospital y dos guardias de seguridad arrastrándola por el pasillo. Mamá vino de la sala

de cuidados intensivos a cuidarme, por eso pidió que cuando me dieran salida, a ella le dieran vacaciones y nos fuimos a Cabo San Lucas a casa de unos amigos. Fue ahí que me dijo lo que pasó con él.

—Necesito saber —le insistí—. No quisiste hacerlo ese día, y con los gritos de su hermana restringiste más las visitas, ni Felicity pudo verme.

—Era necesario —dijo desgajando una naranja.

Nos sentamos en el pequeño muelle, descalzas, yo aún seguía con el ojo tapado esperando a que me hicieran una cirugía que arreglaría algo, pero no del todo.

—Los Cobb tienen muchas influencias, por eso nada se habló de cómo murió y no hay necesidad de que sepas algo más de lo que ya sabes.

—Si no me dices lo averiguaré por mí misma.

Una de esas fuentes era Kylian Connelly, hermano de Felicity y ex novio de Liza. Aunque terminaron en malos términos, según ella por culpa mía y de su hermana que lo puso en su contra.

—Esa chica tiene el mismo problema de Landon —dijo mamá—. Narcisistas.

—Sé lo que son, pero o me dices tú o...

—Intentó verte, por eso restringí el acceso a ti, además que la policía giró una orden de arresto para él con todo y que su padre movió influencias.

—¿Quiso verme? —la parte estúpida de mí se mantuvo aferrada a un tal vez.

—Tenía miedo de que te convenciera de ir con él y de perderte, cariño —explicó llorosa—. Hace dos meses, una mujer con tu misma situación llegó al hospital, pensábamos que no regresaría con su esposo, quien fue quien le propinó los golpes, pero lo hizo y a la semana recibimos la noticia de su asesinato.

Me estremezco, era plenamente consciente de cuán malvado era Landon y de que nunca iba a cambiar, sin embargo, mi voluntad fue anulada, el poder que tenía sobre mí era mayor que mi sentido común. Me enfurece cuando afirman que solo las mujeres débiles se involucran con un maltratador; no es en absoluto cierto, yo era una chica activa y fuerte, no me dejaba intimidar por nadie hasta que ese animal atacó.

—Mamá...

—El accidente fue por conducir ebrio y drogado.

Mi estómago se contrajo, pero lo peor aún estaba por venir.

—Fue tan aparatoso que todos murieron —explica ella—. Iba con dos amigos más.

Lo que ella no quiso revelar y yo supe después al obtener acceso a internet, fue que murieron de forma violenta. Uno salió expulsado del auto y quedó hecho pedazos, los otros dos carbonizados. Landon fue uno de ellos.

Antes de lo que Liza mencionó, no me veía como culpable, los dolores y vendajes me mostraban que no era así, pero al ver todo lo que sucedió mientras yo estaba ausente del mundo, me produjo remordimientos. Aquellos que me acompañaron mientras estuve en casa de mi madre, y oía susurros dondequiera que fuera.

No era sorprenderse que las personas próximas a los Cobb se encargaran de castigarme por eso, aunque los padres de Landon quisieron ayudarme, pero mi madre

no los quería cerca de nosotras.

Presente

—Mi ángel misterioso.

Es tan confuso que sea Mikail el hombre del que no supe nada.

—Dale tiempo para asimilarlo.

Mamá quiere darme ánimos, pero han pasado dos horas desde que él salió del apartamento. La comida que preparó se enfriaba, yo no tenía apetito y mamá esta más pendiente de mí que de comer, teme que tenga una recaída.

—De haber sabido —susurra.

—Por eso es por lo que no quería esto —digo.

Me voy a mi habitación por un libro que guardo en una de mis maletas. Dentro de una de sus páginas hay un papel arrugado y manchado con tinta, todo lo que está escrito ahí era de puño y letra de Landon, sus últimas palabras hacia mí.

Perdóname.

Leí que decía en el segundo párrafo después de justificar sus golpes e insultos, así era él, se argumentaba y luego pedía perdón, pero jamás vi arrepentimiento en sus ojos, era demasiado orgulloso de sí mismo como para hacerlo. Quería alguien empática, que al doblar su voluntad del todo aguantara sus frustraciones.

Te amo, nena.

Odiaba que me llamara así, lo opuesto a Mikail que me llama Rosaline o bonita. Sus palabras me producen escalofríos y un cosquilleo en el estómago. Todo es encantador con él y duele saber que el conocimiento de mi identidad lo aleje de mí.

Marco a su número, no me contesta la primera vez. Llamo de nuevo y se cierra la llamada. Lo intentaré una última vez y entonces decidiré qué hacer, no puedo estar investigando para ver dónde está.

Llamo y esta vez obtengo respuesta, pero la voz que escucho es tan desalentadora que me siento peor.

—Lamento ser portadora de malas noticias, Mikail está conmigo.

Cierran la llamada. Se trataba de Kelly Marren y no comprendo cómo es que tiene su teléfono. Pensaría que lo cogió si él visitó la oficina de su agente, sin embargo, ella ya no trabaja ahí.

Me produce desconfianza, no quiero creer en algo estúpido, aunque las señales me indiquen lo contrario.

¿La buscó para descargar su molestia en ella?

—¿Hablaste con él? —pregunta mamá.

Cojo la mochila y meto lo esencial para unos días lejos de todos. No debí

involucrarme con el sobrino de mi jefe, ahora tendré que reconsiderar mis planes a futuro, como un nuevo trabajo.

—Ros —dice mamá—. Deja de evitarlo, aclara las cosas con él.

—Escogió ir con su ex.

Entro al baño, tengo los ojos llorosos, pero no me permitiré llorar. Estoy harta.

—Lo llamé y esa mujer contestó —digo—. ¿Qué voy a pensar?

—Que algo debió de suceder para que ella lo cogiera —dice con ánimo de convencerme de ello—. En la vida he aprendido que pueden pasar cosas muy raras.

—Es posible que sea así —manifiesto—, pero no impide que se haya marchado por lo que supo.

Incluyo el bolso con lo esencial, en la mochila no cabe el grande.

—Esta vez no te dejaré ir, cariño.

—No iré a ninguna parte, mamá —digo—, al menos no a un lugar donde tú no estés.

—¿Qué?

—Hui de casa por miedo y vergüenza, pero ya no más —repongo—. Volveré contigo a casa, necesito hacerlo.

—¿Estás segura?

Tengo miedo, mucho, no obstante, necesito volver a mi pasado para poder salir del túnel oscuro en el que he vivido por cuatro años. Estoy en la mitad, y vi a Mikail como la persona que podía ayudarme a salir del último trayecto.

Debo ser yo misma quien lo haga.

—Sí, estoy segura —repongo.

Agarro la mochila, de camino a la puerta veo a Romeo. No puedo llevarlo, la alergia de la abuela no me deja.

—Prometo que volveré por ti —froto su cabecita con mi frente.

La mirada de los dos animales me estruja el alma, pero si quiero sobrevivir debo visitar un lugar al que debí de ir hace mucho.

Capítulo 32

Mikhail

Hace cuatro años...

Me cuelgo la mochila y camino por las calles medio vacías por el frío intenso, el invierno no es ni por asomo mi época favorita del año y pasar tiempo en esta ciudad lo es menos.

Voy a el bar donde quedé de encontrarme con un grupo de amigos; algunos fotógrafos, otros son viajeros por el puro gusto de ir de trotamundos. Estamos de paso y, por casualidad, coincidimos en el mismo seminario patrocinado por una revista de conservación de la fauna.

Tengo un par de fotografías publicadas en medios reconocidos de la industria turística, así que comienzo a hacerme de un nombre. Puedo ser exigente y quisquilloso con cada fotografía, el nuevo chico de la fotografía de viajes, algunos hasta me dicen “chico malo”, pero de eso no tengo nada.

La charla fue bastante amena e informativa, la comida y la bebida estuvieron bien para el tipo que servían. Nada memorable, pero aceptable.

Cansado y con ganas de echarme a dormir me despido, subo al auto que alquilé para irme directo al hotel. Siempre que visito esta ciudad, me encuentro con lluvias; esta mañana, el frío apenas me permitió hacer fotos desde un puente para retratar el ferry y, de paso, hice unas cuantas de las gaviotas que revoloteaban por el muelle. También hice algunas de la catedral de más antigüedad; después anduve deambulando, grabando mi recorrido como si fuese reportero gráfico.

Me encuentro con tráfico en la vía que lleva directo al hotel; hago un desvío hacia otra calle que según el GPS me llevará a mi destino sin más problema que unas cuantas señales de alto y un túnel.

Recibo un mensaje al teléfono y me detengo en una calle desierta. Lo de manejar y hablar al mismo tiempo es complicado, además que si me encuentro con un policía en el camino me retrasaré demasiado.

Quien me llama es Benson, un agente que trabaja con varios fotógrafos y yo soy el recién llegado, aunque tengo tiempo de conocerlo. Me informa que una revista quiere la fotografía del viaje a Camboya que hice hace una semana; le digo que envíen a mi correo la información sobre el artículo por el cual la usaran y los requerimientos de su manejo.

Al colgar, recibo otra llamada, pero esta era de alguien con quien no esperaba hablar tan pronto.

—Lili, ¿cómo estás?

—Hola.

Recuerdo que la última vez que conversamos, nos sentamos en una colina para admirar el atardecer, algo que hacíamos cuando éramos novios e íbamos a montar a caballo. Aquella vez fue diferente porque, llegado a un punto, comenzó a llorar. Entre sollozos, confesó que se había enamorado de otra persona y que le dolía hacerme daño. Le respondí que era el único responsable de nuestra ruptura y que lo justo es que siguiera con su vida.

—No sabía a quién llamar —manifestó con voz temblorosa.

—¿Qué pasa? —pregunté con miedo de que le hubiese pasado algo.

—Adam me ha propuesto matrimonio y acepté —dijo—. Antes de ser mi novio, eras mi mejor amigo y...

—Me alegra que seas feliz con quien amas.

—Espero que tú también lo seas.

Lili fue mi primer amor, era difícil saber que se casaría con Adam, aunque es el mejor hombre con quien podría unir su vida. Tanto ella como yo habíamos dejado atrás un amor adolescente que no superó la distancia y mucho menos el paso del tiempo.

Al poner en marcha el vehículo, distingo algo que se mueve bajo la lluvia torrencial. El temporal apenas me deja ver lo que parece ser un vestido, cuya falda es arremetida con violencia por el viento.

Salgo del vehículo después de encender las luces delanteras.

—Es una mujer.

Algo en mi instinto me dice que no es peligroso acercarme, pero si para ella no ayudarla. A medida que me aproximo, distingo lo que parece ser una enorme mancha roja en el área del pecho y el vacilar de su cuerpo al verme.

—Señorita...

Se me ponen los pelos de punta, tiene la cara cubierta de sangre. También cojea, lo que indica que debe de tener la pierna rota.

—Él... —La chica se desmaya, y yo la cojo en brazos.

No hay tiempo para ver si lleva alguna identificación, tengo que actuar si no la chica morirá desangrada, sin contar los golpes que deben de haberle ocasionado daños internos.

Corro hasta el auto y la pongo con cuidado en el asiento trasero, apenas si pesa algo cuando la tome en brazos. Desconozco si hay algún hospital cerca, por eso recurro a mi móvil para ver si hay uno en los alrededores y que no me tome mucho tiempo llegar.

Hay uno a diez minutos de aquí y lo programo en el GPS para que me indique como llegar. Me toma menos tiempo del que pensé, no espero a que vengan con una camilla.

—¡Ayuda! —Grito en plena entrada con ella en mis brazos.

Un par de enfermeros corren hacia mí con una camilla, el guardia de seguridad me detiene antes que pueda ir con ellos.

—Hay que hacer un reporte.

No sé si quiere darse ínfulas por tener un arma en el cinto, pero a la mierda con eso.

—¡Necesitan saber cómo la encontré! —exclamo azaroso.

—MI NIÑA.

Me echo hacia atrás con temor de que la mujer que viene hacia mí y que es enfermera crea que fui yo quien le hizo daño a la chica.

—Yo...

—¿Dónde la encontró? Lo vio, ¿al desgraciado que le hizo esto?

—Yo... tan solo la encontré, no recuerdo en que calle —digo con un nudo en el estómago—. Caminaba perdida, está malherida.

—Ese hombre le hizo esto —dice la enfermera llorando—. Es mi hija.

Eso me descoloca, que precisamente traje a la muchacha al hospital donde trabaja su madre.

—Daisy —dice un doctor aproximándose a ella—. Necesito que te tranquilices, así no puedes ayudarnos.

Entonces se dirige a mí.

—Permanezca aquí, hay que reportar a la policía para que se pueda hacer la respectiva denuncia.

—Oiga, yo solo la encontré.

—Lo sé, es un procedimiento de rutina cuando sucede algo así —hace señas al guardia—. La joven es hija de nuestra jefa de enfermeras, con más razón hay que hallar al responsable de esto.

La mujer me toma las manos y las besa, me resulta incómodo su gesto.

—Salvó a mi hija, esto lo hizo su novio, estoy segura. Hirió a mi bebé, no quería dejarla ir con él.

Declaré tanto como el sueño y el poco alcohol que tengo en la sangre me lo permitieron. Por boca del policía que me interrogó en el mismo hospital, me enteré de que la sangre que teñía el vestido de la chica en el área del pecho, son de heridas ocasionadas por un objeto punzo cortante, pero por la forma irregular dan la impresión de que fueron hechas por un vidrio mal cortado.

Me estremezco al pensar en las manchas de sangre que hay en mi camiseta. En mí surge el deseo de buscar al hombre que le hizo esto y darle una paliza.

Capítulo 33

Mikhail

El hilo del destino ha señalado mi camino desde mi nacimiento, en un hospital de una base naval en la costa del norte donde mi padre se encontraba asentado. Allí conocí a mi madre, que trabajaba como actriz en una obra de teatro local.

Los mejores recuerdos que tengo de esa época son cuando jugábamos fútbol en equipos formados por padres e hijos, unos de la división aérea y otra de la naval a la que pertenecía mi padre. Se trataba de partidos de aficionados que cobraban importancia cuando intervenía algún oficial de alto rango, o cuando querían figurar en algún reportaje de la prensa local.

Parecíamos la familia perfecta en el ejército, siempre invitados a todo y considerados ejemplares, pero era solo una fachada. Mis padres se peleaban por cualquier cosa, sobre todo Caroline Watson, mi madre, con sus reclamos constantes, llamando a mi padre egoísta por no dejarla presentarse en su teatro de amateur.

El día en que el mundo en el que había vivido durante nueve años se derrumbó, tuve que quedarme una hora más en el colegio, castigado por intentar saltarme una clase para escabullirme y ver una película. Recuerdo que la casa estaba sumida en un silencio opresivo, algo extraño porque Caroline ponía el televisor a todo volumen para que supiera que veía su telenovela favorita y que no debía molestarla.

No había comida en la mesa, y eso era raro porque ella me la suele dejar preparada para que no tenga que pedírsela. El silencio me oprimía, dejé la mochila en el suelo del recibidor y fui a su habitación; tampoco estaba ahí.

Al entrar al baño, el resultado fue el mismo. Fui a mi habitación y la encontré sentada en mi cama, con una fotografía en la mano y la mirada perdida en la imagen de mi padre y de mí, con nuestros respectivos uniformes deportivos.

—Tenemos que hablar —dijo en un tono serio.

No había ni una pizca de sufrimiento en su cara, más bien una mirada vacía e incierta por encontrarse en una situación que no quería y que ahora se veía obligada a enfrentar.

Me hizo un gesto para que me sentara, pero negué con la cabeza, no quería postergarlo más, lo que tuviera que decir que lo hiciera de una vez por todas.

—Tu padre... —carraspea apretando el retrato contra su pecho—, murió.

No me acuerdo de nada más de lo que dijo o hizo, solo la sensación de que mi cuerpo pesaba tanto que no podía correr lejos de ahí. Reaccioné cuando me encontré ante el ataúd sin la bandera que dio acogida a su familia y el gris de la caja me pareció horrible.

Di un grito ahogado que asustó a mi tío y llevo a mi abuela Leanne a cubrirme con el mismo abrigo que la tapaba a ella.

Mi padre falleció en una misión de reconocimiento a la que no tenía por qué asistir, pero se ofreció voluntariamente solo por enfadarse con mi madre. Aquella noche, antes de las 04:00 horas en las que tenía que irse, vino a mi habitación, me besó en la frente y dijo:

—Te prometo que cuando vuelva, iremos a visitar a los abuelos solos, tú y yo. Te amo pequeño.

No le dije nada para que no se preocupara, pero ahora me arrepiento de no haberle dicho cuánto lo quería y lo orgulloso que me sentía de él.

Al regresar a casa, me metí en mi habitación, pero dejé entreabierta la puerta para escuchar lo que conversarían mis abuelos, el tío Omer y Caroline Watson. En el funeral, lucía ansiosa porque todo terminara con rapidez.

—Sabes que es tu responsabilidad —manifestó mi abuelo Ihsan.

—Lo sé, sin embargo... —Escuché la voz quebrantada de mi madre, algo que nunca pensé que fuera a salir de sus labios, sin embargo, de inmediato rompió el globo de amor hacia ella que me supuso el pensar que lloraba a mi padre—. Quería irme, su hijo dijo que no recibiría ayuda suya... ¿Qué intentaba al obligarme a criar a un niño que nunca deseé?

Me tapé la boca para no llorar, eso era lo que me faltaba para romperme lo que no hice cuando supe de su muerte, ni cuando lo enterramos. El saber que solo fui deseado por el hombre que dejó este mundo sufriendo por él, pero sobre todo por mí, es algo doloroso.

—Le dije a su hijo que no sería una buena madre.

—¿Y todo este tiempo? ¿Qué fue todo eso?

—Soy buena actriz —dijo sin remordimiento.

Se casaron solo para que recibiera los beneficios de ser la esposa de un oficial con prospecto a subir de rango.

«Mala madre.» Gritaba en mi cabeza, quise salir y decirle que se fuera lejos, que bien podía dejarme huérfano.

—Si no lo quieres —dijo mi abuelo con tal severidad que me hizo temblar—, Nuestro nieto vendrá con nosotros, no se hable más.

Alguien da un portazo y escucho pasos, me movilizo con rapidez a mi cama y ahí me dejo caer, simulando que juego alguna cosa en el PSP.

—Mikail —dijo mi abuela con dulzura—, cariño...

Encendió la lámpara al lado de mi cama.

—Vamos a preparar tus cosas, pasarás un tiempo con...

—No me quiere, nunca me quiso —dije inamovible.

Ahí acabo todo lo referente a Caroline Watson, y me fui a vivir con mis abuelos. Fui feliz, pero no tanto si mi padre no hubiera muerto, si no se hubiese dejado provocar por los insultos y recriminaciones de la mujer que fue su esposa.

La noche en que me encontré con la chica malherida, también volvió el pasado a apretarme el cuello. Mi tío llamó casi a la medianoche, cuando me disponía a salir al hospital a saber de ella, tal vez no era la hora para eso, pero no podía dormir, no me podía sacar a la muchacha de la cabeza y necesitaba saber cómo estaba.

No hice más que tomar las llaves cuando mi móvil sonó y escuché la voz del tío Omer pidiéndome ir con él a ver a mi madre que se encontraba grave en un hospital. Que había comprado los boletos, que el vuelo a Dublín saldría en un par de horas.

—No puedo... Tengo cosas que hacer.

—Si no vas te arrepentirás.

—Esa mujer...

—Es tu madre, haya sido lo que haya sido —dijo en el tono más severo que pudo utilizar conmigo.

Eso tenían los Durall, la capacidad de hacer que obedeciéramos con solo abrir la boca, y estoy seguro de que el abuelo hubiese hecho lo mismo.

—Estaré ahí en media hora.

Al menos no cargaba mucho equipaje, así que me tomaría poco tiempo recoger mis cosas. Lamentaba el no poder saber de la chica que era lo que yo más deseaba en este momento, pero lo de mi madre de seguro me atormentara mucho más.

Tan pronto llegamos a destino, el tío y yo tomamos un taxi hasta el hospital. Era uno público y la cantidad de gente en los pasillos y las salas era absurda.

—¿Cómo es que está aquí y no en uno privado? —Pregunté— ¿No se supone que recibe el seguro que era de mi padre además de...?

—Renunció a este cuando te fuiste.

Al detenerme, una anciana chocó con mi espalda.

—¡No obstruya el pasillo!

—Disculpe —dije atónito de lo dicho por el tío—. Pero si escuché cuando ella les decía a los abuelos que solo le interesaba la pensión —lo interpelo.

—No es momento para hablar de esto, Mikail.

Se desvió hacia un pasillo que está más despejado que todos los demás, en una puerta dice Oncología. Me parizo en plena entrada, no imagino a aquella mujer orgullosa de su aspecto, en una de esas camas y con tubos conectados a su cuerpo.

Es exactamente lo que veo cuando llegamos a su cama, separada del resto por mamparas de plástico. Un pañuelo rosa le cubre la cabeza, está tapada hasta el cuello por la sabana, su rostro luce pálido, casi del color de las paredes que nos rodean.

Sus mejillas están chupadas y la nariz apenas es una línea demasiado delgada para que respire bien. Mis abuelos decían que tengo su nariz, recta y presuntuosa, pero que en un Durall denota un porte único.

Mi tío se acerca y le toma la mano, los labios de Caroline Watson se ensanchan ligeramente como si tratara de sonreírle. Apenas si los mueve, sé que dice algo sobre mí porque de inmediato el tío me mira y hace un gesto para que me acerque.

Nunca quise imaginar este momento en que la volviese a ver, antes solo pensaba en

todo lo que le diría, en como la despreciaba por no amarme ni un poco, y no, no es que estuviese obligada a hacerlo, a quererme como una madre debe hacerlo con su hijo, pero es precisamente lo que un hijo esperaría... Amor.

—Mikail... —extiende su mano, apenas es huesos con algo de piel.

Siento náuseas, más por el olor a antiséptico e inyecciones que a la imagen de ella, como algo que se puede romper de un momento a otro. No sé por qué, pero pienso en la chica que recogí en la calle, perdida y golpeada, en su fragilidad y en lo mucho que quise partirla la cara a quien le hizo eso. Ahora siento lo mismo, deseos de patear a lo que sea que está consumiendo a la mujer en la cama, que me obligue a mí mismo odiar, pero nunca pude.

Es mi madre, y muy a pesar de su rechazo, de entregarme a mis abuelos y olvidarse de mí, la quiero en lo muy profundo.

—No hables —le dije.

—Te pido perdón, por no estar contigo cuando más me necesitabas. —inspira, ya no tiene ni fuerzas para respirar.

—Por favor...

—Es importante que lo haga —Mi tío coloca su mano sobre mi hombro.

—Quería verte una última vez, tocar tu rostro y pedirte perdón —levanta la mano con mucho esfuerzo y la posa en mi mejilla—, estoy orgullosa de ti.

Las lágrimas saltan de sus ojos, ella inspira una vez más.

—Eres hermoso, mi niño, más de lo que pensé que serías —dijo llorosa—. Bendigo a la mujer que ames y te dé hijos parecidos a ti. No los podré conocer, pero con el último aliento mi deseo es que tanto ella como tú sean felices, que logren lo que tu padre y yo no pudimos.

—Ya no más —estaba al borde de romper a llorar.

—Ama tanto como puedas y sé feliz... te amo.

Ahí mismo expulso su último aliento, lo que le quedaba de vida.

El doctor le dijo a mi tío que estuvo agonizando por tres días, como si esperara la visita de alguien para entregar su vida al creador. Que llamaba a Ozan, mi padre, y a mí, y que extendía los brazos como si tratara de alcanzar algo.

Una de las mujeres del lugar donde vivía, reviso en sus cosas y encontró el teléfono de mi tío, de ahí fue que lo llamaron. Ni idea tenía de nuestra llegada, o tal vez el deseo de su corazón era tan grande que Dios nos trajo hasta aquí a despedirnos de ella.

Estoy tan confundido que no sabía qué sentir o pensar. Me había dicho que me amaba cuando nunca lo había hecho.

—Esto es para ti —dijo mi tío extendiéndome un sobre café.

Frunzo el ceño y él se sienta a mi lado.

—Es de Caroline, tu madre lo escribió cuando aún tenía fuerzas para hacerlo —explica frotándose la frente—. Se la confió a una de las enfermeras que la atendía.

Señala a una mujer de mediana edad, que lloraba, recostaba a una pared mientras otra sujetaba sus manos y también lloraba.

—Supongo que era muy querida por ellas.

No podía decir lo mismo de mí.

—Léela, Mikail, es bueno que lo hagas.

Tiempo presente...

En cuatro años no he podido abrir la carta porque siento que traicionaré el recuerdo de mi padre si leo algo de lo que Caroline dejó para mí. Una explicación tardía de lo que pasó la noche que él decidió irse a esa misión, que fue una sentencia de muerte, o que ella dijera que Ozan no era el hombre perfecto que siempre pensé.

—Eh...

Romeo se acuesta en mi regazo y Athena mueve la cola. Extraño tanto a Rosaline, la amo demasiado, tanto que me duele el cuerpo por no tenerla aquí y poder abrazarla, estrecharla con fuerza como quise hacer esa noche que la encontré.

Fue el destino que me llevo a ella, y sin saberlo la metí en mi vida.

Quiero ir por ella y decirle que no debe sentir vergüenza de mí por verla en ese estado, pero sé que debo darle tiempo. Miro la carta y por fin la abro con duda

Mi niño hermoso:

He ingresado en un hospital, el doctor me ha dicho que me quedan pocos meses de vida, así que hoy te escribo por última vez.

Pensé mucho en cómo comenzar esta carta. Escribía y rompía el papel una y otra vez porque nada parecía acercarse a lo que siento en mi corazón.

No tengo intención de justificarme, ni de explicar las palabras dolorosas que dije cuando te fuiste con tus abuelos. Lo quería así, que te fueras y me olvidaras. No podía estar a tu lado después de lo que te hice a ti y a tu padre.

Amaba a Ozan, pero su vida en la milicia no era lo que yo quería y me sentía frustrada y con miedo. Era muy joven para ser madre y esposa, no era capaz y se lo hice saber, pero confiaba en que su amor compensaría esto.

Nos concedimos una segunda oportunidad y fue en esa cuando me quedé embarazada nuevamente. Yo tenía la esperanza de cómo serían las cosas con un nuevo amor en la familia, pero la frustración de tu padre por algo que ocurrió en su trabajo nos llevó a tener una encendida discusión. Enfadado, fue a tomar unas copas a un bar fuera de la base y no regresó hasta el día siguiente. Para mí, fue demasiado tarde. Como no estabas en casa, nunca te enteraste de que tuve que ir a una clínica por una hemorragia. El aborto fue espontáneo y, debido a las circunstancias, tuve que someterme a un legrado. Esto me impidió tener otro hijo.

La noche en que tu padre se fue a la misión, no pude contenerme más y le dije la

verdad. Herido por ocultar esto durante meses y comprender que fue después de discutir conmigo, tomó la decisión de ofrecerse de voluntario, furioso consigo mismo.

No me quedé contigo porque me dolía que tú también lo hubieras perdido. Podemos ser nuestros propios verdugos; así ocurrió con tu padre y conmigo.

Supe de ti por lo que me contaban tus abuelos y tu tío. Te pido que por favor que no les reproches el no revelarte esto, ya que les pedí que no te lo dijeran, a pesar de que siempre insistía en que nos reuniéramos.

Leanne me enviaba fotos tuyas, tenía cientos por cada año que no te he tenido conmigo. Te vi crecer desde lejos, de bebé eras lo más hermoso que pude sostener en mis brazos, con tus pequeños ojos verdes como los de mi padre, tu abuelo. Ahora que eres adulto eres tan guapo como lo era tu padre. Me enamoró desde el primer momento que lo vi.

Me despido con la esperanza de que seas tan feliz como nosotros lo fuimos alguna vez. Sé que nunca repetirás nuestros errores porque lo sé.

Ama tanto como puedas, no lo olvides.

Tu madre, Caroline.

Me derrumbo en el piso y lloro como no había hecho desde hace mucho tiempo, supongo que desde que mi padre murió o desde que vi a mi madre partir de este mundo. No sé cómo asimilar esto sin que me destroce cada palabra escrita por ella.

Romeo se acurruca contra mi pecho y maúlla. No puedo seguir anclado en el pasado si quiero avanzar, y decido dar un paso decisivo en mi vida.

Capítulo 34

Rosaline

Sonríó mientras escucho a mamá y a la abuela discutir cómo hornear el pavo, sin o con relleno, bañado en mantequilla o untado. Ocurre siempre que llega el Día de Acción de Gracias, nana Arnell saca su viejo cuaderno de cocina y mamá argumenta que son tiempos diferentes.

En estos años, nada ha cambiado en ellas, siguen igual de temperamentales y obstinadas; soy yo la que he cambiado, la que dejo el nido materno con tal de alejarme de todo lo que me hizo daño. De aquellos que me señalaban como la víctima de abuso, pero al mismo tiempo me culpaban de la muerte de un joven con un futuro prometedor.

Cuando llegamos del viaje en tren ya era de noche, la abuela seguía despierta, la emoción de verme se reflejaba en sus mejillas rosadas y la expresión afable que hizo cuando entré. Se quedó quieta, pero deseosa de venir a abrazarme.

Fui yo la que se abrazó a ella, lloré tanto que me iba quedando dormida con la cabeza recostada en su regazo mientras acariciaba mi pelo. La escuché decir de como extrañaba el trenzarlo, lo bonito que lo tenía de niña; no mencionó en ningún momento el periodo de terror y que en el hospital les dijeron que el cabello en el hueco que me dejó Landon, al arrancarlo, crecería. Ya no siento pavor de eso ni de lo otro.

«¿Y por qué estás aquí?»

Me formulé esa pregunta todo el camino, con la ansiedad a flor de piel de pisar de nuevo la casa de mi madre. Pensaba en el cuerpo de Mikail dándome el calor que es como una medicina para mí; en sus brazos envolviendo mi cuerpo y en sus labios en los míos el día que estuvimos en su cabaña, pero su mirada de desconcierto y miedo cuando mamá lo reconoció como el hombre que me llevó al hospital, me causó pánico y me vine con ella.

Huí otra vez dejando atrás otra vida, y ahora ni siquiera sé si quiero una cuarta porque eso significa olvidarme de él. Siento derrumbarme con solo reflexionarlo, de no sentirlo, con este amor que no sé cómo nació en mí y que me punza el alma.

—Estoy enamorada —susurro con un nudo en la garganta, veo que la puerta se abre y mamá se asoma trayendo mi desayuno.

—Buenos días.

—No debiste molestarte —dejo la cama para quitarle la bandeja y ponerla sobre la mesa de noche.

—No es molestia, cariño.

Nos sentamos juntas, sobre mi cama que tiene un juego de sábanas y edredón

diferentes de cuando me fui. Hasta las paredes son de otro color, incluso el mobiliario es distinto, no está el escritorio, ni la lámpara con pantalla de flores. Mamá se deshizo de todo lo que pueda recordarme el pasado del que he estado huyendo.

—He esperado mucho por tu regreso —dice besando mi mejilla—, pero en verdad lamento que estés aquí y no donde te veías feliz.

—Mamá...

—A ese muchacho lo enviaron dos veces a tu vida para mostrarte que el amor verdadero existe —expresa conmovida y me contagia a mí—. Tenemos que hablar de ese día.

—Sí —acepto que es hora de poner el punto final—. Me fui de casa porque no soportaba las miradas y cuchicheos de la gente, de víctima pasé a ser el victimario.

—Esto no solo fue por Landon, también fue por tu padre y en ese caso soy tan culpable como él.

Sacudo la cabeza, ella es la menos responsable de las infidelidades de Armando Cruz y de su abandono, de que mi segundo terapeuta llegara a la conclusión que mi apego con Landon fue debido a que necesitaba del afecto paternal y protección que me hizo falta en todos esos años antes de mi exnovio.

—Si lo soy —dice insistente—. Armando fue siempre así y nunca le puse las pautas porque mi necesidad por él rebasaba mi sentido común. Si te quedaste con ese monstruo, a pesar de todo lo que hizo, fue por lo que viste de mí.

—Fue por mí, por nadie más —acepto sin más verdad que esa—. Pude haberlo dejado, pero no quise porque mi fe en él me volvió estúpida. Sus promesas taparon los insultos y malos tratos, eso hasta que reventó de la peor forma.

Me restriego el ojo izquierdo, las huellas de lo que me hizo seguirán ahí con mi visión borrosa y las cicatrices en mi pecho. Dejé que me marcara física y emocionalmente, le di la razón a su hermana cuando hui de aquí y hoy regreso con un propósito en mente.

—No tiene caso el buscar culpables o el por qué sucedieron las cosas —Dice mientras limpia las lágrimas de sus ojos—. El hecho es que me agrada que estés aquí, pero no a costas de que estés separada de Mikail. Te quiere, ha sido cosa del destino que ustedes se volvieran a ver y en circunstancias diferentes.

Si es lo que es, que haya sido precisamente él, mi ángel misterioso, que me salvó de que Landon me arrastrara de regreso al apartamento, y que me llevó al hospital donde trabaja mamá. Lo malo es que me vio salir de la pesadilla en la que mi vida se convirtió, cubierta de golpes y sangre.

El día que estuvimos en la cabaña recordó aquello, no sé por qué, y en su rostro se reflejó el asco que sintió con lo que vio de mí. Esa imagen, junto con la mirada llena de miedo al reconocermelo como aquella chica fue demasiado, no soportaré una explicación suya de por qué lo nuestro no puede seguir.

—Tengo que hacer algo —voy al armario a ver si hay algo que pueda usar para ir donde debo.

—En la gaveta de arriba hay un par de camisetas y un vaquero que puedes utilizar, tu

cuerpo no ha cambiado mucho.

—Gracias, mamá.

—¿A dónde irás? —Pregunta y le hago un gesto con la mirada hacia un espacio vacío sobre la mesa de noche que ella sabe bien que había ahí antes—. Entiendo y te apoyo en lo que decidas hacer.

Sobre la mesilla de noche había un portarretrato con una foto de Landon y de mí abrazados bajo la nieve.

Algo dije cuando veníamos de camino acá, que debía hacer desde hace mucho, pero antes debo de sacar lo que llevo dentro e incinerarlo por completo de mi vida. Ya lo había hecho, sin embargo, falta ese pequeño extracto del final que es la parte más dura en todo este proceso.

El concreto gris me raspa los dedos húmedos por el agua que acabo de verter sobre la lápida. Nunca vine aquí primero por miedo, luego por la rabia de no haberle dicho todas y cada una de las cosas por las que sentí tanto dolor.

Landon Cobb... mi amado hermano.

La frase inscrita en el concreto es de Liza, solo ella expresaría el sufrimiento por la pérdida donde yacen los restos de su hermano. Siempre lo defendió y tapó sus culpas.

—Te preguntarás que hago aquí después de cuatro años —me siento en el césped—. Hay una vocecita que me ruega huir de ti y todos tus recuerdos, en este momento lo hace, pero debo hacer esto más por mí que por ti.

Pongo un ramito de lavanda sobre la lápida, también están inscritos el año en que nació y en el que su vida terminó.

«Un accidente nos lo arrebató, sin embargo, fuiste tú la que lo llevaste a eso, Rosaline».

Eso me dijo su hermana cuando yo aún estaba en el hospital, fue a escupirme una culpa que no merecía y de la que me hizo parte hasta el punto de arrebatarme el último resquicio de vida que tuve aquí. No debí de hacerle caso, pero si no lo hubiera hecho, no habría conocido a Mikail.

—Te perdono, Landon Cobb —digo al fin, sintiéndome liberada de lo que me oprimió por tantos años, que me mantuvo prisionera de un fantasma.

Ahora lo reconozco, Landon nunca se alejó de mi porque lo llevé conmigo en el dolor de lo que me hizo. En la vergüenza de ser una víctima de abuso que llegó al punto de no dejar que nadie la tocara, ni siquiera su propia madre ni su abuela.

—Por fin puedo decirte adiós, a ti y lo que viví contigo —me pongo de pie—. Hasta aquí llegó todo lo que alguna vez fuimos.

Mientras caminaba hacia el portón de salida, pensaba en lo difícil que me resultó venir. Confrontarme con el destino final de una persona a la que amé de verdad, pero logré atravesar el resto del túnel y salir.

Me parece que hoy el cielo es más azul que otros días, hasta la temperatura es agradable, por lo que me abro el cárdigan. Llevo una camiseta de tirantes con un escote que deja entrever algunas de las cicatrices de mi pecho, pero ya no siento temor, no me asusta que las personas me vean.

Me paro ante una escultura de un ángel, una de sus alas se extiende por detrás de su espalda, la otra esta recogida alrededor de una figura humana que protege contra su pecho. A sus pies hay unos preciosos botones de oro y, detrás, un majestuoso ciprés señala hacia el cielo. No puedo evitar llorar por el amor que siento por el ángel que me salvó de morir.

—Te extraño... Mikail.

—Y yo a ti, bonita.

El anhelo por su presencia es tan intenso que no puedo dejar de imaginar su voz, suave y cálida, porque es lo que más deseo en este momento.

—Estoy pensando en cosas irreales —digo limpiando mis lágrimas.

—Soy muy real —dice, con miedo me giro.

Saco de color café, jersey negro y pantalón de igual color. Su cabello negro peinado hacia atrás y la barba de siempre. Mis piernas se han vuelto de gelatina.

—¿Qué... que haces aquí? —balbuceo.

—Deseaba verte.

Me descoloca su respuesta, pero, de alguna manera, me llena de una felicidad tan intensa que soy presa de pensamientos fuertes. Tomo mi mano derecha y froto el meñique como una forma de calmar la agitación que siento.

—Le pregunté a Sienna por la dirección de tu madre y luego que llegué ahí me dijo dónde encontrarte.

—¿Por qué? —lo cuestiono—. Te veías desconcertado al saber que era yo la muchacha que llevaste al hospital, rota y ensangrentada, eso te produjo asco.

—No —sostiene dando un paso hacia mí, pero frena en seco—. Jamás sentiría asco. Me perturbó pensar que era tu rostro el que se ocultaba en mis recuerdos y aunque te tenía tan cerca no lo supe.

Guardamos en lo más profundo de nuestro cerebro los recuerdos dolorosos, como el caso de Mikail, que tengo frente a mí, con cuatro dedos de separación y un montón de cosas por decir, pero que no me atrevo a soltar.

—Esa noche sucedió otra cosa además de lo tuyo —expresa triste—. Tío Omer me llamó porque mi mamá agonizaba en un hospital y quería verme, uní lo tuyo con el dolor de verla de nuevo. Enterarme de que la chica de aquella noche eras tú, me abrumó demasiado, por eso reaccioné así y me fui.

—¿Y Kelly? Me dijo que estabas con ella.

—Fui a pedir consejo a Benson, ella se encontraba ahí para reclamar su cheque de liquidación —explica—. Fui un estúpido al dejar el teléfono en la recepción, no vi tu llamada hasta anoche.

Puedo considerar la idea de que se asustó de quién soy realmente, pero que estuviera

con aquella mujer no.

Meneo la cabeza.

—Eres todo lo que quiero en mi vida, Rosaline.

Se inclina y doy un respingo cuando tengo su boca pegada a mi cuello, no lo besa tan solo se dedica a rozar su nariz en mi piel. Estoy absorta, inundada por su aroma y por cómo me hace sentir su gesto.

—Adoro cada cosa de ti.

Presiona sus labios en la base de mi cuello y luego va a las cicatrices que roza con su boca con ternura, pero también pasión. El corazón me late con fuerza, lo noto en mis oídos, acelerado y excitado, no obstante, no he aceptado lo que él me propone.

—Para —le empujo en el hombro.

—Lo lamento —responde—, pero es que llevo dos noches sin dormir y es por ti.

—¿Quieres culparme de tu insomnio?

Engancha sus manos en mis caderas y me atrae hacia él.

—Por favor, vuelve conmigo. Romeo y Athena te extrañan.

—¿Y tú?

—No me ves como estoy —me dice al oído—. Estoy peor que ellos dos, parecía un zombi dando vueltas sin sentido.

Sus ojos parecen tan cansados como los míos hoy, cuando me miré al espejo.

—Desde que apareciste en mi vida todo cambió, Rosaline. Te amo y deseo besarte cada día de mi vida.

—Y yo —digo rodeándole el cuello con los brazos—. Estoy igual, lo acepto como la verdad más importante de mi vida.

Se inclina para besarme, pero ladeo la cabeza.

—Vine a despedirme de mi pasado —confieso.

—Yo hice lo mismo que tú.

—¿Qué?

—Perdoné a mi madre después de veintidós años de resentimiento y abandono —confiesa—. Leí su carta.

—Eso está bien.

—Y eso me hizo sincerarme todavía más conmigo mismo —repite—. De que quiero muchas cosas en la vida, pero la más fundamental eres tú.

Me besa en la frente apretándome contra sí, sus ojos, entre ámbar y verdes, me miran enamorados al igual que lo estoy yo de él. Si quiero volver a su casa, al hogar en que me dio refugio y donde abrí mi corazón cuál flor que florece en primavera.

—¿Has comido pavo?

—Alguna vez.

—Pues prepárate, nos espera la especialidad de nana Arnell. Comerás tanto que quizás tengas que aflojarte el cinturón.

—Y yo que quiero ir al apartamento hoy mismo.

—Bueno —entrelazó su mano con la mía—, lo haremos pronto.

Capítulo 35

Mikhail

Rosaline y yo volvimos al apartamento dos días después de cenar con su madre y su abuela. Ese día comí tanto que casi no dejé espacio en mi estómago para el almuerzo del día siguiente. No había disfrutado tanto de otra comida como la de mi familia, pero el pavo relleno y el pastel de calabaza me dejaron tan satisfecho que pedí otra ronda.

Como era un viaje largo, decidimos ir por Athena y Romeo al día siguiente, hasta pensamos en dar un paseo con ellos, pero comenzó a hacer frío y una ronda de estornudos me dejó la nariz tapada y me eché a dormir.

En medio de la noche, no sé de qué día, me encontré con la cabeza metida en el excusado, vomitando la hamburguesa vegetariana que pedí a domicilio.

—Tienes fiebre —dice Rosaline palpando mi frente—. ¿Dónde está el termómetro?

—En una cajita dentro del botiquín —me da vueltas la cabeza de lo débil que estoy—. El segundo nivel, junto al paracetamol.

Me encuentro indispuerto, pero no tanto como para no fijarme en el pijama que lleva, pantalón rojo con gatos regordetes subiendo por sus piernas, y la camiseta de tiras tiene un enorme gato naranja. Podría apostar que ella misma lo diseñó.

Tengo ganas de reír, pero me duele la quijada.

Regresa y mete el termómetro en mi boca. La veo mirar el reloj del móvil y volver a tocar mi frente; si no estuviera tan débil, la besaría.

—Treinta y nueve —dice con gesto preocupado—. Voy a preguntarle a mamá.

—No lo hagas, debe estar dormida —digo casi moribundo.

No suelo enfermarme, y mucho menos de gripe, pero esta vez parece que además tengo la peste, que me está dejando sin energía. Si continúo con el vómito y la falta de apetito, necesitaré un suero para no deshidratarme.

—Sé que está de turno —dice Rosaline y concentra su atención en la llamada—. Mamá, perdón por llamarte, es que Mikhail está enfermo, tiene una gripe muy fuerte y mantiene temperatura de treinta y nueve, además ha vomitado un par de veces.

Asiente y luego dice que se siente bien y no ha tenido ningún malestar. Supongo que su madre descarta que sea algo viral o lo que comió en su casa. Creo que fue algo que yo comí en el trayecto hacia la suya, pero ya se lo diré cuando esté menos ocupada.

—Supongo que sí —me mira con una sonrisa que podría curarme, sin embargo, la peste desea mi alma.

Vuelve a asentir y esta vez le dice a su madre que lo verificará en el botiquín y si no hay, lo mandará a pedir. Es de madrugada y lo último que deseo es que salga y se

exponga por mi culpa.

—Debes de estar padeciendo una gripe estomacal —dice mientras se dirige al baño—. Voy a ver si tienes un medicamento para el malestar, por ahora solo líquidos y algo más para hidratarte, no puedes llenar tu estómago.

—Ahora no quiero hamburguesas ni pollo al curri.

—¿Cuándo comiste pollo con curri? —pregunta asomando la cabeza por la entrada del baño.

—En el camino hacia el aeropuerto para ir a tu casa.

—Ya veo.

Trae consigo una botella de jarabe.

—Te intoxicaste.

—Puede que sí, pero en ese momento a mi estómago no le importaba lo que le echara.

—En tu refrigerador hay alimentos que causarían envidia a un experto en comida natural, ¿Cómo es que comes comida callejera?

—El sacrificio valió la pena solo para verte otra vez.

Creo que ya estoy recuperándome, tengo energía para flirtear.

—Hmm... —hace una mueca—. Te daré este antiemético para el vómito. Pediré un suero oral a la farmacia para que repongas lo que has perdido, también prepararé sopa de pollo que es lo mejor en estos casos.

Después de comer lo que Rosaline había preparado y beber del suero que sabía a jugo con sal, me dijo que me diera un baño de agua tibia para refrescar mi cuerpo de la fiebre. Me puse el pijama más cómodo que tengo y después eché a dormir.

No volví a tener conciencia de mí mismo hasta que el sol se ocultó tras el horizonte. La maravilla de despertar y no experimentar ningún malestar es ver a Rosaline dormida a mi lado, con su mano puesta sobre la mía y los mechones de cabello negro revoloteando por su frente.

Una ola de emociones me invade con solo verla. Pongo el dedo en su nariz y recorro el puente hasta que ella abre los ojos.

—Buenos días —dice adormilada.

—Mejor sería decir “buenas noches”.

Ella mira el reloj y comprueba que son las siete y quince.

—Has dormido doce horas seguidas —dice mientras se incorpora un poco.

—Y tú, ¿cuándo te dormiste?

—Hace cinco horas.

Palpo mi frente y la temperatura es normal, aunque algo de debilidad continúa latente, pues no me apetece levantarme y eso que tengo varias tareas pendientes.

—Tengo que llamar a Benson —me siento en la cama—, y...

—Sabe que has estado enfermo. También les escribí a tus abuelos, a Omer y Halil.

Hace un gesto para levantarse, le agarro la mano.

—Te amo, bonita

—Y yo a ti —dice—. Me inquieté mucho por ti.

—No tenías por qué —le beso la mano, pero esta vez extendí el gesto hacia la palma y luego a su muñeca—. Gracias por cuidar de mí.

Rosaline se acerca y presiona su mano en mi pecho. Hace horas que cesó la fiebre y la náusea también, pero su gesto me pone más caliente de lo que me veo capaz de resistir.

Puede que siga cansado, pero no tanto como para no poder cogerla de la cintura y sentarla en mi regazo. El deseo se ve en sus ojos, que son como el cielo en llamas en una tarde.

—Mikail —me susurra ella, inclinándose para besarme en el cuello.

—Si —respondo, absorto, metiendo la mano por entre la camiseta y su espalda. No lleva sujetador y eso me excita, siento como si mi temperatura fuera a subir de nuevo y a cincuenta.

—Recupera tu fuerza —me dice mientras me muerde el cuello y acaricia mi barba con una sensualidad que me roba el aliento.

—Así puedo...

—¿Puedes qué?

Rosaline me acaricia el pecho y eso me pone en estado de ebullición.

—Si sigues... yo...

—Recupérate para que hagamos el amor.

En cuanto me doy cuenta, estoy sin camiseta, respirando agitadamente y con una erección que me abrirá el pantalón. Esa es la prueba de que no estoy tan débil y ella lo percibe cuando humedece sus labios.

Considero por unos instantes lo que acaba de suceder, fue ella quien inició todo con un beso en mi garganta y quitándome la camiseta. El sudor que tengo en parte es debido al malestar, pero también es consecuencia del deseo que siento, el de abrazarla y besarla por todo el cuerpo, especialmente por sus cicatrices.

Su piel es mi tortura, desde que la traje aquí a vivir he deseado a esta mujer como un desesperado, pero con ella es como caminar en campo minado y no quiero que se aleje de mí.

—Rosaline —meto las manos por entre su cabello, suave y ligero—. Deseo amarte, besar tu cuerpo y conocer todos los rincones de tu alma, sin embargo, sé lo que implica que hagamos el amor, tus miedos están ahí.

Me mira con una expresión ceñuda, como si lo que acabo de decir fuera un rechazo brutal de mi parte. Sacudo la cabeza y acaricio el lóbulo de su oreja para indicarle que no lo dije en ese tono.

Voy a decir algo, pero levanta la mano.

—Sé lo que estás pensando, sin embargo, no es así —responde, la llama en sus ojos sigue encendida—. Lo dije porque quiero hacer el amor, y si tengo miedo, no es tanto como lo mucho que te amo.

Cualquier malestar desaparece de mi cuerpo cuando se quita la camiseta y me deja ver su pecho desnudo. Las cicatrices son líneas irregulares que recorren su piel tersa, sin embargo, ninguna logra disminuir su belleza.

Toma una de mis manos y la coloca sobre las marcas, me hace un gesto al que yo asiento y las toco con delicadeza.

—Duele... —dice ella, aun así, no concluye—, tus dedos acariciando mis cicatrices, sin embargo, duele más el hecho de que no me beses.

No necesitaba decirlo cuando yo ya estaba sobre sus labios, moviéndome en ellos como un peregrino sediento de su agua como una fuente curativa.

Me detengo a contemplarla, a rozar sus labios con el pulgar, a besarle los párpados y la nariz. Al alejarme un poco más de ella, vuelvo a mirar su pecho y me siento tentado a acariciar las cicatrices con mi boca, pero no lo haré hasta no obtener su consentimiento.

—¿Puedo? —inquiero bajando la mirada.

Ella asiente. Si esto es lo que recibo por un día de fiebre y pasar en la cama más de un día, entonces bendito sea el pollo con curri.

Presiono su espalda con mi mano y, con ella, la hago arquear hasta que su torso esté sobre mis brazos y en la mejor postura para lo siguiente. De besarlas paso a lamerlas, con fervor infinito, a darles todo de lo que soy capaz.

Me dejo ir, permito que lo que he reprimido durante tanto tiempo me domine y haga lo que mi cuerpo anhela. Tomo uno de sus senos y lo aprieto en mi mano, ella gime cuando cojo el pezón y lo succiono con los labios, luego lo chupo con ahínco, el otro lo masajeo con la otra mano. Rosaline se estremece más ante mi boca que después de quedar satisfecho de uno pasa al otro, recibiendo el mismo trato.

No puedo detenerme y es cuando meto una de mis manos por entre su pantalón y la ropa interior e introduzco los dedos en su interior. Los agito y muevo de adentro hacia afuera, ella gime más hasta exclamar extasiada.

Estrecho a Rosaline entre mis brazos y la acurruco junto a mí. Tuvo un orgasmo con hacerle esto, y darle del placer que ella tanto merece.

Yo también estoy de la misma manera, con la garganta seca, el cuerpo embutido y lleno de gusto. No la hice mía, pero esto es una introducción a lo que será más largo entre nosotros.

—¿Cómo te encuentras? —inquiero al besar su cabeza.

—Excitada —responde.

—Disculpa —le comunico con temor de preguntar, aunque es necesario para mi saber—. ¿Puedes hablar de cómo fue...? Me refiero a...

—No temas preguntar —dice.

Intento hacerlo, pero me tiembla todo el cuerpo. La saliva que he tragado tiene sabor a dentífrico de menta, espero no volver a sentir náuseas.

—¿Cuándo estabas con él...?

—Al principio, para mí, el sexo era un acto de amor, después, dejé que me usara y continué con la rutina —confiesa, pero aún no termina—. Me enseñó a verlo como algo normal, pero casi al final era un acto reflejo, incluso cuando pensaba que todavía me amaba. No sentí ninguna emoción, ni antes ni después.

Me duele en lo más hondo que la mujer que amo haya tenido que pasar por algo así, no obstante, me tranquiliza ver la serenidad con la que habla.

Se pega más a mí, quiero hacer más, pero debo ir con cuidado, con ella todo es un día a la vez.

—Nunca había sentido algo así. —Me dice mientras me besa el pecho—. Mi cuerpo te desea.

—Tan intenso como lo que siento por ti —digo mientras le acaricio la espalda.

—No es solo que me gustes mucho —susurra—. El amor que siento me anima a dejarme llevar sin temor.

—Sabes que no te pediría algo que no estés dispuesta a hacer —repuse—. Vamos a dejar que las cosas sucedan, como ahora.

—Sí.

Vuelve a sentarse en la cama y hace un gesto con la cabeza similar al que haría su gato.

—Esto es más de lo que esperaba —confieso—. Tenía miedo de que no volvieras conmigo y siguiéramos nuestra vida juntos, pero ahora que estás aquí, no voy a dejar que nada nos separe.

—Tampoco yo.

Me toca la frente, y sonrío aliviada.

—Tu temperatura sigue siendo normal.

—Eres mi remedio, Rosaline Cruz, y también mi tormento.

Frunce el ceño y yo sacudo la cabeza.

—El no poder besarte y otras tantas cosas más.

—¿Me has traído aquí para esto? —cuestiona con una sonrisa.

Levanto una mano y hago un gesto como si jurara ante una corte.

—Solo para amarte.

Cuando hagamos el amor, moriré gustoso en sus brazos. Hoy lo experimenté más allá de mi cuerpo, algo tan glorioso que no puedo alejarme de ella ni un centímetro. Duermo satisfecho y deseoso de lo que seguirá entre nosotros.

Capítulo 36

Rosaline

—Hace una semana...

—Me llamaron del condominio, podemos regresar.

Para aplacar el súbito bajón por la noticia, tomo un sorbo del café que ordené en el lugar donde Sienna me pidió que nos reuniéramos para desayunar. Llegué con la esperanza de hablar de lo sucedido con Halil, y de exponer hasta qué punto había llegado yo con Mikail.

—Te has quedado en silencio, ibas a decir que hace una semana...

—No me imaginé que sería tan pronto.

—Ya iban a ser dos meses desde el incidente del complejo.

Sienna frunce el ceño mientras unta queso crema en una tostada. Esta era nuestra rutina cuando vivíamos juntas, ahora me resulta extraño porque me he adaptado a vivir con Mikail, incluso llegamos a una intimidad un poco más explícita. Todavía me da cosquillas en el estómago recordar lo que pasó el tercer día de estar enfermo.

—Iba a decirte algo, después de tu confesión de hace unas semanas.

—No hay nada entre Halil y yo.

—Pero si hay...

No digo nada, no quiero arruinarle la ilusión de que vivamos juntas de nuevo, y no tengo muchas ganas de hablar del tema.

—¿Podría ser hoy?

—¿Hoy?

—¿No estás feliz de volver a nuestra vida normal?

No planteé quedarme a vivir con Mikail y es comprensible que no suceda si cada uno tiene su propia vida. Vivir con él me ha otorgado algo que me gusta muchísimo.

La convivencia entre nosotros, Romeo y Athena, nos ha convertido en una familia. Sin haber pisado aún su apartamento para recoger mis pertenencias, ya siento un nudo en la garganta.

Tengo que contarle a Sienna lo que pasó, incluyendo la parte de Mikail, no puedo seguirle dando vueltas ahora que soy yo la que estará de pareja.

Tras unos instantes de silencio, me mira y sonrío.

—Estaban destinados el uno para el otro —su expresión de felicidad hacia mí es palpable al tomarme la mano y decir—: Mi mejor amiga, me alegra tocarte sin temor a lastimarte.

Dejé de lado el terror por el contacto físico, no solo con Mikail, en menos de unos días

he abrazado a mi madre y a la abuela, incluso a Jackson y Marcos que lloraron de gusto. Vi incluso lágrimas en los ojos de Omer y Halil cuando regresé al trabajo y les comuniqué a ambos que me alegra tenerlos como jefes y que espero que tengan una mejor relación en el restaurante.

—Halil llora mucho —dice Sienna—. Tiene que salir más de su concha.

—Tendrás que ser tú quien lo saque.

—No cambies de tema —dice con una sonrisa pícar—. ¿No vas a volver al condominio?

—Solo viví con él cuando no tenía donde ir.

—Pero ya están en plan de... bueno, ir más allá y que Athena y Romeo se lleven bien los hace...

—Una pequeña familia —añado—. Somos compañeras de piso y, en tal caso, seguiremos siéndolo. Si lo de Mikail prospera, ya evaluaremos cómo serán las cosas, pero por el momento regresaré al condominio.

Coloco la bicicleta en su habitual lugar al llegar al apartamento. Temo cuando él llegue y tenga que decirle que esta será nuestra última noche juntos, aunque vivamos a tres calles el uno del otro.

No será lo mismo sin su aroma, o la música de *Fleetwood Mac* mientras trabaja, o el ladrido de Athena cuando come. Voy a echar de menos todo lo que he vivido aquí en estos casi dos meses.

Me sorprende ver la mesa puesta, y doy un respingo cuando me rodean por detrás y besan en el cuello.

—Hola, ponquecito

Lo golpeo en el brazo por llamarme así, aunque no es la primera vez que se apropia del apodo que nana Arnell usa conmigo. Mikail lo hizo hace tres días en el supermercado, y yo quería arrojarle el suavizante de ropa en la cabeza.

—¿Qué tal te fue en tu turno?

Anoche me quedé hasta tarde terminando los diseños que enviaré a sus abuelos. En la mañana, antes de ir a Durall, tuve que aplicar una mayor cantidad de corrector de lo habitual, tenía unas ojeras dignas de un personaje de *Tim Burton*.

—Bien, ¿Athena y Romeo?

—En la veterinaria.

Aunque él no me suelta, me doy la vuelta.

—¿Por qué?

—Una noche a solas contigo —inclina su frente contra la mía—. Estoy enterado del tema del condominio.

No pude articular palabra alguna, la melancolía me inunda. Reposa su mano detrás de mi cabeza y la sostiene contra su hombro.

—Solo un par de calles.

No comprendo por qué ocurre esto si es algo que tenía que suceder, además no implica que dejaremos de vernos. ¿O sí?

—Te amo, bonita —acuna mi rostro, llamándome de esa manera consigue que me enamore más—. Voy a intentar verte todos los días, aunque Sienna me eche.

—No lo va a hacer.

—¿Crees que no lo haría si me fuera a dormir contigo?

—¿Quieres hacerlo?

—La cena es para eso.

Sobre la mesa hay dos copas, una botella de vino, los platos dispuestos de forma elegante y desde la cocina se esparce un aroma a pasta, queso fundido, también puedo distinguir la tartaleta de los Baglioni. Tengo hambre, pero me apetece más otra cosa. Dos semanas de besos y caricias, como la noche de su recuperación, y yo quería más. La comida me pone a transpirar y querer dar el paso.

—Vamos —le cojo la mano.

—¿No tienes hambre?

Sacudo la cabeza llevándolo a mi terreno, al cuarto que él hizo mío y que tiene esa cama enorme a nivel de suelo. Me agrada la suya, pero deseo que nuestra primera vez sea aquí, en el lugar que me ofreció refugio y al que regresaré cuando yo desee. Volver a casa con Sienna no significa que nos alejemos, sino que podamos ver cómo será vivir cada uno en su sitio.

Lo empujo hacia atrás para que caiga sobre el colchón, me observa atónito mientras me quito la chaqueta de mezclilla y desabrocho el pantalón.

—No soy más que un espectador.

—Ya no.

Me sitúo cerca de la cama, él se sienta con las piernas abiertas para que me ubique entre ellas.

—Eres hermoso —Digo pasando el dedo por la cicatriz arriba de su ceja—. Esa noche pensé que eras un ángel con olor a lluvia y calma.

Inclina su cabeza hacia mi vientre, y me rodea el talle con sus brazos.

—Júrame que no te hago daño si te toco de esta manera.

—Lo juro —manifiesto con total certeza—. No sé cuándo dejé de tener miedo de que me tocaras, pero ahora lo deseo.

Agarra el borde de mi camiseta y dobla hasta dejar mi ombligo visible para besarlo. Sube la prenda con cuidado y la saca por encima de mi cabeza.

Frota sus manos por mi espalda mientras no deja de besar mi cuerpo. No llevo mi sujetador deportivo habitual, me puse uno de encaje que no deja nada a la imaginación, lo siento en su suspiro prolongado al tenerlo frente a su nariz.

Me siento en sus piernas quitándome yo misma la prenda.

—Hazlo —le susurro al oído.

—¿Segura?

—Si te sentiste con energía hace dos semanas a pesar de estar enfermo, ahora también la tendrás.

Me observa con un gesto de interrogación evidente en su rostro.

—Me sorprende, señorita ciclista huraña, dueña de un gato guardián.

—Más me sorprende a mí estar así frente al tipo pedante de la veterinaria —repongo—. Son las extrañas cosas del amor.

Lanzo mi boca sobre la suya y coloco la mano en su barba. Río tontamente y Mikail me mira con extrañeza.

—¿He hecho algo que te haya resultado divertido?

—No —respondo—. No me agradaban los hombres con barba.

—¿Y ahora? —pregunta mientras acaricia mi espalda.

—Me encanta. Podría besar a uno más de lo que quisiera.

—Solo a mí, Rosaline Cruz —susurra.

Me besa de nuevo, pero esta vez mete la lengua dentro de mi boca y lo acepto con un suspiro de satisfacción.

Entrelazo mis dedos en su cabello y lo atraigo para intensificar el beso. Acaricia las cicatrices de mi pecho, pero quiero que vaya al punto donde mi cuerpo exige más, a mis senos donde su lengua da empujoncito a los pezones.

Fue de menos a más, metiendo los dedos por mi braga para hundirlos entre mis piernas. Los músculos se contraen en torno a ellos, me sobrevino el orgasmo con Mikail respirando contra mi piel.

—Hazme el amor —susurro.

Me acuesta en la cama, luego de sacarme las bragas. Respiraba pesadamente mientras esperaba que su cuerpo se fundiera con el mío. El maltrato me arrebató todo el placer que era capaz de sentir, ahora lo recibo de un hombre que fue mi ángel misterioso, uno con olor a lluvia y calma, tan real que se impregna en mí amándome con fervoroso frenesí.

La cama es espaciosa, pero tengo que colocarme más arriba para que él quepa en ella. Aprecio su desnudez como si nada del pasado importará, como si fuera mi primera vez con un hombre que me ama de verdad, que aprecia mi cuerpo con todo y sus heridas.

Abro la boca sin emitir sonido alguno cuando aprieta el pezón con sus labios y lo succiona dando igual trato al otro.

—Eres mi tormento —susurra produciendo estremecimientos en mi piel—. Finalmente, sabré cómo se siente estar dentro de ti.

Me sienta sobre sus piernas, no tengo duda que quiere que el momento sea satisfactorio para mí.

—Así es mejor.

Va pegando mi cuerpo tanto al suyo que sin más me penetra y lo recibo gustosa, balanceando mis caderas contras las suyas mientras él arremete, empujándome al borde del abismo donde yacen las flamas de su pasión infinita.

Hizo el movimiento una y otra vez consiguiendo que mis gemidos aumenten.

Llegado a un punto, dejé salir el gozo por el éxtasis. Su cara está en la curva de mi cuello, sudoroso y alucinado como yo.

—¿Te lo puedes creer? —expresa, respirando con dificultad, pero al mismo tiempo

feliz.

—¿Qué?

Me acaricia la cara, contemplándome como si fuera una joya preciosa entre sus manos.

—Amar y desear —me atrae hacia sí—. Te deseaba, anhelaba hacerte el amor.

—Mikail...

—Rosaline... —dice en un suspiro—. No te pido que sea ahora mismo, pero...

—No digas nada, sí...

—Vamos a construir una vida juntos.

Soy absorbida por sus caricias, por sus besos en mi cuerpo, por la forma en que iba introduciéndose en mí como algo que deseo demasiado. Mikail Durall logró romper todos los muros, destruyó el más difícil, el que me hizo creer que el sexo era malo porque me traería sufrimiento y vergüenza, pero ahora solo siento placer y un amor que anhele vivir con toda mi alma.

—Te amo —le respondo.

La ventana del balcón abierta deja entrar la brisa nocturna que acaricia nuestros cuerpos, deleitándonos mutuamente y sin reflexionar en lo que nos deparará el futuro.

Epílogo

Mikhail

Ocho meses después...

Contemplo el enorme bolso de compras con cosas para gato en el portaequipaje al lado de uno pequeño para una border collie.

—¿Cómo se puede explicar esto? —me rasco la cabeza sin tener idea de cómo un ser de menor tamaño que Athena pueda cargar con más cosas que ella.

—Enamorarse.

El comentario fuera de lugar y la risa de burla es de Halil que hoy se vino de testigo de la mudanza de Rosaline del condominio a mi apartamento. Finalmente, la tendré de vuelta, y en calidad de no solo vivir conmigo, compartiremos la misma cama, aunque ya lo hemos hecho de muchas formas posibles y nunca me canso.

Pero me reservo algo para el final de los siguientes meses, algo que solo tío Omer sabe. Si se lo digo a Halil, podría revelárselo a Sienna si usa las armas de seducción que lo doblegaran sin dar lucha.

Aquellos dos son un misterio; en la comida de despedida que ella organizó, se miraban el uno al otro, nos hablaban a Rosaline y a mí, y luego volvían a mirarse.

—Creo que es la última —dice mi novia poniendo la caja dentro del auto.

Dobla el cuerpo con las manos en la cintura y la envuelvo en mis brazos.

—Señorita Cruz, ¿has pensado en hacer las cosas oficiales con el permiso de tu padre? Se aleja bufando, no quiere hablar del tema.

—Te prometí un viaje a Campeche para visitar a mis abuelos, quienes mejor que ellos para darnos su bendición de una vida juntos.

No habría tomado la decisión de que Rosaline se mudara conmigo, ahora como mi novia, y de hablar con su padre si no hubiera sido por la asesoría de su terapeuta, a quien conocí hace cinco meses, cuando ella me propuso acompañarla y sin entrar en detalles me incluyó en esa parte de su vida que aún sigue en proceso de sanación.

—Necesito hablar con Armando Cruz.

—No quiero que te confabule en seguir sus andanzas —cruza los brazos—. Además de su mujer, tiene otras amigas que te ofrecerá, aunque seas el novio de su hija.

Mira a los lados y señala su pecho.

—Ninguno que se pueda comparar a los tuyos —le susurré—. Tan bonitos que se me antoja...

—¡Cállate! —me tapa la boca al ver que Jackson y Marcos se aproximan a nosotros.

—Los tortolos —Marcos me entrega la bolsa que traía— Dice Sienna que son para que

Romeo no la extraña.

—Deberíamos regalarle uno —sugiere Jackson, a lo que Rosaline secunda la idea.

—¿Te imaginas? Sería un nuevo amigo para...

—Ni lo pienses —cortaré cualquier extraño plan que tenga—. Puedes venir cuando quieras, incluso te llevaré, pero otro gato, no.

Me contengo de reír al ver que Sienna sale del condominio, Halil la sigue de cerca. Marcos le susurra a Rosaline algo y ella asiente con la cabeza. Si esos dos se meten en el tema de mi primo y la chica que le gusta, voy a tener una migraña.

—¡Rosaline!

La señora Prunt, la mujer que hace unos meses nos confundió como pareja, le entrega una caja que destapa y todos los que nos rodean ponen cara de querer una galleta, pero la tomo primero antes de que desaparezcan de manos de mi novia.

—Son de chispas de chocolate recién horneadas —nos sonríe—. No estaba equivocada.

—Pero...

Sacudo la cabeza en vista de que mi novia iba a contradecirla

Aproximadamente a las siete de la tarde llegamos a la entrada de mi apartamento. Athena entró primero, y después lo hizo Romeo, quien se arrellanó en la nueva alfombra mullida de la sala.

—La compraste porque...

No permito que mi novia pregunte si es del *Ikea*, la levanto en brazos antes de que cruce el umbral. Un par de ancianos se asoman y otra más joven aplaude como si acabáramos de llegar de nuestro matrimonio.

—No...

—Gracias —digo llevándola dentro del apartamento

—No estamos casados —se queja, agitando las piernas.

—Entras como la mujer de mi vida.

Las risas y los sonidos detrás de nosotros hacen que el momento parezca una celebración.

—Si en unos meses lo deseas, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Los ojos se le llenan de lágrimas mientras se funden en los míos. He afirmado una y otra vez que los suyos son como el cielo para mí, uno real, y que me proporcionan la mayor felicidad de mi vida. Pienso en lo que somos, en lo que quiero que seamos y es que Rosaline Cruz acepte ser mi esposa.

—No quieres casarte ni tener hijos.

—No lo tenía en cuenta, o, mejor dicho, no suponía que el amor fuera esto —miro la sala y todo a mi alrededor es eso, un hogar que, con ella, su gato y Athena por fin está completo—. Eres mi hogar, mi felicidad, todo lo que quería y no lo sabía.

—¿Quieres hablar con papá por eso?

Estoy ansioso por conocer esa parte de su vida, sus abuelos de México y su padre, que quizás no sea el mejor, pero me consta que la quiere.

—No necesitaremos viajar a Sevilla, estará en la casa de tus abuelos en una semana.

—¿Cómo...?

—Hable con él. Fue una conversación prolongada y coincidimos en muchos aspectos, sobre todo en la belleza de su hija y que eres como tu madre. Sabe que no ha sido lo mejor para ti, pero te ama, eres muy importante para él.

Armando Cruz está al tanto de lo ocurrido con ella, Daisy Arnell, se lo comunicó hace un tiempo y le causó mucho dolor. Insistió en venir, pero no se lo permitió porque Rosaline no debía saber nada. No quería revolver más su pasado.

—¿Pedirás mi mano a él y a mis abuelos?

—A todos los Cruz y los Arnell que sean necesarios.

—¿Cuánto me amas?

—Hasta el punto de que no puedo imaginar una vida sin ti. Me hace muy feliz, me gustaría que mis padres estuvieran vivos para que te conocieran.

Pasa su mano por mi rostro cuando la pongo en el suelo.

—Hagamos el viaje —dice.

Romeo se restriega contra mi pierna mientras Athena salta al lado de ella.

—Somos una familia.

Rosaline asiente y me da un beso. Esta es una realidad que me complace experimentar, algo que mi padre me dijo repetidas veces.

El día en que ella esté frente a ti, no te importará nadie más. Te cautivará hasta tal punto que tu corazón irá en la dirección que ella desee, pero a diferencia de tu madre y de mí, tú podrás superar los votos. Eres un Durall y llevamos en la sangre un amor distinto, uno que es apasionado, que se introduce en nuestra sangre, en nuestra alma.

La mujer de tu vida permanecerá ahí para siempre y ni siquiera te darás cuenta de cuándo comenzó.

Así es con Rosaline. Sus ojos me cautivaron desde el primer momento y ahora la amo para siempre.

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a mis lectores beta: A. G. Keller, Flor García de Mis Estantes de Libros y a Nekareader por sus comentarios valiosos y apoyo. Su opinión y sugerencias han sido muy importantes para mi trabajo y no podría haberlo hecho sin usted. Su tiempo y dedicación son de gran valor para mí.

Gracias a Isa Quintín y Tulipe Noire por la magnífica portada y preciosa maquetación que refleja de forma esencial el espíritu de esta historia.

Gracias a mi familia y amigos por animarme y ayudarme en los momentos más difíciles, sin sus palabras de aliento no habría conseguido seguir este viaje de la escritura.

Quiero agradecer a los lectores por su apoyo y entusiasmo por mi libro, una historia que surgió en NaNoWriMo 2020. Ha sido un viaje interesante, desde la primera palabra escrita hasta las páginas finales de la novela publicada. Ese mes de escritura, con su ritmo frenético y su feroz determinación, estableció las bases, me ayudó a descubrir a los personajes y a ver el mundo en el que viven. El proceso de crear y pulir el borrador fue difícil, pero también fue muy gratificante. Con cada edición, vi cómo Proyecto Cielo se expandía y se transformaba en un universo más amplio de lo que había imaginado previamente.

Bajo un Cielo Infinito es una prueba de que toda historia tiene su momento de ser contada. Hoy que veo el libro en físico, me siento feliz de que ya ustedes lo puedan tener en sus manos y disfrutar de esta historia muy cercana a mi corazón.

Con mucho cariño,

Sobre el autor

L. Costa es el seudónimo bajo el que esta autora, nacida en Panamá, escribe y autopublica sus novelas.

Su pasión por la literatura comenzó en su adolescencia con la escritura de cuentos y poemas. Hace unos años participó con dos relatos en el Primer Certamen de historias cortas de romance organizado por la revista Raentropia.

La pasión de esta escritora siempre fue la creación de historias que, a ella, como lectora, le gustaría leer y que conmovieran a las personas, esas que envuelven al lector hasta el último párrafo, haciéndolo de cierta forma parte viviente del relato. De esta manera nació Si Sientes lo Mismo, su primer libro, la Bilogía Crowe, la Bilogía océano y Viento y la Bilogía Haunted, además de colaborar con un relato en la primera antología de romance de escritoras de Panamá: Cuando el Amor nos conecta.

Créditos

BAJO UN CIELO INFINITO

©2023, L. Costa

©2023 de la presente edición para todo el mundo.

Diseño de portada y dirección de arte: ©Tulipe Noire Studio

Primera edición :*Bajo un cielo infinito*

Octubre de 2023

Sello :Independently Published

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial, adaptación, distribución, en cualquier medio impreso y/o digital, de las obras en este perfil compartidas por cualquier medio o procedimiento. Historia original, no es adaptación, ni traducción.

Contenido

[Playlist](#)

[Capítulo 1](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 2](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 3](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 4](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 5](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 6](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 7](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 8](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 9](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 10](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 11](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 12](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 13](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 14](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 15](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 16](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 17](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 18](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 19](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 20](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 21](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 22](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 23](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 24](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 25](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 26](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 27](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 28](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 29](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 30](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 31](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 32](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 33](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 34](#)

[Rosaline](#)

[Capítulo 35](#)

[Mikail](#)

[Capítulo 36](#)

[Rosaline](#)

[Epílogo](#)

[Mikail](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)